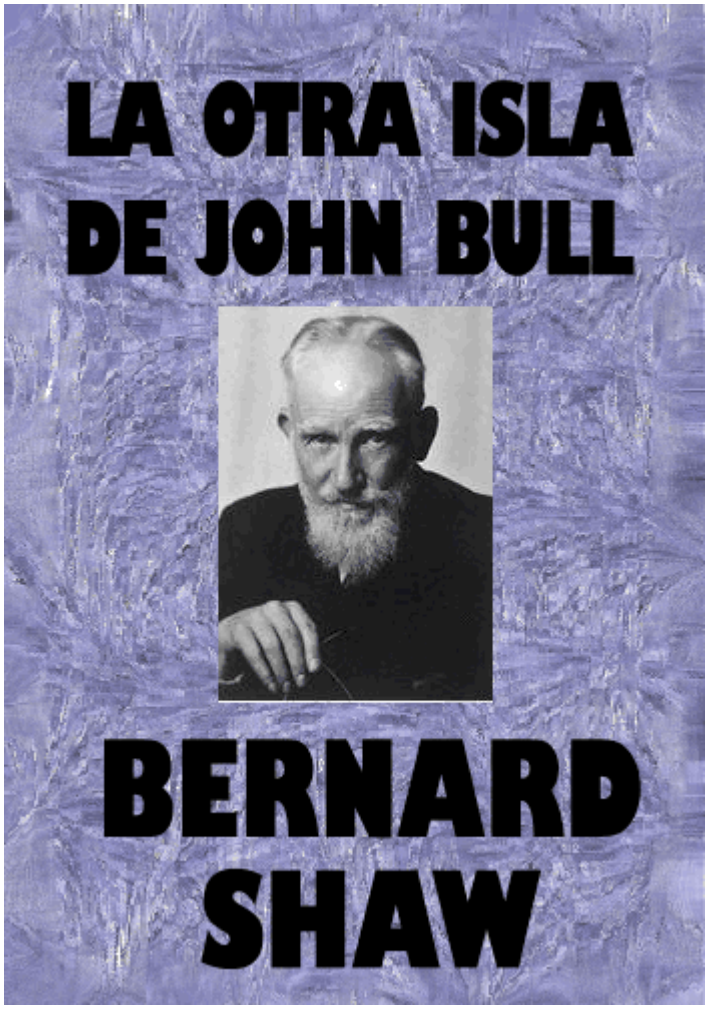
LA OTRA ISLA DE JOHN BULL

BERNARD SHAW



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PREFACIO PARA POLITICOS

LA OTRA ISLA DE JOHN BULL fue escrita en 1904, a pedido del señor William Butler Yeats[1]*, en calidad de patriótica contribución al repertorio del Teatro Literario Irlandés. Como tantos otros que también me pidieron una pieza teatral, el señor Yeats obtuvo mucho más de lo que esperaba. La presentación de esta obra era entonces una tarea superior a los recursos del nuevo Abbey Theatre, que la empresa irlandesa debía al espíritu de ciudadanía de la señorita A. E. F. Horniman (inglesa, por supuesto), que hace doce años representó un papel importante en la historia del teatro inglés moderno y en mi destino, al proporcionar el capital necesario para aquella memorable temporada del Avenue Theatre que impuso al recalcitrante espectador londinense mi obra "Héroes y Hombres" (Arms and the Man) y "El país que el corazón anhela" (Land of Heart`s Desire) del señor Yeats, y ofreció a un tercer autor irlandés, el Dr. John Todhunter, una oportunidad que los teatros comerciales no hubieran podido brindarle.*

Existía una razón más para variar el destino de "La otra isla de John Bull". Era incompatible con el espíritu que animaba al movimiento neogaélico tendiente a crear una nueva Irlanda inspirada en sus ideales, porque mi obra es una presentación intransigente inspirada en las realidades de la vieja Irlanda. Lo que ocurrió después fue la presentación de la obra por los señores Vedrenne y Barker en el Court Theatre de Londres y su inmediata, enorme popularidad entre los deleitados y halagados auditorios ingleses. Con esto la obra obtuvo un éxito comercial que hizo innecesario recurrir para su representación al mecanismo especial y a los recursos extraordinarios del Teatro Literario irlandés,

DE CÓMO LA RECIBIÓ TOM BROADBENT

Queda mucho más por decir de las relaciones entre los irlandeses e ingleses de lo que puede hallarse en mi comedia. Al escribir la obra para un auditorio irlandés, pensé que convendría mostrarles muy a las claras que la más estruendosa carcajada a que se prestara el inglés más absurdo no significaba en realidad nada en su favor; que él tendría éxito allí donde ellos fracasarían; que él podía inspirar profundo y leal afecto en un irlandés que ha visto mundo y cuyos compatriotas sólo le inspiran desagrado, desconfianza y una impaciencia rayana en la exasperación; que su facultad de tomarse a sí mismo en serio, y su insensibilidad para ver lo gracioso en el peligro y en la destrucción, son la condición primera de economía y concentración de fuerzas, propósito tenaz y conducta racional. Pero la necesidad de esta lección en Irlanda es proporcional a su desalentadora superfluidad en Inglaterra. Los auditorios ingleses muy naturalmente engulleron este bocado, entusiasmados, y basta se relamieron después, riendo de muy buena gana porque comprendían que sabían apreciar una caricatura de sí mismos con el buen humor más tolerante y liberal. Estaban perfectamente dispuestos a aceptar un Tom Broadbent envanecido por la política, hipnotizado por los editoriales periodísticos y los oradores parlamentarios basta una parálisis total de su sentido común, sin delicadeza moral y tacto social alguno, siempre que se le hiciera aparecer alegre, robusto, bondadoso, libre de envidias y, por sobre todas las cosas, absolutamente arrollador, irresistible en los negocios y en el amor. Los críticos ingleses no sólo no aceptaron que el éxito en los negocios de los señores Inglés Broadbent e

[1] *Poeta y escritor irlandés que en 1923 obtuvo el premio Nóbel. Bregó por la formación del teatro nacional de su país y colaboró en sus actividades.*

Irlandés Doyle pudiera deberse, ni aun en parte, a Doyle, sino que uno de ellos hasta hizo tristes reflexiones acerca del conmovedor fracaso de Doyle como ingeniero (circunstancia no mencionada ni sugerida en mi obra) en contraste con el sólido triunfo de Broadbent. Sin duda, cuando la obra sea representada en Irlanda, los críticos de Dublín tacharán de indiscutible la circunstancia de que, sin Doyle, Broadbent habría quebrado a los seis meses. Personalmente debo decir que la combinación fue quizá mucho más efectiva que la labor independiente de cualquiera de los socios. Estoy persuadido, además -sin pretender saber de ello más que cualquier otro-, que el aporte especial de Broadbent consistía simplemente en la fuerza, la satisfacción, la confianza social y la presunción jovial que el dinero, la comodidad y la buena alimentación proporcionan a toda persona sana; y que el aporte especial de Doyle residía en la falta de ilusión, la facultad de hacer frente a la realidad, la nerviosa laboriosidad, el sentido aguzado, el orgullo sensible del hombre imaginativo que ha labrado su camino por entre la persecución social y la pobreza. No diré que la confianza de los ingleses en Broadbent no esté justificada en la actualidad. Las virtudes del suelo inglés no son menos verdaderas porque consistan de hierro y carbón, y no de fuentes metafísicas de carácter. Tampoco las virtudes de Broadbent son menos reales porque sean las virtudes del dinero que el carbón y el hierro han producido. Pero a medida que las virtudes minerales son descubiertas y desarrolladas en otros suelos, sus virtudes derivadas surgen tan rápidamente en otros países que la relativa ventaja de Broadbent va esfumándose. A decir verdad, me temo (el recelo es natural en un autor que ya para estas fechas tiene sus años) que Broadbent sea un personaje anticuado. El próspero negociante inglés de nuestros días, cuando no es escocés o irlandés trasplantado, a menuda resulta -después de una investigación- norteamericano, italiano o judío, o por lo menos dependiente del cerebro, de la energía nerviosa y de la carencia de ilusiones románticas (con frecuencia llamada cinismo) de tales extranjeros, para la administración de sus fuentes de ingreso. Y estoy convencido de que una nación moderna que esté satisfecha con la mentalidad de Broadbent vive en sueños. A pesar de mi aprecio por él, yo me niego a mezclarme en su destino político. Y estoy dispuesto, por lo tanto, a acusarle, como irlandés que soy, lleno de una piedad instintiva por aquellos de mis prójimos que no son nada más que ingleses.

¿QUÉ ES UN IRLANDÉS?

Cuando digo que soy irlandés quiero significar que nací en Irlanda, y que mi lengua materna es el inglés de Swift y no la execrable jerigonza de los periódicos londinenses de mediados del siglo XIX. Mi origen es el mismo de la mayoría de los ingleses; quiero decir con esto que en mí no hay trazas de la estirpe española septentrional que fuera importada comercialmente y que hoy pasa por oriundamente irlandesa; soy el irlandés genuinamente típico de las invasiones danesa, normanda, cramwelliana y (por supuesto) escocesa. Soy violenta y arrogantemente protestante por tradición familiar, pero ningún gobierno inglés quiera contar por esto con mi fidelidad; soy bastante inglés para ser un inveterado republicano y autonomista. Verdad es que uno de mis abuelos fue orangista[2]; pero su hermana fue abadesa, y su tío, me enorgullece decirlo, fue ahorcado por rebelde. Cuando a mi alrededor observo a esos cosmopolitas híbridos, envenenados por la vida de los callejones o henchidos del aire de las avenidas, que hoy se llaman ingleses, y los veo amedrentados por la "Guarni-

[2] *Llamáronse así los protestantes irlandeses descontentos por las concesiones otorgadas a los católicos y partidarios de Guillermo de Orange. Los orangistas constituyeron un partido religioso y político -el partido tory- que alcanzó a tener gran representación en el Parlamento.*

ción protestante irlandesa" como ningún bengalí deja ya que lo intimide ningún inglés; cuando en todas partes veo al irlandés inteligente, equilibrado, audazmente insensible a los pueriles sentimentalismos, susceptibilidades y credulidades que hacen del inglés la víctima de cualquier charlatán y el idólatra de cualquier majadero, comprendo que Irlanda es el único lugar en la tierra que aún produce al inglés ideal de la historia. Tunante, camarista, borracho, embustero, mal hablado, zalamero, mendigo, calumniador, funcionario venal, juez corrupto, amigo envidioso, contrincante vengativo, incomparable traidor político: todo esto puede ser el irlandés, así como puede ser un caballero (especie extinta en Inglaterra, sin que a nadie le importe); pero, nunca llega a ser ese hombre histérico, inflado de tonterías, aterrado por la verdad, a prueba de hechos, juguete de todo pánico fingido y de todo entusiasmo necio que hoy se hace llamar "el inglés como Dios manda". Inglaterra no podrá subsistir sin sus irlandeses y sus escoceses, porque no podrá subsistir sin por lo menos un poquito de cordura

LA GUARNICIÓN PROTESTANTE

Cuanto mar protestante sea un irlandés... cuanto mar inglés sea, si os halaga que lo ponga así, tanto mar intolerable le resulta verse gobernado por el desatino inglés en vez del desatino irlandés. Un irlandés "leal" a Inglaterra es un fenómeno repugnante por antinatural. No cabe duda de que la autoridad inglesa es explotada vigorosamente en favor de las propiedades, el poder y la promoción de las clase irlandesas en contra de las masas irlandesas. Nuestra delicadeza forma parte de un profundo sentido de la realidad que nos hace muy prácticos y hasta, en ocasiones, muy groseros. El soldado irlandés acepta la esterlina del rey y bebe a su salud, y el hacendado irlandés recibe sor títulos de propiedad que le confiere la legislación inglesa y se pone de pie y se descubre a los acordes del himno nacional inglés. Pero no confundáis esta lealtad interesada con algo más profundo. Pensad que cuenta como base amplia con la adhesión normal de todo hombre razonable hacia cualquier gobierno establecido, mientras éste sea soportable; porque todos nosotros, después de una cierta edad, preferimos la paz a la revolución y el orden al caos, mientras lo demás continúe imperturbable. Tales consideraciones producen irlandeses leales, así como producen polacos leales y finlandeses leales, hindúes leales y filipinos leales, y fieles esclavos. Pero no hay nada más en esto. Si se advierte una ausencia total de rencor en el sentimiento de sor pequeños terratenientes irlandeses hacia los ingleses, se debe a que el inglés siempre ha admirado al irlandés como si se tratara de un niño prodigio, y exagera el valor de su intelecto con una generosidad nacida de la tradicional convicción de su propia superioridad en los aspectos más profundos del carácter humano. Así como el caballero irlandés, al remontar su árbol genealógico hasta la conquista o alguna de las invasiones, está igualmente convencido de que si tal superioridad existiera en verdad él sería su legítimo y único heredero; y como sabe defenderse fácilmente con lar superficiales prendas de la sociabilidad, halla agradable la sociedad inglesa y muy cómodas las mansiones inglesas, en tanto que las mansiones irlandesas se ven generalmente en aprietos cuando pretenden mantener un parque y un establo con una renta que no justificaría al inglés que se aventurara a mantener una villa absolutamente desolada

EL CONTRASTE DE NUESTROS TEMPERAMENTOS

Pero por cordiales que sean las relaciones entre la "Guarnición Protestante" y la alta clase media inglesa, en esencia tienen siempre el carácter de una entente cordiale entre países distintos. Yo aprecio más a los ingleses que a los irlandeses (sin duda porque me atribuyen mayor importancia), así como muchos ingleses aprecian más a los franceses que a los ingleses y jamás viajan en un vapor de la Peninsular and Oriental Company cuando pueden hacerlo en uno de los transportes de las Messageries Maritimes. Pero jamás consideraré al inglés como a un compatriota. Antes aplicaría ese término a un alemán. Y el inglés opina del mismo modo. Cuando un francés olvida esa diferencia, los dos creemos advertir un cierto menosprecio en su falsa interpretación. Maucalay[3], comprendiendo que los irlandeses tensan en Swift[4] a un autor que bien valía la pena hurtarles, trató de anexarlo a Inglaterra, sosteniendo que debía considerársele inglés puesto que no era celta nativo. Más le hubiera valido negar el calificativo de inglés a Addison[5] en razón de que no se teñía la piel de azul ni ceñía guadañas a los postes de su litera de mano. Y a pesar de este jugar con los hechos, la distinción verdadera entre el idólatra inglés y el realista irlandés, aunque procedan de un mismo linaje, queda siempre para refutar violentamente esos dos conceptos huecos que se llaman "raza irlandesa" y "raza inglesa". No existe una raza irlandesa, así como no existe unta raza inglesa o una raza yanqui. Existe sí un clima irlandés que se imprimirá en el inmigrante con mayor fuerza y durabilidad en dos años, que el ambiente inglés en doscientos. Es verdad que éste adquiere mayor fuerza con ayuda de un clima económico artificial que realiza en parte la función atribuida al factor geográfico natural; pero el factor geográfico es eterno e irresistible, y forja una especie humana masculina y femenina que Kent, Middlesex y Anglesey no pueden producir ni desean imitar.

¿Cómo trazar los gruesos rasgos de contraste a medida que se me ocurren? Diré de un modo genérico que el inglés, carente del sentido de la realidad, está a la absoluta merced de su imaginación, sin poder contrarrestarla, El irlandés, con una imaginación mucho más sutil y hasta más melindrosa, tiene siempre la mirada puesta en las cosas tales como son. Si se compara al visionario trovador de lar "Melodías nacionales (Minstrel Boy) de Moore[6] con el casi realista "Los tres soldados" (Soldiers Three) de Rudyard Kipling, podremos aburrirnos o conmovernos con Moore, pero no podremos sospecharle la menor ilusión acerca del soldado británico contemporáneo; en tanto que tratándose del señor Kipling se verá que no tiene, y a menos que viva en Irlanda por varios años seguirá siempre física y congénitamente incapaz de tener, el más leve indicio de la realidad que él idolatra en Tommy Atkins. Quizá nunca se os ocurriera ilustrar el contraste entre un inglés y un irlandés recurriendo a Moore y a Kipling, o aun a Parnell[7] y Gladstone[8]. Puede que Sir Boyle Roche y Sbakespeare os

[3] *TOMÁS MACAULAY (1800-1859), gran historiador y político inglés, autor de Historia de Inglaterra y Ensayos históricos-biográficos*

[4] *JONATHAN SWIFT (1667-1745), escritor irlandés que ejerció enorme influencia política y literaria, autor de Viajes de Gulliver, La profecía de Windsor.*

[5] *JOSÉ AIMISON (1672-1719), estadista y escritor inglés.*

[6] *SIR TOMÁS MOORE (1478-1535), erudito en leyes y en artes que llegó a canciller del gobierno inglés. Es autor de Utopia, obra publicada en latín en 1516, y por primera vez en inglés en 1551, en la que Moore presenta una brillante sátira del gobierno y la sociedad de su época.*

[7] *CARLOS STSWART PARNELL (1846-1891), político irlandés, brillante orador y temible polemista, jefe del partido irlandés. Bregó por una reforma radical en las relaciones de la propiedad inmobiliaria y por la autonomía de Irlanda.*

[8] *GUILLERMO GLADSTONE (1809-1898), político inglés, jefe del partido liberal; hizo loables esfuerzos para mejorar la suerte de Irlanda*

parecieran más apropiados. Dejadme hallar entonces un ejemplo más dramático. Pensad en el famoso encuentro del Duque de Wellington, aquel irlandés intensamente irlandés, y Nelson, aquel inglés intensamente inglés. La desdeñosa aversión de Wellington por la actitud teatral de Nelson en su papel de héroe, patriota y rapsoda, actitud que en un irlandés sería vulgar e insufrible afectación, era natural e inevitable. La frase de Wellington para esa suerte de incidentes era la archiconocida frase irlandesa "Caballero, no sea usted un imbécil", que ha sido la frase de todos los irlandeses para todos los ingleses hasta nuestros días. Y en mi comedia es la frase de Larry Doyle para con Tom Broadbent, a pesar del gran aprecio que Doyle siente por Tom. El genio de Nelson, en lugar de crear agudeza y escrupulosidad intelectuales, sólo despertó delirio. Nelson se sentía ebrio de gloria, pleno de exaltación y ferviente fe en el sólido patriotismo británico del Todopoderoso, animado por la más vulgar xenofobia, y sin reflexionar jamás en que nunca había luchado contra un enemigo técnicamente capaz y bien equipado, salvo en tierra, donde nunca había triunfado. Comparadle con Wellington, que debió pelear contra los ejércitos de Napoleón, contra los mariscales de Napoleón y finalmente contra el mismo Napoleón, sin ilusionarse ni por un momento en cuanto al material humano que debía comandar, sin un solo acceso de esa emoción tipo "Bésame, Hardy" que inducía a Nelson a idolatrar a su tripulación y su estado mayor, sin olvidar ni aun en sueños que el oficial británico normal de aquellos tiempos era un aficionado incapaz (como sigue siéndolo) y el soldado británico un inservible (ahora es un hombre abatido y respetable). No es de extrañar entonces que Wellington se convirtiera en meritorio actor del arte del anticlímax escandalizando al infortunado Croker[9], respondiendo a la demanda de sentimientos gloriosos con los más desilusionantes toques de realismo y, en general, pinchando maliciosamente el globo de la locuacidad inglesa en sus más explosivas crisis de distensión. Nelson, intensamente nervioso y teatral, armaba tremenda alharaca por triunfos tan fáciles que de haber sido derrotado hubiera merecido que lo fusilaran y, no contento con prodigar una lucha brillante a indefenso adversarios, como el heroico De Brueys o Villeneuve (que ni siquiera alentaba la ilusión del heroísmo cuando fue como cordero derechamente al matadero), murió en aras de su pasión por exponerse a la muerte en ese sublime desafío que fuera quizás el supremo tributo del magnífico cobarde ante el Rey del Terror (porque, creedme, no es posible ser héroe sin ser cobarde; la supersensibilidad actúa en ambos sentidos), con el resultado de un efecto tremendo en las galerías. Wellington, el más capaz de los capitanes, nunca fue héroe ni Patriota: quizá tampoco fue cobarde; y a no ser por las anécdotas nelsonianas que se le atribuyeron -sus "Arriba, soldados, y a ellos" y todo lo demás- y el hecho de que el antagonista con quien finalmente debió decidir la lucha era tal maestro del efecto teatral que Wellington no podía atacarle sin exponerse a la luz de sus candilejas, ni derrocarle (para desgracia de todos nosotros) sin atraer la mirada del mundo entero sobre la catástrofe, el Duque de Hierro habría sido completamente olvidado para estas fechas. Pues bien, este contraste es inglés versus irlandés por donde se lo busque, y es tanto más exquisito porque en él el auténtico irlandés es el inglés tradicional, en tanto que el verdadero inglés es el tradicional extranjero de la escena.

El valor de la ilustración reside en que tanto Nelson como Wellington eran eficientes hasta un grado máximo; y a la vez incompatibles entre sí en cualquier condición que no fuera una de absoluta independencia. Que Nelson gobernara a Wellington o Wellington a Nelson, sería tachado inmediatamente de indecorosa ofensa para el gobernado y de tarea de todo punto imposible para el gobernante.

[9] *Se alude a JOHN WILSON CROICER (1780-1897), que fue secretario del Almirantazgo, opuesto a la Ley de Reformas y uno de los primeros en atribuir el calificativo de "conservador' a su propio ideario político.*

Me aventuro a decir que no faltará ahora algún inglés que trate de hurtarnos a Wellington, tal como Macaulay intentara hurtarnos a Swift. Podrá aducir con algún viso de verdad que aunque ningún otro país, salvo Inglaterra, puede producir un héroe tan absolutamente desprovisto de todo sentido común, delicadeza intelectual y caballerosidad internacional como Nelson, puede afirmarse que Wellington era más bien un aristócrata del siglo dieciocho que un típico irlandés. Jorge IV y Byron comparados con Gladstone parecen irlandeses en cuanto a una cierta tunantería y un poder de apreciar el arte y la emoción sin dejarse engañar y sin llegar a confundir la ficción romántica con la realidad. Pero la deslealtad y la necesidad de ocultar la impotencia y la indignidad que la acompañan, despierta en las naciones una nota alegre, escéptica, divertida, blasfema, ingeniosa, que cuadra acabadamente a la flexibilidad de la mente irlandesa; y el contraste entre esta nota y el apasionamiento enérgico que ha llevado a hombres intelectualmente ridículos, sin agudeza ni ingenio, a emprender cruzadas y predicar revoluciones, no puede confundirse con el contraste entre las idiosincracias inglesa e irlandesa. El irlandés establece una diferencia de criterio que el inglés, por demasiado holgazán (la holgazanería y el abandono intelectual del inglés es casi increíble), no formula siquiera. El inglés, impresionado por la disipación de los ingeniosos y descreídos caballeros de la Restauración y la Regencia, y por las victorias de los voluntariosos y acérrimo partidarios de las guerras patriótica, religiosa y revolucionaria, salta a la conclusión de que la intransigencia es el factor decisivo. En esto tiene razón. Pero su salto va demasiado lejos cuando quiere alcanzar la conclusión de que la estupidez y la sinrazón son mejor garantía de capacidad e integridad que la vivacidad intelectual, de la que el inglés desconfía como si se tratara de un síntoma común a la falta de méritos, el vicio y la volubilidad. Y en esto se equivoca peligrosamente. Cabría preguntarnos si el irlandés alcanza la verdad con la seguridad del inglés; pero puede afirmarse, en todo caro, que está comparativamente libre de error. Ese amor afectuoso y admirativo, tanto en hombres como en mujeres, hacia la tontería sentimental por sí misma, que tanto sale a relucir en las novelas de Tbackeray, difícilmente puede concebirse en la obra de un novelista irlandés. Hasta el propio Dickens, aunque demasiado genial y demasiado severamente educado en la escuela de la pobreza cursi, para abrigar duda alguna acerca del peligro nacional de la estupidez en los altos círculos, acepta con demasiada premura la superioridad del señor Meagles sobre Sir Jobn Chester y Harold Skimpole. Por otra parte, un irlandés necesita residir en Inglaterra durante varios años para aprender a respetar y apreciar a un mentecato. Un inglés no respeta ni aprecia a quien no lo sea. Todo estadista inglés necesita mantener su popularidad demostrando ser más rudo, más ignorante, más sentimental, más supersticioso, más estúpido que cualquier otro hombre que haya vivido diez minutos tras los bastidores de la vida pública. Nadie se atreve a publicar sus memorias verdaderamente íntimas o sus cartas auténticamente privadas hasta que ha desaparecido toda una generación y su partido ya no puede verse comprometido por la revelación de que el charlatán insípido y el oportunista hipócrita era un hombre de cierta percepción, así como de fuerte carácter e inflexible aplicación al trabajo, un hombre de ambición personal y perspicacia partidaria.

LA ESTUPIDEZ INGLESA QUEDA DISCULPADA

No pretendo llamar superioridad natural de la nación irlandesa al hecho de que deprecie y desconfíe de los tontos y espere que sus conductores políticos sean inteligentes y a prueba de engaños. Puede ser que si nuestros recursos incluyeran la fuerza armada y el dinero

prácticamente ilimitado que impulsa por entre chapuceadas empresas y hacia un éxito embrollado a las figuras política y militarmente prominentes de Inglaterra y que crea la ilusión de alguna milagrosa y divina cualidad nata de los ingleses que permite transformar en conquistador a un general cualquiera con facultades tales que no salvarían a un cochero de varias observaciones en su registro, y en Primer Ministro a un miembro del parlamento con el criterio de un abogado rural deportista, educado por una gobernanta, caeríamos sin duda alguna en un embrutecimiento intelectual y preferiríamos a aquellos dirigentes que aplaudieran nuestra vulgaridad imitándola, y nos halagaran asociándola a los éxitos y las victorias logradas sobre nuestros superiores. Pero, tal como están las cosas en Irlanda, no podemos permitirnos esta suerte de estímulo y lisonja. Las circunstancias adversas contra las que tienen que luchar nuestros dirigentes políticos serían demasiado opresivas para el inglés de cuarta categoría, cuya labor de dirección consiste casi únicamente en marcar el paso ostentosamente hasta verse violentamente impelido a tambalearse a ciegas (hacia adelante o hacia atrás) hasta dondequiera que lo lleve el empellón. No podemos aplastar a Inglaterra como un camión Pickford podría aplastar a un cochecillo de niños: porque nosotros somos el cochecillo e Inglaterra el camión Pickford, Necesitamos estudiar a Inglaterra así como necesitamos estudiar objetivamente nuestras debilidades y nuestras fuerzas; necesitamos ejercer nuestro poder sobre su lenta conciencia y sus rápidos terrores; necesitamos tratar con ella en el terreno de las ideas y los principios políticos, puesto que no podemos hacerlo con bayonetas; necesitamos ser más listos, trabajar más y resistir más que ella; necesitamos ponerla en aprietos, amedrentarla y hasta conspirar y asesinar cuando nada más puede sacudirla, si no queremos hundirnos más y más profundamente en la vergonzosa miseria de nuestra servidumbre. Nuestros guías no sólo deben estar decididos a ello, sino que deben ser también lo bastante inteligentes para realizarlo. No nos hacemos ilusiones en cuanto a la existencia de alguna misteriosa valentía, honestidad o prejuicio irlandeses por parte de la Providencia, ni sobre una genuina firmeza de carácter irlandés que capacite a un mentecato irlandés a defenderse contra Inglaterra. Los mentecatos de nada nos sirven; nos vimos forzados a seguir a un Parnell arrogante, impopular, nada elocuente, aristócrata y protestante, aunque no faltaran entre nosotros facundos imbéciles de majestuosa presencia y con océanos de dignidad y afecto para ocupar su puesto, si hubieran podido hacer la obra que él cumpliera por nosotros. Obvia mencionar que el señor Redmond[10] podía ser mejor orador y retórico que Parnell; pero en cuanto comenzara a usar de sus poderes para hacerse agradable en vez de hacerse temer por el enemigo, se pusiera a la obra de tramar y apoyar la farsa y la hipocresía inglesa en vez de desenmascararlas y denunciarlas, se constituyera en la permanente apología del no hacer nada, y cuando el pueblo más insistiera en que obrara, sólo se moviera para indagar cuál era el mejor modo de fingir hacer sin modificar nada en realidad, perdería su puesto tan seguramente como un político inglés obtendría, mediante el mismo procedimiento, una banca permanente de primera fila. En resumen, las circunstancias vigentes en Irlanda premian la habilidad política, en tanto que las circunstancias que prevalecen en Inglaterra la desestiman; y la calidad de la oferta responde naturalmente a la demanda. Si se advierte en mis palabras la falta de ese culto extremado de los héroes imbéciles e insensatos que ha sembrado Inglaterra con estatuas de desastrosos estadistas y absurdos generales, la explicación reside simplemente en que yo soy irlandés y usted es inglés.

[10] *JOHN EDWARD REDMOND (1856-1916), eficaz colaborador de Parnell, a quien sucedió en la jefatura del partido nacionalista irlandés. Ferviente partidario de la autonomía, no quería, sin embargo, la ruptura con Inglaterra.*

Librodot

EL PROTESTANTISMO IRLANDÉS AUTÉNTICAMENTE PROTESTANTE

Cuando repito que soy un protestante irlandés, llego a una parte de la relación entre Inglaterra e Irlanda que nunca comprenderéis a menos que insista en explicarla con esa insistencia irlandesa para la claridad intelectual hacia la que mis críticos ingleses se muestran tan recalcitrantes.

Primeramente, permítaseme decir que en Irlanda el protestantismo es auténticamente protestante. Es cierto que existe una iglesia protestante irlandesa (separada del estado desde hace 35 años), a pesar de que una iglesia protestante es, fundamentalmente, una paradoja. Pero esto sólo significa que los protestantes emplean la palabra iglesia para significar su organización secular, sin molestarse demasiado por el sentido metafísico del famoso retruécano de Cristo: "Sobre esta roca edificaré mi iglesia." La iglesia anglicana, por ser una iglesia anglicana católica antiprotestante y reformada, es una cuestión muy distinta. Un anglicano tiene conciencia absoluta de que no es werleyano[11]; y muchos clérigos anglicanos no titubean en predicar la doctrina de que todos los metodistas son pecadores. En Irlanda, un miembro de la iglesia protestante irlandesa no sabe sino que no es católico romano. Las decoraciones de la más "baja" iglesia anglicana le parecen extravagantemente rituales y papistas. Yo mismo ingresé en la iglesia irlandesa por bautismo, ceremonia que fue desempeñada por mi tío en "su propia iglesia". Pero me enviaron, junto con otros muchachos de mi mismo credo, a una escuela wesleyana donde se enseñaba el catecismo wesleyano, sin que mediara la menor protesta por parte de los padres, aunque tan poco se suponía que alguno de los muchachos fuera wesleyano que, si todos los que pertenecíamos a la iglesia irlandesa hubiéramos sido retirados de la escuela, ésta hubiera debido clausurarse. Y esto no es, de ningún modo, análogo al caso de la clase obrera de Londres, cuyos miembros anglicanos envían a sus hijas a las escuelas católico romanas, prefiriéndolas a las escuelas públicas elementales por la sola razón de que las monjas les enseñan buenas modales y refinado hablar, cosa que no sucede con el plan de estudios del Consejo del Distrito. En Irlanda un padre que pertenece a la iglesia irlandesa envía a su hijo a una escuela wesleyana (si es conveniente y socialmente elegible), porque le es indiferente la forma de protestantismo ejercida, con tal de que sea protestante. También existe en Irlanda una característica negativa protestante a tratar las ceremonias y aun los sacramentos con demasiada seriedad, salvo demostrando tenaz oposición en los casos en que se usan velas o incienso. Por ejemplo, yo nunca fui confirmado, aunque la ceremonia era quizá especialmente necesaria en mi caso, pues la ausencia del padrino elegido para comparecer ante la pila bautismal determinó que sus funciones fueran asumidas allí mismo, en la orden sacerdotal de mi tío, por el sacristán, Y mi caso es muy común, aun entre gente inmune a los escepticismos modernos. Aparte del hábito semanal de ir a la iglesia, que se defiende como una costumbre respetable, la iniciación sólo se hacía por llenar las apariencias y las omisiones carecen de importancia. La distinción entre fiel y disidente, que en Inglaterra es una distinción de clases, una distinción política y ocasionalmente religiosa, no existe en Irlanda. A nadie sorprende que el terrateniente, columna local de la iglesia antiguamente mantenida por el estado, sea también

[11] *Miembro de una secta protestante -llamada también meto. dista-, fundada por John Wesley (siglo XVIII), que se distingue por la rigidez de sus principios morales.*

un plymouthia[12] y, salvo en ocasiones especiales, asista a las reuniones metodistas. El párroco no tiene carácter sacerdotal ni influencia sacerdotal; el cura de la iglesia ortodoxa existe por supuesto y está de moda en los epicúreos religiosos del sexo opuesto; pero la actitud general de su congregación es la del Dr. Clifford. La cláusula del credo de los Apóstoles que profesa fe en una iglesia católica es un enigma constante para los niños protestantes; y cuando llegan a mayores la descartan de su mente más a menudo de lo que la resuelven, porque en verdad no son católicos sino protestantes rigurosamente individualistas. Verdad es que hablan de la iglesia y la capilla con todo el desprecio anglicano por la capilla; pero en Irlanda la capilla significa la iglesia católico-romana, para la que el protestante irlandés reserva todo el rencor de clase, la hostilidad política, la intolerancia religiosa y el encono que en Inglaterra generalmente separan a la iglesia oficial de los organizaciones protestantes disidentes. Cuando un vulgar protestante irlandés habla de algún "papista", siente exactamente lo mismo que un vulgar vicario anglicano al hablar de ten "disidente". Y cuando el vicario es bastante anglicano para llamarse sacerdote, usar sotana y bendecir a su grey con dos dedos de la mano, resulta horriblemente incomprensible para el protestante irlandés que, por su parte, deja perplejo al anglicano cuando considera al metodista con la misma tolerancia con que un irlandés que prefiere el "grog" considera a otro irlandés que prefiere el ponche.

UNA ANOMALÍA FUNDAMENTAL

Ahora bien, nada puede ser más anómalo, y en el fondo imposible, que un partido protestante conservador que apoye el orden establecido, en oposición a un partido católico revolucionario. El protestante es teóricamente anarquista, hasta donde el anarquismo es practicable en la sociedad humana: esto es, es individualista, librepensador, autonomista, whig[13], liberal; además desconfía y difama al estado, y es rebelde. El católico teóricamente es colectivista, abnegado, tory, *conservador, partidario de la iglesia y el estado único e indivisible, y es obediente. Esta seria una definición de hecho y teoría, si los hombres fueran protestantes o católicos por temperamento y elección adulta, y no por tradición familiar. El campesino que supone que el hijo del poeta Wordsworth continuará la obra del anciano después de su muerte, no es ni en un ápice más tonto que nosotros, que podemos burlarnos de su ignorancia de la poesía y pretendemos sin embargo que los hijos "continúen" la religión de sus padres. De aquí que, dado nuestro sistema familiar, las iglesias católicas se abastezcan diariamente, en la pila bautismal, de protestantes por temperamento, en tanto que las organizaciones protestantes se proveen de temperamentos católicos, con consecuencias más desconcertantes para aquellos que esperan que la historia resulte de las creencias religiosas de quienes la forjan.*

Y sin embargo, aunque la iglesia católica romana pueda ocasionalmente hallar la horma de su zapato en Lutero y Voltaire, o las organizaciones protestantes en Newman y Manning, el curro normal de la humanidad recibe su calificación del ambiente en que la han criado. En Irlanda el campesino católico romano no puede

[12] *Plymouthismo, secta eclesiástica fundada por Juan Darby, a cuyos partidarios se llamó plymouthistas o hermanos de Plymouth. Consideraban que todo ministerio oficial de la Iglesia negaba el sacerdocio espiritual de los creyentes y les alejaba del Espíritu Santo.*

[13] *Whig, nombre dado a los partidarios de la libertad en Inglaterra, por oposición al Tory, partidario de la autoridad. Constituyen ambos los partidos más grandes de Inglaterra, correspondiendo al primero los partidarios liberales y al segundo los conservadores.*

escapar a la atmósfera religiosa de su iglesia. Salvo cuando estalla como un niño malcriado, es dócil, reverente, se contenta con considerar el saber como algo que no le concierne, es un niño ante su iglesia y la acepta como la más alta autoridad en ciencias y filosofía. Habla de sí mismo como de un hijo de la iglesia, llama al cura padre en vez de hermano o señor. Para rebelarse políticamente necesita alejarse del tutelaje de la parroquia y apoyar en los problemas nacionales a un dirigente protestante. Su iglesia, muy naturalmente, fomenta la sumisión. El Gobierno Británico y el Vaticano pueden diferir vehementemente en cuanto a de quién ha de ser súbdito el irlandés; pero están perfectamente de acuerdo en cuanto a conveniencia de su condición de súbito. Entre ambos, el Gobierno Británica le brinda libertad, otorgándole una autonomía democrática del gobierno local tan completa como sus medios le permiten, dándole voz en la elección de una formidable minoría en la Cámara de los Comunes, además de permitirle leer y aprender lo que quiera... salvo cuando se trata de un ataque zalamero desde un pasquín sedicioso. Pero si se atreviera a alzar la voz en la elección de su párroco, o de un representante ante el Vaticano, sería denunciado desde el altar como un inconcebible blasfemo; y sus oportunidades educacionales se hallan tan restringidas por su iglesia que se ve penosamente imposibilitado en cualquier camino de la vida que requiera alguna capacidad de leer y escribir. El propósito de su párroco es hacer de él un conservador sumiso; y nada que no sea una aguda opresión económica y persecución religiosa podía producir el extraño fenómeno de un movimiento revolucionario, no sólo tolerado por los clérigos, sino, hasta cierto punto, alentado por ellos. Si existe algo que pueda llamarse ciencia política, con leyes naturales como cualquier otra ciencia, es indudable que sólo la más violenta fuerza externa podría lograr y mantener esa unión antinatural de la revolución política con la reacción papal, y de hombres de un intrépido individualismo y espíritu independiente con otros que se someten de buen grado al despotismo y la opresión.

Esa violenta fuerza externa es el pulgar poco diestro del dominio inglés. Si quisieran ser tan amables, damas y caballeros de Inglaterra, de quitarnos ese pulgar de encima y dejarnos en libertad de hacer algo más que morderlo, los elementos mal combinados de la política irlandesa volarían en todas direcciones y se reacondicionarían, de acuerdo a su naturaleza, con resultados enteramente satisfactorios para el auténtico protestantismo.

LA INDOLE DEL ODIO POLÍTICO

Reconsiderad el problema autonomista a la luz de esa característica tan inglesa del pueblo irlandés que es su odio político hacia los sacerdotes. No os dejéis distraer por el chillido de indignada negativa de los periódicos católicos y aquellos otros que pretenden testimoniar las encantadoras relaciones que existen entre el campesino irlandés y sus padres espirituales. Me doy perfecta cuenta de que los irlandeses aman a sus párrocos tan devotamente como los franceses a los suyos antes de la Revolución, o los italianos antes de aprehender al Papa en el Vaticano. Aman también a sus terratenientes; más de un caballero irlandés ha hallado en su niñera a una madrastra más solícita que su propia madre. Aman a los ingleses, como puede atestiguarlo cualquier inglés que haya viajado por Irlanda. Les ruego que no crean ver en mis palabras ninguna ironía: el mundo está plagado de auténticos ejemplos de la coexistencia de la amistad personal con el rencor político. Esclavos y colegiales aman

con frecuencia a sus superiores; Napoleón y sus soldados hicieron esfuerzo desesperados por salvar a los soldados rusos de los hielos que rompieran con las balas de su propio cañón; las mismas relaciones entre campesinos disidentes y clérigos anglicanos, en Inglaterra, no carecen siempre de benevolencia; en los estados sureños de Norteamérica los colonos se encariñan y son tradicionalmente bondadosos con los negros, recibiendo sustanciales recompensas en humilde afecto; soldados y marinos admiran y vitorean con frecuencia a sus oficiales; y nunca el trato personal es por mucho tiempo compatible con una resistencia intolerable de odio y maldad. Pero aquellos que persisten en aducir estas amabilidades como factores políticos se equivocan de cabo a rabo y deben ser arrojados del recinto cuando van a tratarse serios problemas de estado. Así como un irlandés puede tener amigos ingleses y preferirlo a los irlandeses de su conocimiento, y puede ser amable, hospitalario y útil en su relación con los ingleses, a la vez que está perfectamente dispuesto a que el Shannon se tiña de rojo con sangre inglesa si a ese precio pudiera obtenerse la libertad irlandesa, así un irlandés católico puede apreciar al párroco como hombre, respetarle como confesor y pastor espiritual y estar a la vez implacablemente decidido a utilizar la primera oportunidad que se le presente para librarse de su yugo. Este es el odio político: el único odio mortal que la civilización tolera.

LA REBELIÓN CONTRA EL CLERO

Comprended entonces que el partido popular en Irlanda bulle en rebelión contra la tiranía de la iglesia. ¡Imaginaos el sentimiento de un campesino inglés si el párroco se negara a casarlo por menos de 20 esterlinas y no contara con ningún otro medio para casarse! ¡Imaginaos que se restauraran los diezmos a la iglesia, en la forma de un impuesto a los réditos extraoficial y científicamente ajustado según un íntimo conocimiento de las posibilidades pecuniarias, ratificado en el confesionario! ¡Imaginaos una parte de la masa de campesinos considerada la más humilde del mundo, bajo el poder de un clero reputado como el más rico del mundo! ¡Imaginaos una clase media católica ininterrumpidamente derrotada en la lucha profesional, oficial y social por la superior educación de sus competidores protestantes, e impedida sin embargo, por orden de sus sacerdotes, de recurrir a las cínicas universidades eficientes del país! ¡Imaginaos tratando de lograr una educación en un seminario de curas, donde todo libro moderno que merece leerse está en el índice y donde aún se considera a la tierra, no ya del todo aplastada, pero muy lejos todavía de la forma esférica que aducen los protestantes! ¡Imaginaos leer este prefacio porque proclama vuestra propia pesadumbre! ¡E imaginaos sentenciados a someteros a todo esto so pretexto de que el partido popular debe mantenerse unido a toda costa frente al enemigo protestante! Esta es, a grandes rasgos, la condición de la Irlanda católico-romana.

LA LEALTAD PROTESTANTE: UN PRONÓSTICO

Observemos ahora a la Irlanda protestante. He dicho ya que un irlandés "leal" es un fenómeno repugnante por antinatural. En Irlanda no se llama "lealtad" a brindar a la salud del rey inglés y descubrirse a los acordes del himno nacional inglés: esa es la simple explotación del dominio inglés en interés de la propiedad, el poder y la influencia de las clases irlandesas frente a las masa irlandesas. Desde cualquier otro punto de vista es cobardía e infamia. He conocido a un protestante en camino a prestar juramento como guardia especial en Dublin Castle, resuelto a recibir su cachiporra y romperla en las cabezas de una fracción patriótica que a la sazón trastornaba la calma de la ciudad; a último momento se echó atrás porque no podía resignarse a pronunciar el juramento de lealtad que correspondía a la entrega de la cachiporra. No existe en Irlanda nada que pueda llamarse legítima lealtad. Existe en cambio una separación del pueblo irlandés en dos fracciones hostiles: la una protestante, aristócrata y oligarca; la otra católico-romana, popular y democrática, La oligarquía gobierna a Irlanda con una burocracia que deriva su autoridad del rey de Inglaterra: no puede descartarle sin descartar a la vez su propia ascendencia. De allí que lo explote asiduamente, bebiendo a su salud, tremolando su bandera, entonando su himno y usando libremente la tonta palabra "traidor" cuando está achispado. Pero dejad que el gobierno inglés avance un paso hacia el partido democrático y la guarnición protestante se sublevará inmediatamente, no con lágrimas, súplicas, zozobras y años de temblorosa renuencia como los parlamentarios del siglo XVII se sublevaran contra Carlos 1, sino con pronta acritud y estridentes amenazas. Cuando Inglaterra abandone finalmente la guarnición para ceder a la demanda de autonomía, los protestantes no estarán vencidos, ni perderán demasiado tiempo en cavilar sombríamente en la traición, o en comparar su suerte con la de Gordon, a quien Gladstone abandonara a las lanzas de los fanáticos paganos. No se conformarán con retirarse a un Faubourg St. Germain irlandés. Tomarán parte enérgica en el gobierno nacional, penosamente necesitado de fuerzas parlamentarias y autoridades administrativas independientes de Roma. Obtendrán no sólo los votos protestantes sino también los votos católicos, en ese espíritu de tolerancia que en todas partes alcanza a los herejes políticamente útiles a los ortodoxos. No cejarán en su decisión de apoderarse de todo el gobierno de Irlanda que puedan asir; pero, como tal gobierna resultaría un gobierno nacional irlandés en lugar del gobierno inglés que soportamos ahora, su decisión los llevaría a la vanguardia del Nacionalismo y la Democracia irlandesa, en oposición al catolicismo romano y al clericalismo, para aflicción y escándalo de los unionista ingleses, que descubrirían entonces el verdadero valor de la lealtad del irlandés protestante.

Pero no se abrirá una grieta en la tradición del partido. Los protestantes seguirán siendo el partido de la Unión, que entonces no significará la derogación de la Autonomía sino el mantenimiento de la Federación de estados de habla inglesa que en la actualidad se denomina teatralmente Imperio. Arriarán el pabellón militar de la Gran Bretaña sin el menor escrúpulo; pero, conocedores de la importancia de la Flota del Canal, se mantendrán unidos como hermanos a esta y cualquier otra posesión imperial que pueda ser explotada, para protección de Irlanda, contra la agresión extranjera y contra la contribución de impuestos a los británicos. Saben que la costa irlandesa es para el inglés temeroso de invasiones su talón de Aquiles, y que pueden usar de ella para hacerles pagar su precio.

Librodot

LA BELICOSIDAD PROTESTANTE

Si algún inglés se mostrara incrédulo con respecto a esta opinión mía de que el protestantismo es una fuerza esencialmente nacionalista en Irlanda, pregúntesele a qué jefe, en el caso de que fuera él irlandés, preferiría resucitar de su tumba para luchar contra Inglaterra: al católico Daniel O'Connell[14] a al protestante Parnell, O'Connell organizó el movimiento nacionalista sólo para arrancarle sus dientes, forzar su decisión y declarar que la Derogación de la Unión no valía el derramamiento de una sola gota de sangre; murió en el seno de su iglesia, pero no en el seseo de su patria. Los jefes políticos protestantes, desde Lord Edward Fazgerald a Parnell, jamás repartieron su devoción. Si algún inglés cree que se habría ahorrado más sangre de la que economizan los mismos ingleses, si con líquido tan barato pudiera comprarse el honor de Irlanda, se equivoca drásticamente en cuanto al temperamento del irlandés protestante, La idea de que Irlanda es el único país del mundo que no merece el derrame de una sola gota de sangre no es una idea protestante, y por cierto que no está respaldada por las prácticas inglesas, Fue poco razonable pedirle a Parnell que derramara sangre suficiente en Egipto para poner fin al desgobierno del Jedive y reemplazarlo después por Lord Cromer para contentar a los tenedores de acciones inglesas, para esperar luego de él que se convierta en un Tolstoísta o un O'Connellista con respecto a su propio país. Con una Irlanda totalmente protestante que le respaldara hubiera podido amedrentar a Inglaterra hasta conseguir la Autonomía; porque la insensibilidad de las clases gobernantes inglesas hacia toda consideración filosófica, moral, social -en resumen, para toda consideración que requiera un pequeño esfuerzo intelectual y benévola vigilancia- es atenuada, tamo los irlandeses bien sabemos, por una absurda susceptibilidad a toda intimidación.

Porque permítaseme detenerme aquí un momento para fijar en usted, lector inglés, que ningún otro hecho se ha grabado más profundamente en nosotros que la certeza de que a nada puede llegarse con un gobierno inglés a menos que se le amedrente, tal como le ocurre a usted. Cuando el poder y las riquezas son distribuidos al azar en las cunas infantiles, como sucede en Inglaterra, se obtiene una clase gobernante inactiva, carente de carácter, valor y verdadera experiencia; y en tales circunstancias las reformas se producen sólo por catástrofes seguidas de un pánico en que "alga hay que hacer". Así, se requiere urea epidemia de cólera para conseguir una Ley de Salud Pública, una guerra en Crimea para reformar la administración pública y una conspiración de la pólvora para separar a la iglesia irlandesa del estado. Fue a la luz, no de la razón, sino de la luna, que se vio en Inglaterra la necesidad de prestar seria atención a la cuestión agraria irlandesa. Fue menester la Guerra de Independencia Americana y el Movimiento voluntario Irlandés para obtener el parlamento irlandés de 1782, cuya constitución excedió en mucho las reivindicaciones nacionalistas de nuestros días en lo que respecta a independencia.

En vano se aducirá que esta es la naturaleza humana y no la debilidad de clases. Los japoneses han demostrado que es posible realizar cambios sociales y políticos inteligente y providencialmente, en lugar de flotar indefensos a la deriva hasta que los desastres públicos impongan a viva fuerza un reajuste aterrador y despiadado. Innumerables experimentos de gobierno han demostrado que, cuando los hombres no son

[14] DANIEL O´CONNELL (1776-1847), irlandés a quien llamaran "el gran agitador de Irlanda", desplegó en el parlamento inglés gran energía por mejorar la suerte de su patria.

demasiado pobres para ser honestos ni demasiado ricos para comprender y compartir las necesidades del pueblo -como en Nueva Zelandia, por ejemplo-, pueden gobernar con mayor prudencia que nuestro limitado círculo de aristócratas y plutócratas.

EL INGLÉS JUSTICIERO

Los unionistas ingleses, cuando se les pide una opinión en defensa del gobierno que ejercen sobre los *pueblos sometidos, responden a menudo que el inglés es justo, abandonándonos a nuestro escarnio por pretensión tan monstruosamente inhumana y a nuestra impaciencia por tamaña ignorancia acerca de las funciones mutualmente exclusivas de juez y legislador. Porque existe una sola condición en la que el hombre puede hacer justicia entre dos litigantes y ésta es la de no tener intereses en común con ninguno de ellos, en tanto que sólo teniendo todos los intereses en común puede gobernarlos de un modo tolerable. La condición previa a la Democracia es la representación de* todo *interés; la condición previa a la justicia es la eliminación de todo interés. Cuando buscamos a un tercero que actúe como árbitro, nos volvemos hacia un extraño; cuando queremos un gobernante, el extraño sería la única persona que no seríamos capaces de tolerar. El inglés en la India, por ejemplo, se erige en verdadera estatua de la justicia para dilucidar un litigio entre dos nativos. Dice en efecto: "Soy imparcial en vuestras disputas religiosas porque no creo en ninguna de vuestras religiones. Soy imparcial en vuestros conflictos de costumbres y sentimientos porque tales costumbres y sentimientos difieren y son abismalmente inferiores a los míos. Finalmente, soy imparcial en cuanto a vuestros intereses porque están en oposición a los míos, que consisten en manteneros igualmente indefensos ante mí para que yo pueda extraer de vosotros el dinero necesario para abonar sueldos y pensiones a mí y a mis compatriotas ingleses en nuestra calidad de jueces y gobernantes vuestros. A cambio de ello obtenéis el inestimable beneficio de un gobierno que hace absoluta justicia entre hindú e hindú, preocupándose totalmente del mantenimiento de una injusticia absoluta entre India e Inglaterra."*

Se observará que ningún inglés, sin ponerse en ridículo,," pretenderá ser absolutamente justo o desinteresado en los *asuntos ingleses, o tolerará una propuesta de establecer el sistema de gobierno hindú o irlandés en Gran Bretaña. Si la justicia del inglés es bastante para asegurar el bienestar de India o Irlanda, debería ser igualmente apropiada para Inglaterra. Pero los ingleses son bastante listos como para rehusarse a confiar en la justicia inglesa, prefiriendo para sí la democracia. Difícilmente pueden censurar entonces al irlandés por adoptar el mismo punto de vista.*

En resumen, estimado lector inglés, el protestante irlandés se halla fuera de esa sociedad inglesa de mutua admiración que llamáis el Imperio o la Unión. Podrá conquistarse a una vulgar y no del todo inútil variedad de protestante irlandés, delegando en él vuestros poderes y haciendo de él el opresor, y de vosotros, amedrentados y renuentes cómplices y sostenedores militares; pero si nada se le ofrece a cambio de su lealtad, salvo la superioridad natural del carácter inglés, veréis ... ¡pero haced el ensayo y ya veréis lo que sucede! Tendréis una oportunidad diez veces mejor con un católico romano, porque él se ha saturado desde su niñez de la idea imperial de un dominio ajeno ejercido por un poder espiritual superior, y está preparado para la sumisión y la abnegación de sus propias convicciones. Una guarnición católico-romana recibiría sus órdenes de Inglaterra y dejaría que ésta gobernara Irlanda si Inglaterra fuese católico-romana. La guarnición protestante se limita a aprovechar el poder inglés, lo utiliza para sus propios fines y de tanto en tanto ordena

al gobierno inglés que destituya a un ministro irlandés que se ha atrevido a aplicar las ideas inglesas a los asuntos de la guarnición. Con lo cual el gobierno inglés le expulsa abyectamente, suplicándole, como a caballero e inglés leal que es, que no le censure frente al enemigo nacionalista.

Por cierto que tales incidentes no conmueven la firme convicción del protestante irlandés de que, como contrincante, está a la altura de cualquier gobierno inglés en determinación e inteligencia. Aquí, sin duda, se ilusiona demasiado; porque la ventaja no reside en su carácter, sino en la comparativa definición de intereses, concentración de esfuerzos alrededor de un mismo problema, unidad de propósito y falta de escrúpulos o responsabilidades frente a la política mundial. El problema es un problema puramente irlandés y no inglés; y él es irlandés. El propósito que le anima, que consiste simplemente en asegurar la dominación de su propia carta y credo tras el poder de Inglaterra, es más simple y más sencillo que los confusos propósitos de los gabinetes ingleses que luchan neciamente con las cargas del Imperio, influídos por la presión del capital en todas partes menos en Irlanda. Carece de responsabilidad, interés, estado legal fuera de su propio país y su propio movimiento, lo que significa que carece de escrúpulos al pleitear con Inglaterra; en tanto que Inglaterra, teniendo la conciencia intranquila y muchas responsabilidades e intereses obstruyendo y estorbándole, termina por verse obligada y amedrentada por el irlandés, y aprenda finalmente a simpatizar con lar aspiraciones nacionalistas, de resultas de su experiencia con la tiranía del partido Orangista.

PRONÓSTICO DEL CATOLICISMO IRLANDÉS

Supongamos que al establecer un gobierno nacional se aniquilara el partido oligarca absorbiendo la guarnición protestante y haciendo de ella una guardia nacional protestante. Los legos católico-romanos, que en la actualidad son una rama amorfa, se organizarían y sobrevendría una rebelión contra Roma y contra el clero. La iglesia católico-romana se convertiría en la iglesia oficial irlandesa. El parlamento irlandés insistiría en tener voz en la promoción de clérigos; se regimentarían las retribuciones y contribuciones a la iglesia; se impediría el chantaje, se prohibiría el trabajo forzado en fábricas y tiendas conventuales y se establecería la libertad universitaria. En una palabra, la iglesia católico-romana, contra quien Dublín Castle se halla indefenso, se enfrentaría con la única fuerza sobre la tierra que puede rivalizar con ella victoriosamente. Esta fuerza es la Democracia, una entidad mucho más católica que la misma iglesia. Hasta que esta fuerza se lance contra aquélla, la guarnición protestante no podrá hacer nada al clero, excepto consolidarlo e inducir a las gentes a defender sus altares del extranjero y el hereje. Cuando se lance realmente, los legos católicos en Irlanda se librarán de la tiranía sacerdotal tan rápidamente como lo hicieron en Francia y en Italia. Y al hacerlo enfrentarán el antiguo problema de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Un partido católico-romano debe someterse a Roma; un partido católico anticlerical debe convertirse necesariamente en un partido católico irlandés. El Sagrado Imperio Romano, como todos los demás imperios, no tiene otro futuro que el de una federación de iglesias católicas nacionales, porque el cristianismo no puede eludir a la Democracia, así como la democracia no puede eludir al socialismo. En este sentido merece subrayarse que los católicos anglicanos han desempeñado y siguen desempeñando parte activa en el movimiento socialista de Inglaterra, en oposición a las personalidades seculares del proletariado urbano; pero se han librado de la primera

pesada carga que aguarda al irlandés católico. Su iglesia se ha librado del yugo de Roma y es segura y permanentemente anglicana. Pero la Iglesia católica de Irlanda sigue siendo romana, La autonomía anunciará el día en que el Vaticano tome el camino de Dublin Castle y la isla de los santos asuma la autoridad suprema de su propia iglesia. Parecerá increíble que mucho después de que el último orangista haya abandonado su tiza para siempre, el garabato familiar en todas las paredes del norte de Irlanda, "¡Al infierno con el Papa!", reaparezca en el sur, trazada por manos católicas olvidadas del tradicional contraataque, "¡Al infierno con el rey Guillermo!" (de gloriosa, piadosa e inmortal memoria); pero puede suceder. "La isla de los santos" no es una frase hueca. El temperamento religioso es uno de nuestros productos nacionales, e Irlanda no es mala roca para levantar una iglesia. Santa y hermosa es la tierra de la Irlanda católica; sus plegarias tienen mayor encanto que los dientes y las garras del protestantismo, pero no son tan eficaces cuando se trata de lidiar con los ingleses.

EL VOLTERIANISMO INGLÉS

Permitidme introducir el tema demostrando cuán cerca está en sus aspectos esenciales de ser una reproducción exacta de la situación inglesa. En Inglaterra, lo mismo que en Francia, la lucha entre el clero y los legos ha producido un vasto grupo volteriano. Pero la identidad esencial del movimiento francés y del inglés se ve oscurecida por la ignorancia del vulgo inglés, que, en vez de conocer los credos privativos de su iglesia o secta, cree vagamente que son la verdad eterna en oposición al tremendo error en que incurren las demás sectas. Cree que Voltaire es un "librepensador" francés y no el campeón de los legos ante la teocracia del Estado-Iglesia. Los jefes disidentes de nuestras iglesias libres son todos volterianos. El grito de guerra de los resistentes pasivos es el grito de guerra de Voltaire: **Écrasez l'infâme.** No *debemos prestar atención a la diferencia técnica entre* **l'infâme** *de Voltaire y la del Dr. Clifford. La primera fue la Iglesia romana no reformada de Francia, la segunda la Iglesia anglicana reformada; pero en ambos casos el ataque ha sido contra una tiranía clerical y un monopolio profesional. Voltaire pudo convencer a los ginebrinos de que él era el campeón filosófico de su deísmo protestante, individualista, democrático, contra el Estado-Iglesia de la Francia católica romana; y su heroica energía* y *filantropía, que hoy hace de la enumeración de sus méritos en su monumento de Ferney el más impresionante epitafio de toda Europa, hacía entonces que el más fervoroso de los minis-*
tros luteranos se alegrara de proclamar una inspiración común a la suya. Desgraciadamente, Voltaire poseía un irreprimible sentido del humor. Hacía bromas a propósito de Habacuc, y estas bromas olían demasiado a azufre para que los protestantes, para quienes la Biblia no es simple literatura sino un ídolo y un talismán, pudieran tolerarlas. Y así Voltaire, a pesar de la iglesia que "erigiera a Dios", se convirtió para Inglaterra en el espectro ateísta de tres generaciones de ingleses ignorantes, en vez del legítimo sucesor de Martín Lutero y John Knox.
Hoy en día, empero, las bromas de Voltaire han sido olvidadas o han dejado de surtir efecto en un mundo que ya no venera a Habacuc; y su verdadera posición se hace cada vez más evidente. El hecho de que Voltaire fuera un lego católico romano, educado en un colegio jesuita, es la respuesta concluyente para aquellos necios que imaginan que Irlanda, entregada a la democracia irlandesa -es decir, a los legos católicos-, estaría en manos de la tiranía clerical.

¡IMAGINAD!

Imaginad ahora que la conquista de Francia por Enrique V de Inglaterra hubiera subsistido y que Francia se viera gobernada en el siglo XVIII por un virrey inglés, con ayuda de una burocracia hugonote y un tribunal elegido en la inteligencia de que para sus miembros la lealtad significa lealtad hacia Inglaterra, y el patriotismo la voluntad de morir en defensa de la conquista inglesa y la Iglesia anglicana. ¿No habría sido Voltaire, en tal caso, el peor de los traidores y egoístas si hubiera procedido decentemente con Inglaterra, adhiriéndose a la campaña contra su propia iglesia y la de Francia? La energía que utilizara en la defensa de Calas y Sirven habría sido empleada en defensa de los franceses, a quienes los ingleses llamarían "rebeldes"; y se habría visto obligado a identificar la causa de la libertad y la democracia con la causa de l´infâme. La Revolución francesa habría sido una revolución contra Inglaterra y la dominación inglesa, en lugar de hacerse contra la aristocracia y el clericalismo; y todas las fuerzas espirituales de Francia, desde Turgot a De Tocqueville, se habrían consumido en meros ditirambos antianglicistas y nacionalistas en vez de contribuir a lar ciencias políticas y ampliar el pensamiento del mundo, como en verdad lo hicieron.

Aquello que podía haber sucedido en Francia ha sucedido en Irlanda; y es por esto que sólo los irlandeses de cortos alcances, incapaces de concebir lo que significa la libertad religiosa para un país, no abominan del dominio inglés. Porque en Irlanda, Inglaterra no es otra cosa que la policía papal. Se imagina que mantiene a raya a los cardenales del Vaticano, cuando en realidad es ella quien está ahogando a los Voltaire, los Fox y los Penn, los Clifford, *Horton, Campbell, Walter y Silvester Horne, que se hallan con tanta abundancia entre los legos católico-romanos como entre los legos católico-anglicanos de Inglaterra. Nada obtiene de Irlanda sino infinitas molestias, infinitas confusiones y obstáculos en su propia legislación, un odio que circula por el mundo entero y lo envenena contra ella, un vituperio que hace aparecer ridículas e hipócritas sus demostraciones a favor de Finlandia y Macedonia, en tanto que el clero recoge todo el botín en dinero, poder, orgullo y popularidad.*

LA VERDADERA QUEJA DE IRLANDA

Pero no es el botín lo que importa. Es el derroche, la esterilización, la perversión del fértil poder cerebral en vana protesta contra la inútil perversidad, el uso de nuestras propias entrañas para atarnos las manos y sellar nuestros labios en nombre del honor y el patriotismo. En cuanto al dinero y la comodidad, el irlandés medio lleva una vida más tolerable -especialmente ahora que la población es tan escasa- que el inglés medio. Verdad es que en Irlanda el pobre es robado, hambreado y oprimido por disposiciones judiciales que confieren el tremendo título de justicia a un sistema de garrote y perjurio. Pero lo mismo sucede en Inglaterra. El inglés, por ser más dócil, menos peligroso y demasiado holgazán en lo intelectual para esgrimir ten poder político y legal como el que tiene a su alcance, sufre más y protesta menos por ello que el irlandés. Pero al menos no tiene sobre quién echar las culpas si no es sobre sí mismo o sobre sus compatriotas. No duda de que si una eficaz mayoría del pueblo inglés se resolviera a modificar su constitución, así como la mayoría del pueblo irlandés se ha decidido a obtener la autonomía, podrían alterarla sin necesidad de

luchar contra una nación vecina abrumadoramente poderosa y rica, ni luchar, además, con una soga al cuello. Porque el inglés puede atacar cualquier institución de su país sin traicionarla y entregarla a la venganza y opresión extranjeras. Es verdad que, si concurre a la capilla metodista y no a la capilla parroquial, el propietario podrá arrojarlo de la choza que habita. Sus clientes podrán dejar de comprarle si vota por los liberales en vez de por los conservadores. Los aristócratas ingleses, que preferirían morir ames de matar a un zorro, hacen todas estas cosas sin el menor sentimiento de indecencia o deshonor. Pero no pueden amordazar a sus intelectuales. El filósofo inglés, el autor inglés, el orador inglés pueden atacar todo abuso y exponer cualquier superstición sin entregarse por ello en manos del enemigo común. En Irlanda cualquier ataque semejante, cualquier revelación similar, es un servicio a Inglaterra y una estocada a Irlanda, Si se expone la tiranía y rapacidad de la Iglesia, se pronuncia un argumento en favor de la ascendencia protestante. Si se denuncia el nepotismo y el engaño de las nuevas autoridades locales, se demuestra la incompetencia irlandesa para el autogobierno y la superioridad de los grandes jurados de la antigua oligarquía.

Y la misma opresión existe por la otra parte. El protestante debe apoyar a la guarnición a toda costa; el unionista debe hacer la vista gorda a todo abuso burocrático, tolerar toda tiranía, magnificar a todo mentecato oficialista, porque exponerlos significaría una victoria para el enemigo nacionalista. Todo irlandés está en la situación de Lancelot[15]: su honor tiene sus raíces en el deshonor; y la fidelidad, infiel, le mantiene falsamente fiel.

LA MALDICIÓN DEL NACIONALISMO

Es muy difícil que un inglés pueda comprender lo que esto implica. Una nación conquistada es como un hombre atacado de cáncer: no puede pensar en otra cosa y se ve obligado a ponerse, con exclusión de mejor compañía, en las manos de medicastros que pretenden curar o tratar el cáncer. Los charlatanes de las dos plataformas rivales son los más insoportables oradores. No se requiere conocimiento, carácter, conciencia, diligencia en asuntos públicos, ninguna virtud privada o comunal, para batir el parche nacionalista u orangista; más aun, otorga un premio al rencor o a la insensibilidad que ha dado origen al proverbio por el que, si ensartamos a un irlandés en el asador, siempre podremos hallar a otro irlandés que pringue la carne. La oratoria jingoísta en Inglaterra es ya muy hartante para la gente seria: una noche de demostraciones belicosas en Londres terminó en un decidido llamado a la policía. Pues bien, en Irlanda toda oratoria política es oratoria jingoísta y todas lar demostraciones políticas son belicosas. La dominación inglesa es una abominación, a tal punto intolerable que ningún otro problema puede llegar al pueblo. El nacionalismo se alza entre Irlanda y la luz del mundo. En Irlanda nadie con la menor inteligencia aprecia el nacionalismo más de lo que a un hombre que se le rompiera un brazo le agradaría que se lo entablillaran. Una nación sana es tan poco consciente de su nacionalidad como un hombre sano de sus huesos. Pero, si se quiebra la nacionalidad de una nación, ya no se pensará en otra cosa que en restablecerla. No se

[15] *LANCELOT, Lanzarote del Lago, personaje principal de la leyenda de la Tabla Redonda. Uno de los más valientes caballeros de la Corte del rey Artús, libertó a la reina Ginebra, mujer de éste, que había sido robada por el rey del país, se convirtió en su amante y luego sostuvo larga lucha con Artús. Las aventuras de Lanzarote han sido tema de diversos libros y poemas.*

escuchará a ningún reformador, a ningún filósofo, a ningún predicador, hasta que la demanda del nacionalismo le sea concedida. No atenderá a actividad alguna, por vital que fuere, salvo a la unificación y la liberación.

Por eso es que en Irlanda todo está en un estado de transición, a la espera de obtener la autonomía. El oleaje de los grandes movimientos del espíritu humano que barren toda Europa se detiene en la costa irlandesa, ante las armas inglesas del fuerte Pigeon. Sólo un vástago arcaico del prerrafaelismo inglés denominado movimiento gaélico pudo, utilizando el nacionalismo como disfraz, penetrar en Irlanda y hacerse popular con un ataque al idioma nacional del pueblo irlandés, que afortunadamente es el idioma nacional de medio mundo, incluso Inglaterra. Todas las elecciones se dilucidan en el terreno nacionalista; todo nombramiento se basa en un terreno nacionalista; todo juez es parte en el conflicto nacionalista; todo discurso es una monótona recapitulación de disparates nacionalistas; toda conferencia es una corrupción de la historia para halagar o difamar al nacionalismo; toda escuela es un centro de reclutamiento; toda iglesia es un cuartel, y todo irlandés está indeciblemente harto de esta miserable situación, que sin embargo es, y por fuerza deberá continuar siendo, su preocupación principal hasta que la autonomía le ponga fin y termine con el forcejeo de nacionalistas y unionistas.

No hay peor maldición para una nación que un movimiento nacionalista, que es sólo el síntoma agónico de una función natural reprimida. Las naciones conquistadas pierden su lugar en la marcha del mundo porque nada pueden hacer sino luchar por librarse de las maniobras nacionalistas y recobrar su libertad nacional. Toda demostración acerca de las virtudes de un gobierno extranjero, aunque a menudo sean concluyentes, son tan inútiles como la demostración de la superioridad de los dientes artificiales, los ojos de vidrio, las tráqueas de platino y las piernas de madera patentadas frente a los productos naturales. Como la democracia, la autonomía no es para bien del pueblo: es para satisfacción del pueblo. Un emperador Antonino, un San Luis, un Richelieu pueden valer lo que diez democracias en lo que se refiere a buen gobierno; pero en ello no hay satisfacción para el pueblo. Privar a un dispéptico de su cena para ofrecerla a un hombre que puede digerirla mejor, es un procedimiento sumamente lógico; pero no es cuerdo. Privar al irlandés del gobierno de Irlanda para entregarlo al inglés en base a que puede gobernar mejor, resultaría en un exacto paralelo si los ingleses se gobernasen de un modo tal que su superior facultad de gobierno estuviera lejos de toda duda. Pero como los ingleses son reconocidos mentecatos -y bastante orgullosos que están de ello, por cierto-, aun la lógica de este argumento en contra de la autonomía sería incompleta. Leed el informe del señor Charles Booth con respecto a Londres, el informe del señor Rowntree con respecto a York y el último informe oficial respecto a Dundee, y negad luego, si podéis, que los ingleses y los escoceses tienen razones mucho más valederas para entregar su gobierno a manos de un parlamento irlandés que a reclamar las ciudades de otra nación para devastarlas y el manejo de otros pueblos para mal gobernarlos.

UN DERECHO NATURAL

El problema no es, en absoluto, un problema de lógica, sino de derecho natural. Las universidades inglesas han alentado durante algún tiempo una práctica académica en extremo insensata que consiste en refutar la existencia de derechos naturales, por cuanta no pueden ser derivados de los principios de ningún sistema político conocido. Si pudieran demostrarlos, ya no serían derechos naturales, sino adquiridos. Los derechos adquiridos

derivan de las constituciones políticas; pero las constituciones políticas derivan de los derechos naturales. Cuando un hombre insiste en obtener ciertas prerrogativas, sin parar mientes en que no son para su bien, ni para bien público, ni san morales, ni razonables, ni decentes, ni compatibles con la constitución existente de la sociedad, se dice que sostiene su derecho natural a era libertad, Citando, por ejemplo, a pesar de las irrefutables demostraciones de muchos y hábiles pesimistas, desde el autor del Eclesiastés hasta Schapenhauer, de que la vida es un infierno, él insiste en vivir, está haciendo valer sus derechos naturales a la vida. Cuando insiste en obtener el derecho al vota para que su país pueda ser gobernado de acuerdo con su ignorancia y no según la sabiduría del consejo privado del rey, está haciendo valer su derecho natural a la autonomía. Cuando insiste en emanciparse a los veintiún años por su sola inexperiencia y desatino, en vez de lograrlo por la madurez y sagacidad de su padre o la mente bien atesorada de su abuela, está haciendo valer su derecho natural a la independencia. Aun cuando la autonomía fuera cosa tan malsana como el comer del inglés, tan desmedida como su beber, tan inmunda como su fumar, tan licenciosa como su vida doméstica, tan corrupta como sus elecciones, tan sanguinariamente voraz como su comercia, tan cruel como sus cárceles y tan despiadada como sus calles, la exigencia de Irlanda por obtener la autonomía seguirá siendo tan valedera como la de Inglaterra. El rey Jaime I demostró tan inteligente y terminantemente que la satisfacción de los derechos naturales era incompatible con el buen gobierno, que sus cortesanos le llamaron Salomón. Nosotras, mejor instruidas, le llamarnos Necio sólo porque hemos aprendido que las naciones insisten en gobernarse según su propio consentimiento -o, como suelen expresarlo, por sí mismas y para si mismas- y que al final derrocarán al mejor gobierno que les niegue esto, aunque la alternativa sea un pésimo gobierno que declare, sin embargo, profesar principios democráticos. América, hasta donde podemos asegurarla, está peor gobernada y tiene una historia política más bochornosa que la de Inglaterra bajo Carlos I; pero la república de América del Norte ¡es el gobierna más estable porque surge de una concesión formal de derechos naturales y mantiene la ilusión de estar respaldada por una complicada maquinaria de elección democrática. Y la razón final por la que Irlanda debe obtener la autonomía está en que tiene derecho natural a ella.

UNA ADVERTENCIA

Para concluir, unas palabras de advertencia a ambas naciones. Una y otra vez Irlanda ha sido deliberadamente arruinada por Inglaterra. Imposibilitada de competir con nosotros industrialmente, Inglaterra ha destruido nuestras industriar con la fuerza bruta de sus impuestos prohibitivos. Tenía perfecta razón. Esa fuerza brutal era un arma más honorable que la miseria que nosotros solíamos ofrecerle en venta, Vivíamos igual que nuestro cerdos y llevábamos nuestras mercancías al mercado inglés a precios con los que sólo hubiera podido competir de decidirse a vivir también como los cerdos. Teniendo la alternativa de coartar nuestra industria por completo, hizo natural y correcto uso de esta circunstancia. Lo mismo hubiéramos hecho nosotros en su lugar. Enfadarnos por esta razón significaría envenenar nuestra sangre y debilitar nuestra constitución con un encono poco inteligente. Al destruir todas las industrias basadas en la pobreza de nuestro pueblo, Inglaterra nos hizo un tremendo favor. Al dejar de hacer lo mismo en su propio suelo, se hizo un daño que la ha afectado hasta la médula. Espero que cuando por fin se logre la autonomía, uno de nuestros primeros actos legislativos

consistirá en fortificar la subsistencia de nuestro pueblo tras el baluarte de un salario uniforme y en imponer aplastantes derechos de importación a todo comercio inglés que florece en la miseria y engorda con el hambre de nuestros desdichados vecinos ingleses.

¡ABAJO LOS SOLDADOS!

Y ahora una advertencia a Inglaterra. ¡Que se *ocupe de su imperio! Porque, a menos que lo convierta en una federación tal, para la fuerza y la defensa civil, que los pueblos libres quieran unirse a ella voluntariamente, se convertirá inevitablemente en una tiranía militar para impedir que estos pueblos la abandonen; y tal tiranía privará al contribuyente inglés de su dinero, más efectivamente de lo que su crueldad ha podido privar de la libertad a sus víctimas. Un sistema político que para cumplirse requiere el apoyo militar, no puede ser permanente. El soldado es un anacronismo del que debemos librarnos. Entre la gente inmune a* las *insinuaciones de la novelería romántica no cabe duda de que el servicio militar crea imbecilidad moral, ferocidad y cobardía, y que debe emprenderse la defensa de las naciones por la actividad civil de los hombres que gozan de todos los derechos y libertades de la ciudadanía y conocen la exigente disciplina de la libertad y la responsabilidad democráticas. Para un trabajo permanente el soldado es más que inútil; su ineficiencia es resultado de la deshumanización e inhabilitación. Todo el entrenamiento mi- '. litar tiende a hacer de él un pusilánime. Lleva la vida más fácil: no tiene libertad ni responsabilidad. Política y socialmente es un niño con raciones y no con derechos, se le trata como a un niño, se le castiga como a un niño, es primorosamente vestido, lavada y peinado como un niño; se le disculpa en sus accesos de niño mal criado, se le prohíbe . casarse como a un niño, y como a un niño se le llama Tommy. No tiene trabajo alguno a que dedicarse para no , volverse loco, a no ser el trabajo de un criado; todo lo demás es ejercicio forzado en la forma de interminables ensayos para una acción destructora y tremenda que no llega a realizarse nunca y que cuando se realice no se parecerá en nada a los ensayos. Su oficial no cuenta siquiera con el trabajo de criado para no volverse loco. La tarea de organizar y comandar los grupos, que vigoriza el carácter y los recursos del gran sector de civiles que viven dedicados a ello, sólo desmoraliza al oficial militar, porque sus órdenes, por desastrosas u ofensivas que sean, deben ser siempre obedecidas sin consideración a las consecuencias; por ejemplo, si llama perros a sus hombres* y *falsea una prueba de fusilería para hacerlos arrodillar ante él en un acto de humillación personal, y provoca de este modo una insubordinación entre hombres aún no del todo sometidos a la abyecta condición militar, él no será fusilado, como podría esperarse, ni, en el peor de los casos, llamado al orden; pero el líder de la insubordinación, en vez de recibir la Cruz de la Victoria y un testimonio público, será condenado a cinco años de prisión mayor por la ley de Lynch*[16]*, técnicamente denominada ley marcial, administrada por un sindicato de oficiales y jefes. Compárese con esto la posición de nuestros gerentes de ferrocarriles o directores de fábricas de explosivos. Tienen en sus manos el manejo de gran número de hombre cuyo menor descuido o insubordinación puede causar una total destrucción de vida y propiedad; sin embargo, cualquiera de estos hombres puede insultarles, desafiarles o agredirles sin penalidades especiales de* **ninguna** *clase. El comandante militar no se atreve a enfrentar estas condiciones: vive en perpetuo terror de sus hombres, y asumirá el mando sólo cuando son despojados de todos sus derechos*

[16] *Llámase así a la ejecución de la justicia popular, que ignora todo procedimiento sumarial y hasta contraría las leyes establecidas.*

civiles, amordazados y atados de pies y manos por un bárbaro código militar de esclavitud. De este modo el oficial aprende a castigar, pero nunca a gobernar; y cuando se produce una emergencia como el motín de la India, se desespera y la situación queda en manos de unos cuantos oficiales nada típicos, con suficiente carácter como para conservar sus cualidades civiles a pesar de la influencia del casino de oficiales. *De esto, desgraciadamente, no se entera el público en seguida, sino cincuenta años más tarde y por intermedio de Lord Roberts.*

Desde la rebelión de la India se han producido las guerras de Crimea y Sudáfrica, el **affaire** *Dreyfus en Francia, los incidentes de la campaña antimilitarista realizada por los socialdemócratas en Alemania y ahora el* **affaire** *Denshaivai en el delta del Nilo, todos los cuales acumulan sobre nosotros sensacionales demostraciones de que los soldados, con respecto a los civiles libres, pagan la pena de su esclavitud y proscripción convirtiéndose en seres destructores, crueles, deshonestos, tiránicos, histéricos, mendaces, alarmistas en su país y terroristas en el extranjero, políticamente reaccionarios y profesionalmente incapaces. Si fuera humanamente posible militarizar a toda la humanidad como a un solo hombre, no cabría defensa posible a esta acusación. Pero el sistema militar es tan estúpidamente académico e imposible, y transforma a sus víctimas en seres tan incapaces de practicarla adecuadamente -salvo cuando, en una erupción ocasional e histérica de terror y violencia, esa trillada comedia de la vida civil, el hombre indefenso que ordena, se convierte en la tragedia militar del hombre armado que quema, azota y asesina en un pánico-, que un grupo de soldados y oficiales es en realidad, y en circunstancias normales, muy semejante a cualquier otro grupo de trabajadores y caballeros. Muchos de nosotros contamos entre nuestros amigos o parientes personales a algunas oficiales cuyo carácter amable y honorable parecería contradecir todo lo dicho acerca del carácter militar. No necesitamos más que describir los tribunales Lynch y los actos de terrorismo como obra de los* **ribonistas**[17], los **dacoits**[18], los **moonligters**[19], *los* **boxeas**[20] *o -para usar un término genérico que les es más familiar los "nativos", y su honrada y generosa indignación no conocerá límites: se sienten hombres y no soldados. Pero desde el momento en que se provoca su lado profesional al describir una conducta exactamente idéntica como obra de ejércitos regulares, la defenderán, aplaudirán y hasta se prestarán a tomar parte en ella, como si al punto su sentido humanitario se hubiera extinguido igual que un cirio. Descubriréis que existe una catarata en su retina moral y que esta catarata es el sentido militar.*

La excusa, cuando quiere darse una excusa, es que la disciplina es de suprema importancia en la guerra. Claro que la mayoría de los soldados carece de experiencia bélica; y pretender que aquellos que sí la tienen estén calificados para legislar en ella, es tan absurdo como suponer que un hombre que ha sido arrollado por un ómnibus esté por ello calificado para establecer hábiles reglamentos de tránsito para la ciudad de Londres. Tanto nuestros novicios como nuestros veteranos militares carecen de la inteligencia necesaria para comprender que en el campo de batalla la disciplina se mantiene sola o se desmorona; porque la humanidad bajo fuego es una cosa completamente distinta de la humanidad en los cuarteles: cuando existe un peligro, la

[17] *Miembros del Ribonismo, secta secreta irlandesa de principios político-sociales que funcionó de 1820 a 1870. De carácter agrario, defendía los derechos de los arrendatarios de tierras e impedía que los colonos aceptaran las fincas de que se había despojado a otros; su insignia era una cinta verde.*

[18] *Término empleado en la India para designar al ladrón perteneciente a una banda armada.*

[19] *En Irlanda, atentaban contra la vida o la propiedad de quienes se atraían la hostilidad de la Liga Territorial, o Land League*

[20] *Miembros de una sociedad secreta de China, cuyo principal objetivo era salvar al Imperio Chino; más tarde fue antiextranjera.*

dificultad no estriba en hallar hombres que quieran obedecer, sino que puedan asumir el mando. Es en la paz cuando el ejército es una fuerza policial (en cuyo caso su trabajo puede realizarlo mejor un policía civil) o un absurdo, que la disciplina es difícil de mantener, porque la vida malgastada del soldado es antinatural, salvo para el holgazán, y su subordinación es amarga e inútil, salvo para el servil. Sin embargo, el soldado es hombre, y el oficial, a veces, un caballero en el sentido literal de la palabra; de allí que, con humanidad, holgazanería y docilidad combinadas, se las arreglen para tirar adelante con sólo esporádicas amenazas de rebelión por una parte y rencor y cobardía de clase por la otra.

Pero en general no están siquiera descontentos, porque los códigos militar y naval les simplifican la vida, así como los mayores simplifican la vida de los niños. A ningún soldado se le pide que piense por si mismo, que juzgue por sí mismo, que consulte su propio honor y dignidad, que tema consecuencia alguna, excepto la consecuencia del castigo en su persona. El reglamento es sencillo y simple; las ceremonias de respeto y sumisión son tan fáciles y mecánicas como una rueda de rezos; las órdenes deben ser obedecidas impensadamente, por inadecuadas y deshonorables que sean. Como dijera el malogrado poeta laureado en aquellos dos versos hirientes en que infamó al soldado británico con el deshonor de Esaú: "de ellos no es el porqué discurrir, en ellos todo es obrar y morir". Para el individuo moralmente imbécil y políticamente holgazán, estas condiciones son tan afines y atractivas como abominables e intolerables resultan para ten temperamento a lo Guillermo Tell. Así como el criminal más incorregible resulta siempre, nos dicen, el convicto de mejor conducta, así el hombre de menos iniciativa y menos conciencia hace el soldado de mejor comportamiento, no sólo por temor al castigo, sino por una aptitud legítima para ser feliz en la infantil vida militar, Hombres así sienten terror a la libertad y la responsabilidad, tal como el hombre débil teme un riesgo o una carga pesada; y la objeción primordial al sistema militar se basa precisamente en que tiende a formar hombres semejantes por atrofia de los músculos morales. No cabe duda de que el sistema militar quiere lograr esta debilidad, pues su ideal del soldado no es un hombre íntegro, sino la unidad dócil de carne de cañón que responda pronta y seguramente al estímulo de una orden vociferada y esté a tal punto amedrentado que tema huir de una batalla. Puede dudarse de si, aun en el apogeo prusiano del sistema, cuando cientos y aun miles de latigazos eran tema de rutina ordinaria, se cumplía este deleznable ideal; pero las cortes marciales no tienen bastante experiencia para tomarlo en consideración: es rasgo característico de la mente militar ignorar siempre la naturaleza humana y pedir la luna en vez de hacer frente a las modernas verdades sociales y aceptar las condiciones democráticas modernas. Y cuando digo la mente militar, repito que no estoy olvidando el hecho patente de que el espíritu humano y el espíritu militar pueden coexistir en una misma persona; de modo que un oficial que acepta sin desasosiego todos los riesgos civiles, desde el tránsito urbano hasta la cacería de zorros, y que puede manejar a todos los empleados civiles de su mansión y sus establos sin ayuda de una ley de insubordinación, podrá también, en su capacidad militar, declarar frenéticamente que no se atreve a recorrer un país extranjero a menos que todo crimen de violencia contra un inglés con uniforme sea castigado con el bombardeo y la destrucción de sus aldeas, o latigazos y ejecución de nativos al por mayor, y que además, salvo que él y sus compañeros oficiales tengan poder bastante, sin la intervención de un tribunal, para castigar la menor pretensión o titubeo en el cumplimiento de sus órdenes, por insultantes o desastrosas que éstas sean, con cadenas que en la vida civil se reservan para los peores crímenes, no podrá ganar la obediencia y el respeto de sus tropas y por lo tanto el país perderá todas sus colonias y dominios y será irremediablemente conquistado en la invasión alemana que confiadamente espera ocurrirá en las próximas dos semanas. Quiere decir que en su

calidad de caballero se comporta sensata y valientemente; pero en cuanto está en militar da rienda suelta a los peores desatinos, crueldades y cobardías. Si cualquier otra profesión en el mundo adoleciera de estos mismos vicios, y con falsos testimonios, falsificación de documentos, estafas, torturas, obligación de los familiares de las víctimas de presenciar las ejecuciones, exhumación y mutilación de los enemigos muertos, y esto desenfrenadamente unido a la devastación propia de sus tareas, como sucediera en época reciente con la profesión militar en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica (para no mencionar otros países), resultaría sumamente difícil inducir a hombres de capacidad y carácter a ingresar en ella. Inglaterra, a decir verdad, depende en gran parte para el reclutamiento de sus soldados de los rechazos de la vida industrial, y para la elección de sus oficiales de los rechazos aristocráticos y plutocráticos de la vida política y diplomática, los cuales ingresan al ejército para pasar su vida en los casinos militares que el regimiento les proporciona, y en los que, dicho sea de paso, con frecuencia estallan escabrosos escándalos que revelan condiciones morales de la peor especie, y en los países a los que se les niega su autonomía, es decir, aquellos en los que el gobierno no cuenta con el consentimiento del pueblo, cuenta con la coerción militar; y la burocracia, por civilizada y legal que sea en la forma y aun el carácter de sus mejores oficiales, debe tolerar todas las atrocidades de la disciplina militar y contagiarse por fin del pánico crónico que es característico del militarismo. En fe de lo cual permitidme que traslade la escena de Irlanda a Egipto y relate la historia del affaire Denshawai de junio de 1906, con el propósito de ofrecer una lección objetiva.

EL DESASTRE DE DENSHAWAI

Denshawai es una pequeña aldea egipcia en el delta del Nilo. Junto a las chozas derruídas, entre los cañaverales y las palmeras del camino, se alzan torres de ladrillos sin cocer, tan inexplicables para un aldeano inglés como un horno de desecar lúpulo de Kent lo sería para un egipcio. Estas torres son palomares, pues los aldeanos crían palomas así como los ingleses crían aves de corral.

¡Tratad de imaginar los sentimientos de una aldea inglesa si repentinamente apareciera un grupo de oficiales chinos y empezara a disparar contra patos, gansos, gallinas y pavos, para llevárselos luego aduciendo que son animales de caza, como en China todos saben, y que la pretendida indignación de los habitantes es sólo una excusa para ocultar su odio hacia los chinos, y quizá hasta una conspiración para derrocar la doctrina de Confucio e imponer en su lugar la Iglesia anglicana! Pues bien, éste es el equivalente inglés de lo que sucedió en Denshawai cuando un grupo de oficiales ingleses salió a cazar palomas el año antepasado. Los habitantes de la aldea protestaron y presentaron su reclamo, pero sin obtener reparación alguna: la ley los abandonó en el momento en que más la necesitaban. Y así fue como una familia de criadores de palomas, de nombre Mahfouz, desesperó de la ley, y su jefe, Hassan Mahfouz, de sesenta años de edad, exasperado, decidió no volver a someterse mansamente a la repetición del ultraje. Por otra parte, los oficiales británicos recibieron orden de no disparar contra las palomas sin el consentimiento del Omdeh, o sea el alcalde, aunque nada se dijo de lo que podría sucederle al Omdeh si se aventuraba a negarse.

¡Imaginad la impresión causada en Denshawai cuando el 13 de junio próximo pasado se encaminaron hacia la aldea cuatro oficiales británicos en uniforme caqui y armados de rifles; uno de ellas había formado parte del grupo de cazadores del año anterior, y le acompañaban otro oficial a caballo, un dragomán y un-ombashi, o sea un oficial de policía! La sangre oriental de Hassan Mahfouz hirvió en sus venas, y, amenazador, les advirtió que no se les permitiría disparar contra las palomas; pero, como no entendían su idioma, la advertencia no surtió efecto. Enviaron al dragomán a solicitar del Omdeh el permiso para cazar; pero el Omdeh no se hallaba en su despacho, y todo lo que el intérprete pudo sonsacar del ayudante del Omdeh, que bien sabía lo que le acarrearía una negativa absoluta, fue la respuesta obvia de que podían apuntar si se alejaban suficientemente de la aldea. Con esta bienvenida, optaron por alejarse unos cien a trescientos metros de las casar (más tarde estas distancias fueron computadas oficialmente como un promedio de quinientos metros) y comenzaron a disparar contra las palomas de los aldeanos. Éstos protestaron de viva voz, y por fin optaron por quitarle el arma al más joven de los oficiales. En la lucha se oprimió el disparador y el arma hirió a tres hombres y una mujer, la esposa de un tal Abd-el-Nebi, joven de veinticinco años. La mujer en cuestión, aunque, como se supo después, sólo momentáneamente incapacitada por una bala que se introdujo en la parte más blanda de su persona, se dio por muerta; y la aflicción de la aldea fue tal como si nuestros imaginarios oficiales chinos, al verse interrumpidos en su matanza de pavos, optaran por matar a la esposa de un campesino inglés. Abd-el-Nebi, el esposo, tomó el asunto muy a pecho, y, debemos admitirlo, no sin razón. También su era se incendió después (la teoría inglesa oficial asevera que él mismo le prendió fuego en señal de rebeldía para todo el mundo moslémico) y bien pronto se congregaron allí los mozos y holgazanes del lugar. Los demás oficiales, viendo a su compañero en tamañas dificultades, se unieron a él. Abd-el-Nebi golpeó al supuesto asesino de su esposa con un palo; Hassan Mahfouz usó también de un palo, y los mozos y holgazanes les arrojaron piedras y ladrillos. Cinco policías londinenses hubieran comprendido que nada podía hacerse, salvo escapar, porque es inútil discutir con una multitud enfurecida, más cuando se desconoce el idioma. Si el grupo de cazadores hubiera estado a cargo de un hábil suboficial, quizá hubieran podido librarse sin mayores dificultades. Pero tal como estaban lar cosas, los oficiales intentaron explicarse, aclarando sus insinuaciones con complicada pantomima. Rindieron sus armas, ofrecieron relojes y dinero al gentío a los gritos de "¡bakshish, bakskish!", para inducirles a aceptar esos obsequios como indemnización, y el oficial de mayor grado hasta se adelantó y asió por el cuello al más joven de ellos y fingió arrestarlo por la muerte de esa mujer. Por supuesto, fueron atropellados entonces con creciente furia; y aquello que no entregaron al gentío les fue arrebatado. Si en pago de las palomas, en indemnización de la sangre derramada o en saqueo... no se escudriñó el fondo de esta cuestión.

Los oficiales, dos irlandeses y tres ingleses, luego de armar un tremendo embrollo con el asunto, y corriendo serio peligro, trataron de aproximarse a su vehículo, pero fueron arrancados de allí, y a uno de los cocheros lo desmayaron de un golpe. Entonces "convinieron en correr" y, según convenio, los ingleses, siendo los más jóvenes, correrían al campamento y volverían trayendo refuerzos para salvar a los irlandeses. Así partieron rectos como una flecha; pero el tercer inglés, el más joven, viendo a los dos irlandeses en apuros, optó por regresar y permanecer a su lado, Uno de los fugitivos, tras larga carrera bajo el sol egipcio del atardecer, llegó a la aldea más próxima y cayó fulminado por un ataque de insolación que le causó la muerte. El otro siguió corriendo hasta que le salió al encuentro una patrulla con la que se dirigió al rescate.

Entretanto, los otros tres oficiales fueron arrancados de manos del populacho de Abd-el-Nebi y Hassan Mahfouz, por los ancianos y guardianes, para ponerlos a *salvo de mayores*

males, pero no antes de que hubieran sido golpeados y que uno de ellos resultara con la fractura del cúbito izquierdo a la altura de la muñeca. Los habían llevado a la era ante la mujer herida, les habían dado a entender por señas que merecían la horca por matarla, y dado de puntapiés (con los pies desnudos, afortunadamente); pero aquí los ancianos y autoridades detuvieron al gentío. Y por fin los tres oficiales fueron conducidos de regreso al campamento en su propio vehículo y el incidente terminó por ese día.

Ningún populacho inglés, ante semejante provocación, se hubiera comportado mejor; y pocos hubieran causado menor perjuicio. No hace muchos meses que un anciano -ni extranjero ni infiel- fue matado a puntapiés en las calles de Londres porque la conducta de un guardián de parques que lo arrojaba de una plaza pública le hizo sospechoso de inmoral. En Denshawai los oficiales no estaban en servicio. En su capacidad privada de deportistas cometieron un serio atentado contra una pobre aldea al matar sus palomas. En una aldea inglesa quizá toleraran el ataque, porque los campesinos esperarían naturalmente una compensación por el daño, y los aldeanos recibirían carbón y cobijas y empleos en las casas de campo, jardines y establos, como cazadores, ojeadores o algo por el estilo. Pero Denshawai no contaba con tales alicientes para someterse a tan irreflexiva y egoísta agresión. Uno de los soldados había matado aparentemente a una mujer y herido a tres hombres con su arma; mas aun, su propio camarada le había condenado ante el gentío al asirle prisionero. En resumen, la provocación de los oficiales había sido ultrajante y demostraba una amable aunque desastrosa falta de decisión y criterio al tratar de sofocar el tumulto que provocaron. Merecían ser severamente reprendidos e informados de que bien merecían lo sucedido; y los aldeanos que en represalia los atacaron debieron ser tratados con lenidad, además de asegurarles que en el futuro se prohibiría la caza de palomas.

Esto es lo que debía de suceder. Veamos ahora lo que en realidad sucedió.

Abd-el-Nebi, en consideración al daño causado a su mujer, sólo fue sentenciado a prisión perpetua. Y nuestra clemencia no se detuvo allí: su esposa no fue castigada en absoluto... ni siquiera fue acusada de robar la bala que se halló alojada en su cuerpo. Y por si Abd-el-Nebi se sintiera muy desolado a los veinticinco años con su condena de prisión perpetua, otro joven de veinte años recibió idéntica sentencia.

Pero no se esgrimió la misma bondad para con Hassan Mahfouz. Un campesino que cría palomas y se opone al deporte inglés, amenaza a los caballeros y oficiales británicos cuando matan sus palomas y basta golpea a esos oficiales con un buen palo, es evidentemente un rufián en quien debe darse un ejemplo. La prisión perpetua no era suficiente castigo para un hombre de sesenta años que parecía tener setenta y apenas podría sufrir cinco años de cárcel. De modo que Hassan fue ahorcado; pero, en muestra de consideración especial a su familia, fu¿ ahorcado delante de su propia casa, con sus esposas, hijos y nietos gozando del espectáculo desde la terraza. Y por si este privilegio excitara celos en otras familias, otros tres des- hawianos fueron ahorcados junto con él. La ceremonia se llevó a cabo con dignidad, haciendo profesión de fe ("mahometana, lamento decirlo", habría dicho el señor Pecksniff). Hassan, sin embargo, "a gritos deseó la ruina de los hogares de aquellos que testimoniaron contra él; y Darweesh, impaciente, se atrevió a pedir al verdugo que se apurara en su tarea. Pero Darweesh era un bandido: había estado en la cárcel por prestar falso testimonio, y su resistencia frente a la invasión británica es el único incidente de su vida que habla a su favor y del que se tiene relación oficial. Él y Abd-el-Nebi (que estuvieron en la cárcel acusados de robo) eran los únicos sujetos poco estimables entre los inculpados. Las edades de los cuatro hombres ahorcados eran, respectivamente, sesenta, cincuenta, veintidós y veinte.

Sin embargo, la horca es la forma menos sensacional de ejecución pública: le faltan aquellos elementos de sangre y tortura que tanto codicia la imaginación militar y buro-

Librodot

crática. Así que, como sólo había lugar para un hombre en la horca, y tenían que colgar media hora para completar bien el trabajo y dar tiempo a su familia de verle agitarse "dando lentas vueltas y vueltas y vueltas sobre sí mismo", según versiones de los periódicos locales, y necesitando dos horas para ahorcar a cuatro hombres, optaron por animar el espectáculo azotando a ocho hombres a razón de cincuenta latigazos por cabeza, once más que el máximo permitido por la ley de Moisés en tiempos que nuestro ejército de ocupación indudablemente considera bárbaros. Claro que Moisés concibió su ley tal como la llamó, la ley de Dios, y no como un instrumento para la complacencia de su propia crueldad y terror. Es en extremo tranquilizador enterarse por los informes oficiales británicos presentados ante el parlamento de que "la debida dignidad fue observada al realizar tales ejecuciones", que "toda la clemencia posible fue utilizada en su realización", que "las disposiciones fueron admirables" y que "merecen elogios todos cuantos en ella participaron". Como tal testimonio por lo visto no se refiere a las víctimas, es evidente que oficialmente no se las considera comprendidas en el procedimiento. Para terminar, Lord Cromer certifica que el inglés encargado del procedimiento es un "hombre singularmente humanitario y muy apreciado por los nativos de Egipto, en razón de la gran simpatía que siempre ha demostrado hacia ellos". Se verá que las actas parlamentarias números 3 y 4, Egipto, 1906, no carecen de un inconsciente sentido humorístico. El primer ministro sale siempre en apoyo de la administración oficial.

Un hombre fue perdonado, quizá para riesgo del Imperio Británico, pero tratándose de un epiléptico que ya había tenido sus varios ataques en el tribunal del Juez Lynch, el médico dijo "mejor no"; y él escapó a la sentencia. Esto resultó un inconveniente; porque el número de azotados se había fijado de acuerdo con el tiempo que insumieran los ahorcado y a razón de dos azotados entre uno.

y otro ahorcado; y la inconveniencia causada por la desconsiderada indisposición de Said Suleiman Kheirallah hizo que la ejecución de Darweesh resultara algo tediosa, porque estuvo colgando durante un cuarto de hora íntegro sin que se administraran azotes para entretener al público, los oficiales y soldados de los Dragones Inniskilling, la policía militar y la infantería montada. Debían haber tenido a mano algunas sentencias en blanco de azotes, para el caso de cualquier incidente semejante.

En todo caso no hubo tiempo de azotar a todos, ni de azotar bastante a tres de los azotados, por lo que estos tres fueron condenados a un año de trabajos forzados cada uno, además de los azotes. Hubo otros seis que no fueron azotados, pero se les condenó a trabajos forzados por siete años cada uno. Un hombre fue condenado a quince años. Total del trabajo de la mañana: cuatro ahorcados, dos condenados a prisión perpetua, uno condenado a quince años de trabajos forzados, seis a siete años de trabajos forzados, tres a un año de trabajos forzados y cincuenta latigazos, y cinco a cincuenta latigazos.

Lord Cromer certifica que ene procedimiento era "justo y necesario". También expone sur razones, Parece que la tan ponderada justicia inglesa introducida en Egipto en 1882 era imaginaria, y que la tarea de hacer frente al desorden egipcio estaba en manos de Comisiones Especiales de Salteamiento, compuestas por egipcios cuya tarea consistía en combatir el bandolerismo. Cuando se anunciaba un agravio estas comisiones caían sobre la aldea inculpada, arrestaban a todos los que tuvieran participación en el asunto y les acosaban con torturas, nombrables e innombrables, hasta que confesaran el nombre de todos los posibles inculpados. Éstos a su vez eran torturados hasta que confesaban todo aquello de que se les acusaba. Luego se les mataba, azotaba o condenaba a trabajos forzados. Esta era la realidad tras la ilusión que nos apaciguara después del bombardeo de Alejandría. Los tribunales nativos incruentos y de guante blanco, creados

para halagar nuestro sentido de justicia imperial, tenían, por lo vino, tanto que ver en el gobierno de los campesinos, como la corte que adjudica la lonja de tocino anual en Dunmow a la pareja que haya vivido en absoluta concordia tiene que ver con los tribunales de divorcios. Con el andar del tiempo, un juez belga, que fuera nombrado Procureur-Général, expuso el verdadero estado de cosas.

Entonces no hubo más remedio que afrontar la situación. El orden debía mantenerse a toda costa; pero los tribunales nativos regulares, que obedecían a la Ocupación Británica, eran inútiles para ese propósito; y las Comisiones de Salteamiento eran tan abominables y desmoralizadoras que hacían más daño del que trataban de evitar. Además, estaba el señor Wilfrid Scawen Blunt, siempre en pie de guerra contra la tiranía y la tortura, siempre amenazando con formular ciertas preguntas en el parlamento. Un nuevo tribunal semejante a una corte marcial debía inventarse, por consiguiente, en reemplazo de las Comisiones de Salteamiento; pero las cortes marciales británicas, aunque probablemente eran la forma más práctica de Ley de Lynch oficial, no podían implantarse en razón de las celos de los egipcios "leales" (a Inglaterra) que, según parece, dominan la Ocupación e intimidan a Inglaterra exactamente como los irlandeses "leales" dominan la Guarnición e intimidan a los Unionistas más cercanos. Esta suerte de lealtad, puesto que no es un producto natural, debe ser necesariamente adquirida; y su precio es un empleo oficial de cualquier índole, con autoridad y salario adicionales. Así tenemos, en 1895, un tribunal constituido por tres oficiales ingleses junto a dos oficiales egipcios, ejerciendo poderes prácticamente ilimitados y pronunciando sentencia sin jurado y sin apelación. Ellos representan lo mejor de nuestro oficialismo jurídico militar: júzguese entonces lo que ese mejor significa por las sentencias recaídas en el proceso de Denshawai.

La justificación que Lord Cromer hiciera del tribunal se reduce a que, malo como es, es mucho mejor que las Comisiones de Salteamiento. Además (para que no nos propongamos llevar a mayores nuestra superioridad moral) alega que los egipcios - están tan acostumbrados a asociar la ley y el orden con los latigazos, las ejecuciones, las torturas y la Ley de Lynch, que no respetarían a ningún tribunal que no cumpliera estas prácticas. Es este un argumento de largo alcance: sugiere, por ejemplo, que los misioneros de la iglesia anglicana procederían acertadamente adoptando el rito del sacrificio humano cuando evangelizan tribus en cuya imaginación esta práctica está inseparablemente unida a la idea de religión. Sugiere que la sola razón por la que el tribunal de Denshawai no recurrió a la tortura con el propósito de extraer confesiones y evidencias se debe a que el parlamento podía no aprobarlo ... aunque el parlamento que aprobara las ejecuciones podría, puede suponerse, soportar cualquier cosa. El tribunal no tenía por cierto ninguna intención de permitir que los testigos prestaran testimonio contra los oficiales británicos; porque, según sucedió, el ombashi que los acompañara en las dos cacerías, un tal Ahmed Hassan Zakzouk, de 26 años de edad, fue bastante temerario para afirmar que, después del disparo que hirió a la mujer, los oficiales habían hecho fuego dos veces seguidas contra la muchedumbre. Ene testimonio figura en el acta parlamentaria; pero el periódico francés L'Égypte, según un párrafo citado por el señor Wilfrid Scawen Blunt, informa que Zakzouk, al preguntarle un juez inglés si no tenía reparo en afirmar una cosa semejante, replicó: "Nadie en el mundo puede atemorizarme: la verdad es la verdad"; inmediatamente se le *ordenó que abandonara el estrado de los testigos. El señor Blunt agrega que Zakzouk fue luego procesado por su conducta en conexión con el affaire ante una Corte Disciplinaria que le sentenció a dos años de reclusión y cincuenta latigazos. Sin llamar a esto el uso de la tortura para intimidación de testigos antibritánicos, puedo contar con el asentimiento de la mayoría al decir que Zakzouk considerará probable-*

Librodot

mente que ha recibido una insinuación bastante clara para que en lo sucesivo su testimonio no incurra en el desagrado de las fuerzas de ocupación.

En el tribunal no existió jurado alguno, por supuesto, y mucho menos defensa en el verdadero sentido de la palabra. Abogados de prestigio, para quienes hubiera sido muy desagradable ofender a las autoridades de ocupación, fueron elegidos para "defender" a los prisioneros. Lejos de ello, pagaron su tributo a la Ocupación como si se tratara de una bonanza que el Edén derramara sobre su infortunado país y suplicaron clemencia para con sus miserables clientes, cuya conducta "causaba la unánime indignación de todos los egipcios". "La clemencia, dijeron, estaba por encima de la justicia." El tribunal al pronunciar su veredicto observó que "el abogado por la defensa había sido escuchado: que la defensa había fracasado completamente y que todo lo que el abogado había podido decir en defensa de los prisioneros apenas significaba un pedido de clemencia presentado a la Corte."

Una defensa adecuada, de llevarse a cabo, hubiera convencido probablemente a Lord Cromer de que nada podía Salvar al Imperio Británico sino incendiar la aldea y crucificar a todos sus habitantes. Pues esta defensa era bastante obvia: la aldea había sido invadida por cinco extranjeros armados que por segunda vez intentaban matar las aves de los aldeanos para llevárselas consigo; al resistir una tentativa de desarme cuatro campesinos habían resultado heridos; los aldeanos, perdida la paciencia, habían golpeado a los invasores; y finalmente los ancianos y guardianes los habían rescatado de manos de los agresores y les habían ayudado a regresar a sus puestos, sin tratarlos peor que en cualquier otra parte por conducta semejante.

Puede imaginarse lo que le hubiera sucedido al hombre, prisionero o defensor, que se atreviera a pronunciar esta sencilla verdad. Los prisioneros hicieron algo mejor que intentarlo. Al subir al cadalso, Darweesh se volvió hacia su casa y exclamó: "Que Dios nos compense por este mundo de vileza, por este mundo de injusticia, por este mundo de crueldad." Si en la Corte se hubiese atrevido a comparar así a Dios con el tribunal para desventaja de este último, sin duda le habrían propinado cincuenta azotes antes de ser ahorcado, para demostrarle la grandeza del Imperio. Así, se guardó sus opiniones hasta que fue demasiado tarde para otra cosa que para ahorcarle. Ante el tribunal, había procedido como los demás. Todos mentían, negaban, presentaban excusas y disculpas desesperadas; juraban haber estado en la aldea vecina, cuidando del ganado a dos kilómetros de distancia, trillando o lo que fuere. Uno de los acusados, al ser identificado, dijo: "Todos los hombres somos iguales." Y era tuerto. Darweesh, que había asido el arma de uno de los oficiales, declaró que sus enemigos habían penetrado por la noche y enterrado el arma en su casa, y que su madre se había sentado encima, como Raquel se sentara sobre los ídolos que hurtara a Labán, hasta que la arrancaron de allí. Un asunto lamentable, aunque no tan lamentable como la virtuosa indignación de que el Juez Lynch, quien con su sentencia había demostrado ser un magistrado prevaricador, hipócrita, tirano y cobarde de marca mayor, se sirviera para adornarse. Cuando Lord Cromer, en su defensa oficial en favor del Juez Lynch, dice que "los prisioneros fueron juzgados de un modo perfectamente justo" -y no, obsérvese bien, del modo menos injusto que la flaqueza humana puede lograr, que es lo más que puede decirse de cualquier juicio en la tierra, sino "perfectamente justo"- cree sin duda en lo que dice; pero su opinión interesa sólo como ejemplo de su estado de ánimo y porque demuestra cómo, después de treinta años de vida oficial en Egipto, se pierde el verdadero sentido de las palabras inglesas.

Lord Cromer recuerda que, en el ochenta, un hombre amenazado con el látigo hindú por un policía indígena, en presencia de Sir Claude MacDonald, dijo: "No te atreverás a azotarme ahora que los británicos están aquí." "Respuesta tan temeraria -dice Lord

Cromer- debióse probablemente a la presencia de un oficial inglés" (Qué diría ahora aquel hombre? ¿Qué dice ahora Lord Cromer? Desaprueba "los esfuerzos prematuros por imponer las ideas occidentales en los pueblos orientales", con lo que quiere significar que cuando se está en Egipto debe hacerse lo que hacen los egipcios: es decir, aterrorizar con el látigo y el cadalso. Así es como el Oriente conquista a sus conquistadores. En 1883 Lord Dufferin abolió los bastonazos en las plantas de los pies, por ser "un castigo horrible e infame". En 1906 Lord Cromer garantiza que las feroces sentencias de latigazos son "justas y necesarias" y no puede ver "nada reprensible en el modo en que se llevan a cabo". "Yo -añade- he dedicado casi treinta años de mi vida a un esfuerzo constante por mejorar la condición moral y

material del pueblo egipcio. He contado con la ayuda de oficiales muy capaces, todos animados -puedo asegurarlo- por el mismo espíritu." Egipto puede muy bien estremecerse al oír estas palabras. Si los primeros treinta años se han visto coronados por el incidente de Denshawai, ¿qué quedará de Egipto al final de otros treinta años de elevación moral "animados por el mismo espíritu"?

Es más agradable volver a la primera carta de Lord Cromer sobre Denshawai, escrita a Sir Edward Grey al día siguiente de la cacería. Dice que "muy pronto el general emitirá órdenes que en el futuro prohíban a los oficiales del ejército la caza de palomas bajo cualquier circunstancia". Pero, explicadme el porqué de esta prohibición si, como declarara el tribunal, los oficiales eran "invitados" (¡sí, invitados!) cuyo comportamiento no merecía censura alguna.

El señor Findlay es otro interesante corresponsal oficial de Sir Edward. Aun después del juicio durante el cual fuera imposible promover la evidencia médica para nada más que para informar que el oficial había muerto de insolación, de resultar de los golpes recibidos y de su huida bajo el sol egipcio, mientras que los oficiales que permanecieran indefensos en manos de los campesinos se hallaban sanos y salvos en el tribunal, el señor Findlay dice que los cuatro ahorcados fueron "culpables de una muerte brutal y premeditada" y se queja de que "la prensa nativa desfigura los hechos" y "se conduce con una falta total de respeto hacia la verdad, prueba evidente de que se han distribuido grandes sumas de dinero". El señor Findlay es también algo filósofo. "El egipcio, como fatalista que es -dice-, no teme a la muerte, y por lo tanto mucho puede decirse de las ventajas del azote como castigo judicial en Egipto." Lo lógico, entonces, sería que los cuatro ahorcados hubieran sido azotados. Pero el señor Findlay no extrae esta conclusión. La lógica no es su punto fuerte: es un hombre de sentimientos, y muy nervioso por cierto. "No creo que este brutal ataque contra los oficiales británicos tenga relación directa con la animosidad política. Se debe, sin embargo, al espíritu de insubordinación que durante este año fomentaran asiduamente ciertos agitadores inescrupulosos e interesados." Y otra vez: "Es mi deber advertirle el efecto deplorable que produce en Egipto el hecho de que algunos miembros del Parlamento objetaran la sentencia unánime de un tribunal legalmente constituido, y del que forman parte los mejores jueces ingleses y nativos. Este hecho, además, proporcionará la palanca de que, hasta el presente, carecían los agitadores mercenarios que están a la cabeza del mal llamado partido patriótico." El señor Findlay me resulta irresistible, por la forma tan exquisita en que nos proporciona la medida y el aroma del oficialismo. "Unos días después de la refriega de Denshawai algunos nativos apedrearon y lastimaron severamente a un inspector de riegos. Hace dos días tres aldeanos obligaron a *un soldado a desmontar de su burro y le dieron de puntapiés en el estómago: sus heridas son serias. En este último caso el móvil parece haber sido el robo. Mi propósito al mencionar estos ejemplos es demostrar los resultados que pueden esperarse una vez que el respeto por la ley se ve mermado. De*

Librodot

continuar el presente estado de cosas y, más aun, si la agitación en este país hallara apoyo en nuestra patria, no estará lejana la fecha en que necesitemos recurrir a una censura oficial de prensa y al considerable aumento del ejército de ocupación." ¡Pensad en esto! En urca población de casi diez millones, alguien apedrea una vez a un inspector de riegos. Se llevan a cabo entonces las ejecuciones de Denshawai para imponer y hacer respetar la ley. Como consecuencia tres nativos obligan a un soldado a desmontar su burro y le roban. ¡Por todo lo cual el señor Findlay, aterrado ante esta bancarrota de la civilización, no ve para ello otra medida que la *supresión de los periódicos nativos y un considerable aumento del ejército de ocupación! Y Lord Cromer escribe: "No necesito decir más sino que concuerdo en general con las observaciones del señor Findlay y que, de haber estado en Egipto, habría adoptado las mismas medidas que él esgrimiera."*

Pero debo cerrar resueltamente esta preciosa acta parlamentaria. He extraído material suficiente para pintar el cuadro y reforzar mi advertencia a Inglaterra de que si el Imperio significa gobernar al mundo como Denshawai fue gobernado en 1906 -y que, me temo, es lo que el Imperio significa al grupo principal de nuestra casta aristócrata-militar y a nuestros plutócratas jingoístas-, no existe deber político más sagrado y más urgente sobre la tierra que la destrucción, derrota y supresión del Imperio e, incidentalmente, la humanización de sus partidarios mediante las más severas lecciones de esa temible adversidad que finalmente llega a aquellas instituciones que se hacen detestar por la ambiciosa voluntad de la humanidad hacia lo divino. En cuanto a los egipcios, cualquier hombre mecido por el Nilo que, después del incidente de Denshawai, se someta voluntariamente al gobierno británico, o acepte cualquier otro vínculo con nosotros salvo el de una Federación de estados libres e iguales, merecerá lo peor que Lord Cromer pueda considerar "justo y necesario" para él. Esto y no la valiente cooperación ni la superioridad moral es lo que se consigue cuando se pretende ejercer la supremacía mediante los excesos de asustadizos soldados y desnaturalizados oficiales.

En todo caso no debe permitirse que un inglés, anuente en dejar a Abd-el-Nebi y su compañero de veintiún años condenados a prisión perpetua, y orgulloso de poder hacerlo, pretenda estar preparado para gobernar mi país o el suyo siquiera. No puede achacarse toda la responsabilidad al tribunal y a los desnaturalizados oficiales de la Ocupación. La Cámara de los Comunes recibió un previo aviso con 2¢ horas de anticipación -Sir Edward Grey tenía el telégrafo al alcance de su mano-, durante las cuales pudo declarar que Inglaterra era una potencia civilizada y no permitía esos bárbaros azotes y vengativos ahorcamientos. Pero el señor Dillon, representante del partido irlandés, que muy bien sabe lo que la ocupación británica y la "lealtad" a lo Findlay significan, protestó en vano. Sir Edward, en representación del nuevo gobierno liberal (hirviendo aún con virtuosa indignación por los azotes propinados a los chinos y las ejecuciones militares en Sudáfrica en presencia obligada de las familias de las víctimas, que tuvieran lugar bajo el reciente gobierno imperialista), no sólo permitió y defendió las ejecuciones de Denshawai, sino que solicitó casi apasionadamente a la Cántara que no se las criticara o repudiara porque -¡qué increíble nos parece ahora!- Abd-el-Nebi, Hassan Mahfouz, Darweesh y los demás eran los jefes de una gigantesca conspiración moslémica que en nombre del Profeta debía alzarse contra el cristianismo y borrarlo de África y Asia con una colosal segunda edición del Motín de la India. El que esta patraña idiota, burda y ridícula como las mentiras de Falstaff pudiera imponerse en la mente de cualquier ser humano inteligente y políticamente experimentado, es bastante extraño -aunque el secreto bochorno de la humanidad indignada haga invocar fantásticas excusas a los ministros de gabinete-, pero la humanidad no

Librodot

disculpará a nuestro ministro de relaciones exteriores por no haber comprendido que, aunque tal conspiración existiese, Inglaterra debía hacerle frente y luchar contra ella valerosamente y con medios honorables, en vez de azotar y estrangular salvajemente a un puñado de aldeanos para obligar al Islam a una sumisión aterrorizada. Si fuera yo tan abyecto como para considerar válido en Sir Edward Grey ese elemento central del "pensar imperialmente" -la convicción de que todos seremos asesinados-, ¿le sugeriría por lo menos que podemos morir como caballeros? ¿Puedo ir más lejos y decirle que, al otorgarle una posición social y oportunidades políticas negadas a sus semejantes, se le supone capaz de comprender mejor que ellos que el honor vale por lo que cueste y por sus peligros, y que la vida sin honor no merece vivirse? Es muy cierto que Sir John Falstaff no lo creyó así; pero Sir John difícilmente sirva de modelo para Sir Edward. Y aun así Sir John habría tenido suficiente perspicacia para comprender que el pánico de Denshawai podía ser más peligroso para el Imperio que la pérdida de diez batallas campales.

Puesto que la cobardía es altamente contagiosa, ¿no convendría sobreseer a los oficiales que, tras varios años de servicio oriental, han perdido el arte íntimo de ocultar su terror? Personalmente soy un literato sedentario, tímido por carácter; pero puedo conservar las apariencias y hasta puedo hacer frente al peligro de ser atropellado, agarrotado o quemado en las calles de Londres sin demandar la ley marcial, la censura de prensa, el servicio policial obligatorio, el azote y la horca para los conductores de autobús. ¿Por qué entonces son los soldados y oficiales en servicio exterior mucho más cobardes que los ciudadanos? ¿No será acaso porque todo el sistema militar imperial basado en la coerción y el terrorismo es antinatural, y porque la verdad pronunciada por William Morris, "no hay hombre bastante bueno para ser el amo de otro", es verdad también en cuanto a las naciones, y muy especialmente en aquellas potencias arbitrarias, regidas por plutócratas, que tropezando últimamente con un enorme aumento de riqueza material no han hecho una sola provisión inteligente para su justa distribución y administración?

Sin embargo, la reforma económica del Imperio es asunto largo, en tanto que la libertad de Abd-el-Nebi y sus vecinos, en cuanto la opinión pública ha entrado en actividad, es cuestión del trazo de una pluma. Temo haber presentado el caso de modo muy parcial y prejuiciado porque, como irlandés que soy, tropiezo con mi implacable hostilidad hacia la dominación inglesa. Desconfiando de mis prejuicios, he tomado el relato de los dos periódicos parlamentarios en los que nuestras autoridades han hecho lo indecible por limpiar de culpa al tribunal y los cazadores de palomas, para escarnio de los campesinos. Aquellos que deseen conocer la versión de un inglés de indudables credenciales personales y sociales, con conocimiento íntimo de Egipto y los egipcios, podrán consultar un folleto del señor Wilfrid Scawen Blunt titulado "Atrocidades de la dominación británica en Egipto". Cuando lo hayan leído sabrán apreciar mi indulgencia; y cuando agrego que el gobierno inglés en Irlanda está "animado del mismo espíritu" (gracias, Lord Cromer, por facilitarme esta frase) que el gobierno inglés en Egipto, y que este espíritu es inevitable en toda dominación militar coercitiva, empezarán quizá a comprender por qué la Autonomía es una necesidad imperiosa, no sólo para Irlanda, sino para todas las partes constituyentes de esa Federación de Estados que en la actualidad es la única forma practicable de imperio.

POSDATA. -*Estas hojas acababan de salir de la imprenta cuando se recibe la noticia de la renuncia de Lord Cromer, Puesto que él se acusa de una salud decadente, me disculpará quizá que yo le acuse de un juicio decadente y sugiera que su retiro del cargo puede muy bien, mediante su intercesión, celebrarse en Egipto con la libertad de Abd-el-Nebi y los demás condenados a prisión perpetua.*

LA OTRA ISLA DE JOHN BULL

ACTO I

Great George Street, en Westminster, es la dirección de Doyle y Broadbent, ingenieros civiles. Desde el umbral nos enteramos de que la firma está constituida por el señor Laurence Doyle y el señor Thomas Broadbent, y que sus oficinas ocupan el primer piso. Casi todas las habitaciones son particulares, porque los socios, ambos solteros e íntimos amigos, viven también allí; y la puerta que indica "Privado", junto a la oficina de los empleados, es la sala de estar y a la vez el salón de recibo para los clientes. Permítaseme describir brevemente este ambiente, desde el punto de vista de un gorrión posado en el alféizar de la ventana. La puerta exterior se abre a la derecha de la pared opuesta. Entre esta puerta y el extremo izquierdo hay un perchero y un amplio tablero de dibujo sobre caballetes, atestado de planos, rollos de papel tela, instrumentos matemáticos y otros elementos de dibujo. En la pared izquierda hay un hogar de leños y, entre éste y nuestro gorrión observador, la puerta de una habitación que conduce al interior de la casa. Sobre la pared de la derecha se ha dispuesto un archivo, con un armario encinta y, más cerca, un escritorio alto con banquillo para una sola persona. En el centro de la habitación se ha dispuesto perpendicularmente una mesa ministro doble con una silla a cada lado para cada uno de los socios. Es una habitación que ninguna mujer toleraría; tiene olor a tabaco y necesita volver a empapelarse, pintarse y alfombrarse; pero esto es efecto de la desprolijidad e indiferencia de un soltero y no de la falta de recursos; porque nada de lo que Doyle y Broadbent hayan adquirido es ordinario, ni falta nada que quisieran tener. De la pared pende un gran mapa de Sud-américa, el aviso ilustrado de una compañía de vapores, un retrato imponente de Gladstone y variar caricaturas del señor Balfour representando a un conejo y el señor Chamberlain figurando un zorro, realizadas por Francis Carruthers Gould.

A las cinco menos veinte de una tarde estival de 1904, la habitación se halla vacía. Casi en seguida se abre la puerta exterior y hace su entrada un valet cargado con una maleta de viaje y un lío de mantas, que transporta su carga a la habitación interior. Se trata de un respetable valet, bastante viejo para haber perdido toda presteza y adquirido un aire de tolerar pacientemente muchas dificultades y una salud mediana. El equipaje pertenece a Broadbent, quien hace su entrada detrás del valet. Se quita el abrigo y lo cuelga junto al sombrero en la percha. Se acerca luego a la mesa y pasa revista a la correspondencia que le aguarda, Broadbent es un hombre robusto, pletórico y enérgico, en la flor de la vida, en ocasiones impaciente y crédulo, en otras sagaz y pícaro, a veces Portentosamente solemne, otras festivo e impetuoso, siempre vivaz e irresistible, casi siempre simpático y tremendamente absurdo en sus momentos más graves. Abre los sobres con un movimiento de su pulgar y ojea las cartas, arrojando los sobres por el suelo con indiferente desprolijidad mientras conversa con el valet.

BROADBENT *(llamando).* -Hodson.

HODSON *(desde el dormitorio).-Sí, señor.*

BROADBENT.-No deshagas *la maleta. Quita la ropa usada nada más; y pon ropa limpia.*

Librodot

HODSON *(aparece a la puerta del dormitorio).-Sí señor. (Se vuelve hacia el dormitorio.)*

BROADBENT.-¡Díme...! *(Hodson se vuelve nuevamente.)* ¿No recuerdas dónde *puse mi revólver?*

HODSON.-¿El *revólver, señor? Sí, señor. El señor Doyle lo usa como pisapapeles, señor, cuando dibuja.*

BROADBENT.-Pues *quiero llevarlo. Y hay un paquete de balas en alguna parte, creo. Búscalo y ponlo también en la maleta.*

HODSON.-Sí, *señor.*

BROADBENT.-Y *empaca tus cosas también. Esta vez te llevaré conmigo.*

HODSON *(titubeante).-¿Va usted a algún sitio peligroso, señor? Me* convendría *llevar revólver, señor.*

BROADBENT.-Quizá sea conveniente. Voy a Irlanda.

HODSON *(tranquilizado).-Sí, señor.*

BROADBENT.-¿No *te* inquieta, verdad?

HODSON. -Para nada, *señor.* Lo arriesgaré, señor.

BROADBENT.-¿*Has estado alguna vez en Irlanda?*

HODSON.-No, señor. *Tengo* entendido que *el clima es muy* húmedo, señor. Será mejor que prepare sus botos de caucho.

BROADBENT.-Bueno. ¿Dónde *está el señor Doyle?*

HODSON.-Le espero para las cinco, señor. Salió después del almuerzo.

BROADBENT.-¿Preguntó alguien por mí?

HODSON.-Una persona que dio el nombre de Haffigan. Vino hoy dos veces, señor.

BROADBENT.-Oh, qué lástima. ¿Y por que no esperó? Le dije que me esperara si no me encontraba.

HODSON.-Pues señor... yo no sabía que usted le esperaba; así que, señor, me pareció mejor... no... no invitarlo a aguardar.

BROADBENT.-Bah, es buen tipo. Es irlandés y no se preocupa demasiado por su apariencia.

HODSON.-Sí, señor, me pareció bien irlandés.

BROADBENT.-Si regresa déjale subir.

HODSON.-Me pareció verlo por ahí, señor, cuando usted llegó con el auto. ¿Debo ir a buscarlo, señor?

BROADBENT. - Ve, Hodson.

Librodot

HODSON.-Sí, señor. *(Se dirige hacia la* puerta *ex*terior.)

BROADBENT.-Querrá tomar té. Sería bueno que vayas preparando.

HODSON *(deteniéndose),* -Yo no diría que bebe té, señor.

BROADBENT. -Lo que te parezca, entonces.

HODSON.-Sí, señor. *(Se oye el* sonar *de un timbre* eléctrico.) Ya está aquí, señor. Lo habrá visto llegar, señor.

BROADBENT.-Bien. Hazle pasar. *(Hodson sale. Broadbent termina de repasar su correspondencia, antes de que Hodson regrese con el visitante.)*

HODSON.-El señor Haffigan.

Haffigan es un sujeto achaparrado, de cuello corto, cabeza pequeña, melena rojiza, de casi *30 años, nariz rubicunda y ojos furtivas. Viste andrajoso traje negro, de aspecto clerical, y podría tomársele por un maestro de* déci*ma* categoría *entregado* a la *bebida. Se apresura a estrechar la mano de Broadbent con gran despliegue de atolondrada afabilidad y buen humor, sumado a un retozón acento irlandés muy teatral. Quizá sea esto un alivio* para él, *a quien secretamente persiguen los horrores de un delírium tremens incipiente.*

HAFFIGAN.-Tim Haffigan, caballero, a sus órdenes. La gloria del día sea con usted, señor Broadbent.

BROADBENT *(encantado con su visitante irlandés).* - Buenas tardes, señor Haffigan.

TIM. - ¿Y es ésta la tarde ya? Caray, yo llamo mañana a todo el tiempo de ayuno después del desayuno.

BROADBENT. -¿No ha almorzado?

TIM. - ¡Bah, al diablo con el almuerzo!

BROADBENT.-Lamento no haber podido regresar de Brighton a tiempo para invitarle a almorzar; pero...

TIM.-Ni una palabra más, señor, ni una palabra. Mañana da lo mismo. Además, soy irlandés, señor: pobre comensal, aunque poderoso bebedor.

BROADBENT.-Justamente estaba por pedir el té cuando llegó usted. Siéntese, señor Haffigan.

TIM.-El té es buena bebida cuando los nervios pueden soportarlo. Los míos se niegan.

Haffigan se sienta a la mesa, de espaldas al archivo, y Broadbent frente a él. *Entra Hodson con las manos vacías; toma del aparador dos vasos, un sifón y un tántalo*

que dispone frente a Broadbent; observa despiadadamente a Haffigan, que no puede sostener su mirada, y se retira.

BROADBENT.-Pruebe un whisky con soda.

TIM (*sosegado*).-Con eso ha puesto usted el dedo en la llaga nacional, señor. *(Fingiendo.)* No es que yo la comparta. Demasiado he visto los daños que causa.

BROADBENT *(echando el whisky).* - Diga cuándo.

TIM.-No muy fuerte. *(Broadbent se detiene y le dirige una mirada inquisitiva.)* Mitad-y-mitad, digamos. *(Broadbent, extrañado por semejante pedido, echa un* poco más, vuelve a detenerte y a mirarle.) Una gota más: la mitad de abajo no es la mitad justa. Gracias.

BROADBENT (*riéndose*), Vaya si saben beber, ustedes los irlandeses. *(Echando whisky en su vaso.)* Ya ve, esta es mi pobre concepción inglesa de un whisky con soda.

TIM.-Y muy buena que es. La bebida es la maldición para mi desventurado país. Yo mismo bebo porque tengo el corazón débil y mala digestión; pero por principios soy abstemio.

BROADBENT *(súbitamente solemne y tenaz).*-También yo, por supuesto. Apoyo la Liga Pro-Abstinencia hasta lo último; no se imagina usted, señor Haffigan, la ruina que labra en este país la alianza hereje de los taberneros, los obispos, los conservadores y el Times. Hay que cerrar las tabernas a toda costa. *(Bebe.)*

TIM.-Si lo sabré... Es espantoso. *(Bebe.)* Ya veo que es usted tan buen liberal como yo, señor.

BROADBENT.-Soy un amante de la libertad como todo legítimo inglés, señor Haffigan. Yo me llamo Broadbent. Si me llamara Breitstein, tuviera la nariz ganchuda y casa en Park Lane, usaría un pañuelo con el pabellón de la Gran Bretaña, tocaría un clarín de a penique, gravaría el alimento del pueblo en ayuda de la liga Naval y clamaría por la destrucción de los últimos remanentes de la libertad nacional.

TIM.-Ni una palabra más. Déme esa mano.

BROADBENT.-Pero me gustaría explicar...

TIM.-Seguro estoy de adivinar cada una de sus palabras antes de que usted las diga. Yo sé qué clase de hombre es usted. Así que piensa venir a Irlanda por un tiempo...

BROADBENT.-¿Adónde puedo ir, si no? Soy inglés y liberal; ahora que Sudáfrica ha sido esclavizada y destruída, no me queda otro país en que interesarme salvo Irlanda. Vea: no quiero decir que un inglés no tenga otros deberes. Tiene que ocuparse de Finlandia y de Macedonia. ¿Pero qué hombre cuerdo es capaz de negar que el primer deber del inglés es

Librodot

su deber hacia Irlanda? Desgraciadamente, aquí tenemos políticos más inescrupulosos que Bobrikoff, más sanguinarios que Abdul el Maldito; y bajo sus plantas se retuerce Irlanda.

TIM.-Por suerte, ya le ajustaron las cuentas al pobre Bobrikoff.

BROADBENT.-No es que defienda el asesinato: ¡Dios me guarde! Aunque en el fondo podamos sentir que el joven e infortunado patriota que vengó los males de Finlandia en el tirano ruso tenía perfecta razón desde su punto de vista, ningún hombre civilizado puede dejar de sentir aversión hacia el asesinato. Ni aun en defensa del comercio libre alzaría yo mi brazo contra un oponente político, por mucho que lo mereciera.

TIM.-Seguro estoy de que no lo haría; y le honro por ello. De modo que va usted a Irlanda, entonces, por piedad, ¿es así?

BROADBENT.-Voy allí a explotar las tierras de la Compañía Movilizadora de Bienes Raíces, de la que formo parte. Estoy convencido de que para hacerlas rendir no se requiere otra cosa que una administración adecuada, tal como se practica en Inglaterra. Usted conoce el sistema inglés, ¿verdad, señor Haffigan?

TIM.-Apuesto a que sí, señor. Sacar de Irlanda todo lo que se pueda para gastarlo en Inglaterra: ¿no es eso?

BROADBENT *(no muy complacido).*-Mi plan, señor, consistirá en sacar algún dinero de Inglaterra para gastarlo en Irlanda.

TIM. - ¡Que la suerte no se aparte de su lado! ¡Que su sombra nunca se empequeñezca! ... Porque es usted sustancia de lo mejor. ¿En qué puedo serle útil? Disponga de mí hasta la última gota de mi sangre.

BROADBENT.-¿Oyó hablar alguna vez de la Ciudad Jardín?

TIM.-(*dubitativo*).-¿Me está hablando del cielo?

BROADBENT. - ¡Cielos, no! Queda cerca de Hitchin. Si puede dedicarme media hora, podríamos entrar a hablar del asunto.

TIM.-Le diré... Déme un prospecto. Déjemelo llevar a casa para reflexionar tranquilamente.

BROADBENT.-Tiene usted razón. Así lo haré. *(Le entrega un ejemplar del libro del señor Ebenezer Howard y varios folletos.)* Usted comprenderá que el mapa de la ciudad -la construcción circular- no es más que una sugestión.

TIM.-Tomaré nota cuidadosa. *(Aturdido observa* el *mapa.)*

BROADBENT.-Pues yo me pregunto: ¿por qué no fundar una ciudad jardín en Irlanda?

Librodot

TIM (con *entusiasmo).* -Tenía esa pregunta en la punta de la lengua. ¿Por qué no? *(Desafiante.)* Dígame, ¿por qué no?

BROADBENT.-Dificultades existen. Yo sabré vencerlas; pero existen. En cuanto llegue a Irlanda me detestarán por inglés. Por protestante, seré denunciado desde todos los púlpitos. Mi vida puede estar en peligro. Bien, estoy dispuesto a todo.

TIM.-No tenga ningún temor, señor. Sabemos respetar a un enemigo valiente.

BROADBENT,-Lo que más temo es la incomprensión. Y creo que usted podría ayudarme a evitarla. Cuando le oí hablar la otra noche en Bermondsey, en el mitin de la Liga Nacional, comprendí en seguida que usted era... ¿No le molestará si le hablo francamente?

TIM.-Dígame todos mis defectos, de hombre a hombre. Soy capaz de soportar cualquier cosa menos la lisonja.

BROADBENT. - ¿Cómo expresarme? ... Comprendí al momento que usted era un irlandés cabal, con todos los defectos y todas las cualidades de su raza: arrebatado y desprevenido, pero valiente y bonachón; poco capaz de triunfar en los negocios por su cuenta, quizá, pero elocuente, afable, amante de la libertad y legítimo partidario de aquel gran inglés que se llamó Gladstone.

TIM.-Ahórreme rubores. No puedo seguir aquí mientras se me alaba en mi propia cara. Pero reconozco lo de bonachón: es una debilidad irlandesa. Partiría mi último chelín con un amigo.

BROADBENT.-Estoy seguro, señor Haffigan.

TIM *(impulsivo*).- ¡Diablos! ... llámeme Tiro. El hombre que habla de Irlanda como lo hace usted puede llamarme como quiera. Déme un trago de ese whisky. *(Se llena el vaso.)*

BROADBENT *(sonríe indulgente).-Pues* bien, Tim, ¿vendrá entonces conmigo para ayudarme a romper el hielo entre sus bondadosos, impulsivos compatriotas?

TIM.-¿Iría yo a Madagascar o a la Cochinchina con usted? Hasta el Polo Norte iría yo, si me pagara el pasaje, porque, ¡maldito sea el dinero!, no tengo ni para un pasaje de tercera.

BROADBENT.-No se me ha olvidado el detalle, Tiro. Debemos plantear ese asuntito sobre una sólida base inglesa, aunque el resto sea tan irlandés como le plazca. Vendrá usted en calidad de... de... ¡pues no sé cómo llamarle! Si le nombramos mi

representante, le tirarán a matar. Si le nombramos mayordomo, irá a parar al abrevadero. Secretario ya tengo, y...

TIM .-Pues a él le nombraremos Secretario del Interior, y a mí Secretario en Irlanda. ¿Qué le parece?

BROADBENT *(riendo de buena gana*).-Mayúsculo. Su ingenio irlandés ha acabado con la primera dificultad. Ahora, en cuanto a su sueldo...

TIM. -¿Un sueldo, dice? Cierto que yo lo haría de balde, sólo que mis ropas le humillarían; y entonces me vería obligado a pedir prestado a sus amigos, cosa que está contra mi carácter. Pero no aceptaré más de cien al año. *(Observa a Broadbent con sagaz inquietud, tratando de adivinar hasta dónde puede llegar.)*

BROADBENT.-*Si eso le satisface…*

TIM *(muy seguro de sí mismo).* - ¿Por qué no habría de satisfacerme? Cien al año son doce libras al mes, ¿no es así?

BROADBENT.-No. Son ocho libras, seis chelines y ocho peniques.

TIM. - ¡Desastre! Y con las cinco libras que tendré que mandar a mi pobre madre anciana en Irlanda... Pero no importa: he dicho cien, y lo que he dicho, eso sostengo, aunque tenga que morirme de hambre por ello.

BROADBENT *(con cautela de negociante*).-Bien, digamos doce libras por el primer mes. Luego, veremos.

TIM.-Es usted un caballero. Cuando mi madre se me marche al otro mundo, me restará usted esas cinco libras; porque en eso de los gastos hay que andar con mano de hierro; y... *(Es interrumpido por la llegada del socio de Broadbent.)*

El señor Laurence Doyle es hombre de 36 años, fríos ojos grises, nariz aguileña, labios finos y melindrosos, cejas críticas, cabeza inteligente, bastante refinado y bien parecido en conjunto, pero con un aire de extrema sensibilidad y descontento que contrasta visiblemente con el júbilo eupéptico de Broadbent. Entra en la habitación como un hombre que se halla allí en su casa, pero al ver al desconocido retrocede inmediatamente y está a punto de retirarse cuando Broadbent insiste en que se acerque. Se adelanta entonces hacia la mesa y se sitúa entre los dos hombres.

DOYLE *(retrocediendo*).-Estás ocupado.

BROADBENT.-De ningún modo, de ningún modo. Entra. *(A Tim.)* Este caballero es un amigo que vive aquí conmigo: mi socio, el señor Doyle. *(A Doyle.)* El señor Tim Haffigan, un nuevo amigo irlandés.

Librodot

TIM *(se incorpora efusivo*).-Tratándose de un amigo del señor Broadbent, el honor es mío. ¡La gloria del día sea con usted, caballero! Mi corazón se rinde ante ustedes. No es frecuente que tenga el placer de conocer a dos ejemplares tan espléndidos de la raza anglosajona.

BROADBENT *(con risita ahogada.)* Esta vez se equivoca, Tim. Mi amigo, el señor Doyle, es compatriota suyo. Ante ene anuncio, Tim re desmorona visiblemente. Modifica su actitud agresiva y observa sospechosamente a Doyle bajo una máscara de camaradería que se desvanece rápidamente, y hasta retrocede algo temeroso y enervado por la presencia de Doyle.

DOYLE *(con frío disgusto),*-Buenas tardes. *(Se retira hacia la chimenea y dice a Broadbent en un tono que da a Haffigan la pauta indudable de que no es bienvenido.)* ¿Te desocupas pronto?

TIM *(abandona su acento irlandés para caer en un acento urbano con innegables rastros de Glasgow).*-Ahora tengo que irme. Tengo una cita importante en West End.

BROADBENT *(incorporándose*).-Convenido entonces que vendrá usted conmigo.

TIM.-Tendré mucho gusto en acompañarlo, señor.

BROADBENT.-¿Cuándo entonces? ¿Puede partir esta misma noche... de Paddington? Iremos por Milford Haven.

TIM *(titubeante*).-Pues... me temo... yo... *(Doyle se encamina bruscamente hacia el dormitorio, golpeando la puerta a sus espaldas y quebrando en Tim los últimos restos de su presencia de ánimo. El pobre infeliz logra contener el llanto, precipitándose nuevamente en su papel de temerario irlandés. Se arroja hacia Broadbent, se aferra a su manga con dedos temblorosos y deja oír su ruego con todo el dejo irlandés a su contando, moderando su voz para que Doyle no vaya a oírle y regresa.)* Señor Broadbent: no me humille ante un compatriota. Vea usted: mi ropa está en el empeño. Déme un billete de cinco libras... le pagaré el martes que viene, cuando el barco toque puerto en mi patria... o puede deducirlo de mi próximo sueldo. Estaré en la plataforma de Paddington listo y en punto. Démelo rápido, antes de que vuelva. No se molesta por lo que le digo, ¿verdad?

BROADBENT.-De ningún modo. Estaba a punto de ofrecerle un adelanto para gastos de viaje. *(Le tiende un billete.)*

TIM *(guardándolo en el* bolsillo).-Gracias. Estaré allí media hora antes de la salida del tren. (A *la puerta del dormitorio se oye a Larry que regresa.)* ¡Chitón!, ahí vuelve. Adiós y Dios lo bendiga. *(Se va de allí casi llorando, porque el billete de cinco libras y toda la bebida que esto supone para él es demasiado para su estómago vacío y sus nervios tensos.)*

DOYLE *(regresando).* - ¿Dónde diablos has encontrado a ese andrajoso estafador? ¿Qué hacía aquí? *(Se dirige hacia el caballete donde se amontonan los planos y, consultando su libreta de bolsillo, hace una anotación en uno de ellos.)*

BROADBENT.- ¡Vuelta a las andadas! ¿Por qué te encarnizas con el primer irlandés que conoces, especialmente si no está bien vestido? ¡Pobre diablo! ¿Acaso un compatriota no puede desearte la gloria del día sin ofenderte, aunque su chaqueta brille un poco en las costuras?

DOYLE *(desdeñosamente).*- ¡La gloria del día!... ¿A que te llamó flor de muchacho! *(Se aproxima a la mesa.)*

BROADBENT *(triunfante)* -Sí.

DOYLE.-¿Y deseó que la suerte no se aparte de m lado?

BROADBENT. -Así es.

DOYLE. - ¿Y que tu sombra nunca se empequeñezca?

BROADBENT. - Efectivamente.

DOYLE *(alzando la botella de whisky vacía y meneando la cabeza).* -Y te sonsacó casi media botella de whisky, por lo visto.

BROADBENT.-No le hizo nada. No se le movió ni un pelo.

DOYLE.-¿Y cuánto te pidió prestado?

BROADBENT.-Yo no lo llamaría un préstamo. Mostró un espíritu muy honorable tratándose de dinero, te diré. Estoy seguro de que partiría su último chelín con un amigo.

DOYLE.-Claro que partiría el último chelín de un amigo, si el amigo fuera bastante tonto para permitírselo. ¿Cuánto consiguió sacarte? Confiesa.

BROADBENT. -¡Oh, nada! Un adelanto sobre su sueldo... para gastos de viaje.

DOYLE.- ¡Sueldo! En nombre de Dios, ¿por qué?

BROADBENT.-Por ser mi secretario en Irlanda, como muy graciosamente lo llamó.

Librodot

DOYLE.-No veo la gracia.

BROADBENT.-Eres capaz de aguar la mejor de las bromas con tu sangre fría. A mí me pareció muy ocurrente cuando lo dijo. Era algo... algo muy divertido... acerca del Secretario del Interior y el Secretario en Irlanda. En todo caso, es indudable que he hallado al hombre ideal para que me acompañe a Irlanda y rompa el hielo por mí. Él sabrá captarse la confianza de la gente y ganarme amigos. ¿Qué te parece? *(Se sienta en el banquillo alto y lo inclina hacia atrás de modo que su espalda se apoye en el borde del escritorio y no corra el riesgo de caerse.)*

DOYLE. - ¡Vaya, valiente presentación! ¿Supones acaso que la población total de Irlanda la forman pordioseros por correspondencia y borrachos empedernidos, o que si así fuera se aceptarían mutuamente como referencia?

BROADBENT. - ¡Bah, tonterías! No es más que un irlandés. Además, no creerás tú seriamente que Haffigan es capaz de engañarme, ¿verdad?

DOYLE.-No; es demasiado holgazán para tomarse la molestia siquiera. Lo único que tiene que hacer es estarse aquí y beber tu whisky mientras tú te engañas a ti mismo. Pero no necesitaremos discutir a Haffigan, por dos razones: primera, que con tu dinero en el bolsillo nunca llegaría a Paddington, ¡hay demasiadas tabernas en el camino!; y segunda, que él no es irlandés.

BROADBENT. - ¡Que no es irlandés! *(La idea le desconcierta hasta tal punto que se endereza en el asiento y el banquillo se empina repentinamente.)*

DOYLE. -Nacido en Glasgow. Nunca en su vida estuvo en Irlanda. Yo le conozco.

BROADBENT.-Pero hablaba como... toda su conducta era la de un irlandés.

DOYLE.-¡Un irlandés! ;Será posible que no sepas que todas esas frases altisonantes acerca de la gloria de la mañana y sustancia de lo mejor y que la suerte no se aparte de mi lado son tan poco irlandesas como los conciertos de música irlandesa en el Albert Hall? Nunca un irlandés habló así en Irlanda, ni hablará jamás. Pero en cuanto un irlandés perfectamente indigno llega a Inglaterra y se encuentra por todas partes con necios románticos como tú, que le permiten holgazanear y beber y fanfarronear con tal de sentirse halagados en su sentido de superioridad moral, se comporta como un imbécil, degradándose a sí mismo y a su patria, y bien pronto aprende entonces las cabriolas que cautivan al inglés. Las aprende en el teatro o en el *music-hall*. Haffigan aprendió los rudimentos de su padre, que procede de la misma región de Irlanda que yo. Conocí a sus tíos Matt y Andy Haffigan en Rosscullen.

BROADBENT *(aún incrédulo).-* ¡Pero su acento irlandés!

DOYLE. - ¡Su acento irlandés!... ¡Por lo mucho que conoces tú de acentos! Te he oído llamar acento provinciano a un acento de Dublin tan pronunciado que hasta un sordomudo podría distinguir. ¡Que el cielo te asista! No conoces la diferencia entre Connemara y Rathmines. *(Con violenta irritación.)* ¡Oh, maldito Tim Haffigan! Olvidemos el tema; no se merece que discutamos por su culpa.

BROADBENT. - ¿Qué te sucede hoy, Larry? ¿Por qué estás tan amargado?

Doyle le contempla perplejo; se acerca lentamente a la mesa y se sienta del lado más próximo de la chimenea antes de responder.

DOYLE.-Pues tu carta, en primer lugar, me trastornó completamente.

BROADBENT. -¿Por qué?

DOYLE.-Eso de que declares vencida la hipoteca de Rosscullen y quieras arrojar de su hogar al pobre Nick Lestrange, me ha desconcertado; porque yo estimaba a ese viejo pícaro. De muchacho tuve libre acceso a su parque, y puede decirse que me crié en su propiedad.

BROADBENT.-Pero no quería pagar los intereses. Tuve que decidir el pleito a favor de la Compañía Movilizadora. Ahora me voy a Rosscullen a cuidar personalmente de la propiedad. *(Se sienta a la mesa, frente a Larry, y como al descuido, pero con mirada alerta, agrega:)* ¿Vienes conmigo, por supuesto?

DOYLE *(incorporándose nervioso y volviendo a sus movimientos inquieto).-Eso.* Eso es lo que me temía. Eso es lo que me tiene trastornado.

BROADBENT. - ¿Pero no quieres volver a m patria después de dieciocho años de ausencia? ¿Ver a tu gente? ¿Volver al hogar? ¿Ir...?

DOYLE *(interrumpiéndole, impaciente),-Sí,* sí; todo eso lo sé tan bien como tú.

BROADBENT.-Oh, bueno, claro está *(con un encogimiento de hombros), si lo* tomas así, no he dicho nada.

DOYLE.-No te preocupe mi mal humor: no es culpa tuya; bien debieras saberlo para estas fechas. *(Vuelve a sentarse, algo avergonzado de su petulancia; reflexiona un momento con amargura y luego prorrumpe:)* Tengo una aprensión atroz cuando se trata de regresar a Irlanda; una aprensión tan profunda que preferiría acompañarte al Polo Norte a ir a Rosscullen.

BROADBENT.- ¡Qué! ¡Hete aquí que formas parte de una nación con el más acendrado patriotismo, el más inveterado instinto patrio del mundo, y dices que

preferirías ir adonde fuere con tal de no regresar a Irlanda! No imaginarás que voy a creerte, ¿verdad? En el fondo de tu corazón...

DOYLE. -Olvídate de mi corazón: el corazón de un irlandés no es otra cosa que su imaginación. ¿Cuántos de todos esos millones que han abandonado Irlanda han vuelto o deseado volver alguna vez? ¿Pero de qué sirve hablar contigo? Tres versos disparatados acerca del emigrante irlandés que canta "Sentados en la tranquera, Mary", o tres horas de declaraciones patrióticas irlandesas en Bermondsey o en la División Escocesa de Liverpool, pueden más en ti que todas las realidades que tengas delante de tus narices. ¡Vamos, hombre viviente, mírame! Bien sabes cómo protesto, cavilo, vitupero, sutilizo y menosprecio... cómo nunca estoy satisfecho ni tranquilo... cómo pongo siempre a prueba la paciencia de mis mejores amigos...

BROADBENT.-¡Oh, vamos, Larry!, sé justo contigo mismo. Siempre eres muy ingenioso y agradable con los extraños.

DOYLE.-Con los extraños, sí. Pero si fuera más inaccesible para los extraños y comprensible en casa, como hace el inglés, quizá sería mejor compañía para ti.

BROADBENT.¯Nosotros nos llevamos bastante bien. Claro, tú tienes siempre esa melancolía de la raza celta...

DOYLE *(saltando de su silla).*- ¡Válgame Dios!

BROADBENT *(socarrón).* -… *y* esa costumbre de usar frases violentas cuando nada sucede...

DOYLE. - ¡Nada sucede! Cuando la gente habla de la raza celta, siento que podría quemar todo Londres. Esa sandez nos hace más daño que diez leyes represivas. ¿Supones acaso que un hombre necesita ser celta para sentir melancolía en Rosscullen? Pero, hombre, Irlanda fue poblada del mismo modo que Inglaterra, y su raza se cruzó con los mismos invasores.

BROADBENT.-Cierto. Toda la gente capaz en Irlanda es de origen inglés. A menudo he podido observar la sorprendente circunstancia de que el único partido que en el parlamento demuestra el auténtico carácter y espíritu inglés sea el partido irlandés. ¡Fíjate si no en su independencia, su decisión, su obstinada oposición al mal gobierno, su consideración hacia las nacionalidades oprimidas del mundo entero! ¡Qué inglés es todo ello!

DOYLE.-Para no mencionar la solemnidad con que pronuncia anticuadas sandeces, sabiendo perfectamente bien que tienen un siglo de atraso. Eso también es inglés, si me permites.

BROADBENT.-No, Larry, no. Estás pensando en los modernos híbridos que hoy por hoy monopolizan Inglaterra. Hipócritas, estafadores, alemanes, judíos, yanquis, extranjeros, la canalla cosmopolita. No les llames ingleses. Ellos no pertenecen a nuestra querida isla, sino a su maldito nuevo imperio. Y, ¡por San Jorge!, bien se lo merecen. ¡Que lo disfruten!

DOYLE *(sin dejarse conmover por tamaño arranque),* - ¡Ya está! ¿Te sientes mejor ahora?

BROADBENT *(desafiante).-Así* es. Mucho mejor.

DOYLE.-Mi querido Toro, no necesitas más que respirar el clima irlandés para terminar en un tonto de capirote tan perfecto como yo. Si toda mi sangre irlandesa echara a correr por tus venas, no modificaría una sola línea de tu físico o tu carácter. Vé, cásate con la más inglesa de las inglesas que puedas hallar y luego cría a m hijo en Rosscullen: el carácter de ese hijo será tan parecido al mío y tan distinto del tuyo, que todos me acusarán de ser su padre. *(Con repentina angustia.)* ¡Rosscullen! ¡Oh, Señor bendito! ¡El embotamiento! ¡El desaliento! ¡La ignorancia! ¡La mojigatería!

BROADBENT *(serio).*-Lo de siempre en el campo, Larry. Aquí sucede lo mismo.

DOYLE *(repentinamente).-No,* no; el clima es distinto. Aquí, si la vida es insípida, también nosotros podemos serlo, y no hay mayor daño en ello. *(Arrebatado por una ilusión vehemente.)* Pero tus sentidos se ahogan en ese ambiente melosamente húmedo, en esos blancos caminos, blandos de polvo, en esos juncos envueltos en bruma y pardos fangales, en aquellos páramos cubiertos de brezos purpúreos. Tú no conoces los colores de esos cielos, ni la seducción de esos horizontes, ni la melancolía de esos atardeceres. ¡Oh, ese soñar, soñar!... ¡Ese torturante, ardiente, nunca cumplido soñar, soñar, soñar!... *(Salvajemente.)* Ni la peor corrupción que jamás embruteciera o denigrara a un inglés podrá despojarle de su valor y su capacidad como ese soñar incesante, inacabable. La imaginación de un irlandés nunca le deja en paz, nunca le convence, nunca le satisface; pero le convierte en alguien que no sabe hacer frente a la realidad, ni transigir con ella, ni usar de ella, ni conquistarla; en alguien que sólo atina a burlarse de quienes lo logran (a *Broadbent, con amargura*), que sabe ser "agradable con los extraños", como una mujer de la calle. *(Increpando* a *Broadbent.)* Todo es sueño, todo es imaginación. El irlandés tampoco puede ser religioso. El inspirado clérigo que le habla de la santidad de la vida y del valor de la buena conducta, nada logra; en tanto que el pobre

Librodot

párroco que le ofrece un relato milagroso o sentimental de la vida de un santo, logra que por él se construyan catedrales levantadas con los peniques del pobre. Tampoco puede ser políticamente inteligente: sueña con aquello que el Shan Van Vocht dijera en el noventa y ocho. Quien quiera ganarlo para la causa de Irlanda tendrá que llamar "Cathleen ni Hoolihan"[21] a la infortunada isla y pretender que se trata de una pobre viejecita. Así se le ahorra pensar. Se le ahorra trabajo. Se le ahorra todo, excepto imaginación, imaginación; y la imaginación es una tortura que no puede sobrellevarse sin whisky. *(Con vehemente, vibrante menosprecio.)* Al final te pones que ya no puedes soportar nada real: prefieres morir de hambre a hacerte de comer; prefieres andar andrajoso y sucio a decidirte a cuidar de tus ropas y bañarte; regañas y disputas en tu casa porque tu mujer no es un ángel, y ella te desprecia porque no eres un héroe; y odias a todos los que están a tu alrededor porque no son otra cosa que pobres diablos como tú. *(Bajando la voz como el hombre que pronunciara una vergonzante confesión.)* Y, entretanto, se escucha una risa horrenda, absurda, maligna. Cuando joven, bebes en compañía de otros jóvenes, intercambias cuentos soeces, y, como eres demasiado vano para ayudarles o alentarles, les acosas y desprecias y vituperas por no hacer aquello que tú mismo no te atreves a emprender. ¡Y entretanto ríes, ríes y ríes! Es el eterno escarnio, la eterna envidia, la eterna locura, el eterno ensuciar y manchar y degradar, hasta que, cuando se llega por fin a un país donde los hombres consideran los problemas con seriedad y les prestan formal respuesta, se mofa uno de ellos porque no tienen sentido del humor, y se jacta uno de la propia futilidad, como si ello le hiciera superior a los demás.

BROADBENT *(movido* a *intensa seriedad* por la *elocuen*cia *de Doyle).-No* te arredres, Larry. Un gran futuro aguarda a Irlanda. La autonomía hará maravillas bajo la dirección inglesa.

DOYLE *(arrancado* a *su emoción y con el* rostro *con*traído por una sonrisa involuntaria),-Ah, Toro, ¿por qué eliges mis momentos más trágicos para tus más irresistibles accesos de humor?

BROADBENT. - ¡Pero si lo dije muy en serio! ¿Qué quieres decir? ¿Dudas acaso de mi sinceridad con respecto a la autonomía?

DOYLE,-Estoy seguro de tu sinceridad, Toro, en cuanto a la dirección inglesa.

BROADBENT *(convencido).*- Claro que sí. Nuestra ayuda es la parte primordial. Nosotros los ingleses debemos poner nuestra capacidad de gobierno, sin restricciones,

[21] *En la historia y en la leyenda irlandesas se personifica a Irlanda en una viejecita así llamada;*

Librodot

al servicio de las naciones que han sido menos felizmente dotadas en ese sentido; de modo que se les permita desarrollarse en perfecta libertad, hasta alcanzar el nivel inglés de gobierno autónomo. ¿Me comprendes?

DOYLE. - Perfectamente. También Rosscullen sabrá comprenderte.

BROADBENT *(jovial).*-Así lo espero. Eso irá bien. (Acerca su silla y se sienta *cómodamente para sermonear a Doyle.)* Larry, he prestado la mejor atención a todo lo que has dicho sobre Irlanda, y no veo nada que te impida ir conmigo. ¿Qué quieren significar tus palabras? Pues, sencillamente, que eras muchacho aún cuando vivías en Irlanda. Ahora comprenderás que todo ese chancear y beber y no saber qué hacer era lo mismo en Peckham que en Donnybrook. Mirabas a Irlanda con los ojos de un muchacho y sólo podías recoger impresiones de muchacho. Regresa conmigo, míralo todo con los ojos de un hombre y tendrás mejor opinión de tu país.

DOYLE.-No puedo negar que en parte tienes razón. Sé muy bien que de haber sido hijo de un labriego en vez de un administrador de fincas rurales, me habría topado con mayor entereza de la que hallé. Desgraciadamente, no voy a visitar a Irlanda como nación, sino a mi padre, mi tía Judy, Nora Reilly, el padre Dempsey y todos los demás...

BROADBENT.-Y bien, ¿por qué no? Estarán encantados de verte, ahora que Inglaterra ha hecho un hombre de ti.

DOYLE *(impresionado por estas palabras).* - ¡Ah, ahí has dado en el clavo, Tom, con auténtica inspiración británica!

BROADBENT.-Con sentido común, querrás decir.

DOYLE (*cortante*).-No, no es eso: tú no tienes más sentido común que una oca. No hay un inglés con sentido común. Tú partes en una expedición sentimental por razones perfectamente ridículas, con la cabeza saturada de sandeces políticas que no podrían convencer ni a un burro medianamente inteligente; pero puedes desarmarme con esa simple verdad acerca de mí y de mi padre.

BROADBENT *(sorprendido).* - ¡Pero si yo no he mencionado a tu padre!

DOYLE *(sin advertir la interrupción).-Ahí* le tienes a él en Rosscullen, un corredor de fincas rurales siempre escaso de medios porque es católico y la mayoría de los terratenientes son protestantes. Ahí le tienes en tanto que los tribunales territoriales reducen los alquileres y las leyes territoriales dividen las grandes propiedades en

William Butler Yeats utilizó este nombre como título de su obra, publicada en 1902.

Librodot

pequeños terrenos; hoy en día sería un pordiosero si, amparado en las leyes territoriales, no hubiese adquirido su propia chacra. Dudo que en los últimos veinte años haya ido más lejos de su casa que a Athenmullet. Y heme aquí, yo, de quien Inglaterra, como tú dices, ha hecho un hombre.

BROADBENT *(disculpándose).* -Te aseguro que nunca tuve intención...

DOYLE.-Oh, no te disculpes; es bastante cierto. Reconozco que he aprendido algo en América y otros sitios remotos e indignos; pero, en esencia, sólo viviendo y trabajando a la par tuya he aprendido a vivir en un mundo

real y a abandonar el mundo imaginativo. Te debo más a ti que a cualquier irlandés.

BROADBENT *(menea la cabeza* con un guiño *en los* ojos).-Muy cordial de tu parte, viejo; pero todo eso son zalamerías, Larry. Me gustan los cumplidos; pero reconozco que son sandeces, y no hay vuelta que darle.

DOYLE.-No, pues no lo son. Nunca hubiera hecho nada sin ti, aunque no cese de maravillarme ese bendito cerebro tuyo con todas sus ideas en compartimientos herméticos y todos los compartimientos impenetrables a cualquier cosa que no les convenga comprender.

BROADBENT (*invencible*).-Esa es otra sandez redomada, Larry, créeme.

DOYLE.-Admitirás, en todo caso, que todos mis amigos son ingleses o personas del gran mundo de los grandes poderes. Toda la parte significativa de mi vida la he vivido en esa atmósfera; toda la parte constructiva de mi trabajo la he realizado con hombres de esa clase. ¡Piensa en mí regresando ahora a Rosscullen! ¡A ese infierno de mezquindad y monotonía! ¿Cómo entendérmelas con un administrador de fincas rurales que a duras penas gana su cinco por ciento con el trabajo de un mísero terreno y la renta de unas cuantas casuchas en el pueblo más próximo? ¿Qué puedo decirle? ¿Qué puede decirme él? ...

BROADBENT *(escandalizado).* - ¡Pero, hombre, entre padre e hijo! ...

DOYLE. -¿Qué diferencia hay? ¿Qué dirías tú si yo propusiera una visita a tu padre?

BROADBENT (con *rectitud filial*).-Siempre tuve buen cuidado de visitar a mi padre periódicamente, hasta que su mente empezó a fallar.

DOYLE *(preocupado).* - ¿Se ha vuelto loco? Nunca me dijiste nada...

BROADBENT.-Se ha afiliado a la Liga pro reformas arancelarias. Nunca hubiera hecho tal cosa si su mente no fallara. *(Comienza a declamar.)* Ha caído víctima de las malas artes de un charlatán político que...

DOYLE *(interrumpiéndole).-Quiere* decir que te alejas de m padre por culpa del librecambio; prefieres no disgustarte con él. ¡Pues bien, piensa en mí y en mi padre! Él es nacionalista y separatista. Yo soy un químico metalúrgico dedicado a la ingeniería civil. Y la química metalúrgica, sea lo que sea, no es nacional, sino internacional. Y mi profesión y la tuya, como ingenieros civiles, tiende a unir naciones y no a separarlas. La única convicción política auténtica que nos ha imbuído nuestra profesión es la de que las fronteras estorban y las banderas molestan.

BROADBENT *(todavía indignado por la herejía económica del señor Chamberlain).-Sólo* cuando existe un arancel proteccionista...

DOYLE (con *firmeza),-Mira,* Tom, ya sé que a toda costa quieres pronunciarte un discurso sobre el librecambio; pero no podrás: yo no voy a aguantármelo. Mi padre quiere hacer del canal de San Jorge una frontera e izar una bandera verde en College Green; en cambio yo quiero que Glaway esté a tres horas de Colchester y a veinticuatro horas de Nueva York. Quiero que Irlanda sea el cerebro y la imaginación de un gran Estado, y no la isla de un Robinson Crusoe. Tenemos además el problema religioso. Mi catolicismo es el catolicismo de Carlomagno o Dante, restringido por un exceso de folklore y ciencia moderna... lo que el padre Dempsey llamaría los extravíos del ateísmo. Pues bien, el catolicismo de mi padre es el catolicismo del padre Dempsey.

BROADBENT *(con astucia).*-No quiero interrumpirte, Larry; pero todo eso son pamplinas, tú lo sabes. Esas diferencias existen en toda familia, y, sin embargo, sus miembros se las ingenian para vivir en común sin dificultades. *(Volviendo a caer en la petulancia.)* Claro que existen ciertos problemas que alcanzan hasta los cimientos de la moral; y en esto concuerdo en que ni la relación más estrecha puede disculpar el menor compromiso o descuido. Por ejemplo...

DOYLE *(impaciente, se incorpora de un alto y recorre la* estancia).-Por ejemplo, la autonomía, Sudáfrica, el librecambio y las tasas de enseñanza. Pues bien, es probable que difiera con mi padre en cada uno de estos puntos, así como difiero contigo.

BROADBENT.-Sí. Pero siendo irlandés estas cosas no son tan serias para ti como para un inglés.

DOYLE. - ¡Qué!... ¿Ni aun la autonomía?

BROADBENT *(con resolución).*- Ni aun la autonomía. No debemos la autonomía a los irlandeses, sino a nuestro inglés Gladstone. No, Larry, no; pienso que hay algo más detrás de todo esto.

DOYLE *(vehemente).-¿Qué* puede haber detrás de esto? ¿Crees que pretendo engañarte? BROADBENT.-No te vuelvas contra mí, viejo. Sólo pensé...

DOYLE.-Pensaste, ¿qué?

BROADBENT.-Pues hace un momento creo haber oído un nombre que es nuevo para mí: una tal señorita Nora Reilly, si no me equivoco. *(Doyle se detiene bruscamente, y le mira de un modo que pareciera despavorido.)* No quisiera parecer impertinente, tú lo sabes, Larry; ¿pero estás seguro de que ella no influye en tu oposición a regresar conmigo a Irlanda?

DOYLE *(vuelve a sentarte, esta vez vencido).*-Tom Broadbent: me rindo. El pobre y vanidoso irlandés se descubre ante el arrollador inglés de Dios. El hombre que con toda seriedad pueda pronunciar esa reciente observación suya acerca de la Autonomía y de Gladstone debe necesariamente ser el campeón de los idiotas. Pero el hombre que en la frase inmediata puede barrer con toda mi prolija apelación para ir derechamente al fondo de mis motivos, debe ser un hombre de genio. ¡Que el idiota y el genio sean una misma persona. .. no me atrevo a creerlo! (Incorporándose de *un* salto.) ¡Por Júpiter!, ahora lo comprendo todo. Escribiré un artículo y lo enviaré a "Naturaleza'.

BROADBENT *(mirándole con fijeza).-¡*De qué diablos...

DOYLE.-Es muy sencillo. Tú sabes que una oruga...

BROADBENT.-¡Una oruga!

DOYLE.-Sí, una oruga. Entrega tu mente a lo que voy a decirte, porque es una nueva e importante teoría científica acerca del carácter nacional inglés. Una oruga...

BROADBENT.-Mira, Larry: no seas tonto.

DOYLE *(insistiendo).*-Dije oruga y quise decir oruga. En seguida comprenderás. Una oruga *(Broadbent murmura una pálida protesta, pero no insiste más),* al posarse en un árbol, intenta confundirse instintivamente con la hoja, para que sus enemigos y su presa no adviertan su presencia y no se preparen para el ataque o la defensa.

BROADBENT.-¿Y eso qué tiene que ver con el carácter nacional inglés?

DOYLE.-Te lo diré. El mundo está tan lleno de tontos como el árbol de hojas. Y el inglés hace lo que la oruga. Instintivamente toma la apariencia del tonto y engulle a los legítimos tontos con toda comodidad, en tanto que sus enemigos le dejen tranquilo y se

ríen de él porque le tienen por un tonto igual a los demás. ¡Oh, sí, la naturaleza es astuta, muy astuta! *(Se sienta, absorto en la contemplación de su alegoría verbal.)*

BROADBENT *(con calurosa admiración).*-Sales, Larry, a mí nunca se me hubiera ocurrido. Ustedes los irlandeses son notablemente inteligentes. Claro que todo eso es puro palabrerío, ¡pero tan ingenioso, sabes! ¡Cómo diablos se te ocurren esas cosas! Deberías escribir un artículo: te pagarían bien. Si no te lo aceptan en "Naturaleza", yo podría hacerlo publicar en "Ingeniería": conozco al editor.

DOYLE.-Volvamos entonces al asunto. Mejor será que te hable de Nora Reilly.

BROADBENT.-No: olvídate. No debí aludirla.

DOYLE.-Yo preferiría... Nora tiene una fortuna.

BROADBENT *(sumamente interesado).*-¿Eh? ¿Cuánto?

DOYLE. - Cuarenta al año.

BROADBENT. -¿Cuarenta mil libras?

DOYLE.-No, cuarenta. Cuarenta libras.

BROADBENT *(frustrado).*-¿Y a eso llaman fortuna en Rosscullen?

DOYLE.-Una muchacha que tenga una dote de cinco libras al año en Rosscullen lo consideran una fortuna. Lo que es más, cuarenta libras al año son una fortuna allí; y Nora Reilly goza de muchísima consideración social en base a su herencia. Ha ayudado al hogar de mi padre en más de un apuro. Mi padre fue representante del suyo. Nora vino a visitarnos cuando murió su padre y ha vivido con nosotros desde entonces.

BROADBENT *(atento, empieza a sospechar un mal comportamiento de Larry y se resuelve a llegar al fondo de la cuestión).* - ¿Desde cuándo? Es decir, ¿qué edad tenías cuando llegó ella?

DOYLE.-Yo tenía diecisiete años. Y, desgraciadamente, ella también; porque, de haber sido mayor, hubiera demostrado más sentido común y no se habría quedado en nuestra casa. Estuvimos juntos durante 18 meses, antes de que yo me fuera a estudiar a Dublin. Cuando volvía a casa para las Navidades y las Pascuas, allí estaba Nora; supongo que mi regreso era todo un acontecimiento para ella, aunque a mí nunca se me ocurrió tomarlo así.

BROADBENT. -¿Te preocupaba un poco?

DOYLE.-No del todo. En aquellos tiempos sólo me cabían dos ideas: aprender a hacer algo; y luego irme de Irlanda para poder hacerlo. Ella no contaba. Yo la quería platónicamente, igual que a las heroínas de Lord Byron o la antigua torre redonda de

Rosscullen; pero ella no contaba más que todo eso. Nunca volví a cruzar el Canal de San Jorge a causa de ella... nunca desembarqué siquiera en Queenstown, ni para volver a Londres pasé por Irlanda.

BROADBENT.-¿Pero alguna vez le has dicho algo que la justificara en su espera?

DOYLE.-No, jamás. Pero ella me espera.

BROADBENT. - ¿Cómo lo sabes?

DOYLE.-Me escribe... en su cumpleaños. Solía escribirme en el mío y mandarme algunos regalitos; pero yo puse fin a todo eso diciéndole que era inútil, porque cuando yo viajaba sus remesas se extraviaban en las oficinas de correos extranjeros. *(Marcando la palabra "oficinas" en vez de "correos".)*

BROADBENT. - ¿Contestas sus cartas?

DOYLE.-No con mucha puntualidad. Pero en algún momento llego a contestarlas.

BROADBENT.-¿Cómo te sientes cuando ves su letra?

DOYLE.-Incómodo. Daría 50 libras esterlinas por evitarme una carta.

BROADBENT *(con gravedad y reclinándose en su silla para significar que el interrogatorio ha llegado a su fin, con resultados adversos al declarante).* -¡Hmmm!

DOYLE.-¿Qué significa ese "hmmm"?

BROADBENT.-No ignoro que el código moral es muy distinto en Irlanda. Pero en Inglaterra no consideramos justo jugar con el afecto de una mujer.

DOYLE.-Eso quiere decir que un inglés se comprometería en matrimonio con otra mujer y devolvería sus cartas y regalos a Nora con una nota diciendo que él no la merece y le desea toda clase de felicidades.

BROADBENT. -Pues aun eso tranquilizaría la mente de esa pobre muchacha.

DOYLE. -¿Crees tú? ¡Quién sabe! Una cosa puedo decirte, y es que Nora esperaría a morirse de vieja antes que preguntarme mis intenciones o condescender a sugerir siquiera la posibilidad de que yo abrigue alguna. Tú no conoces el orgullo irlandés. Inglaterra puede haberme quitado buena parte del mío; pero ella nunca ha estado en Inglaterra; y si yo tuviera que escoger entre herir esa delicadeza tan suya y pegarle en el rostro, la golpearía sin titubear un segundo.

BROADBENT *(que ha estado acariciando su rodilla y meditando, por lo visto, agradablemente).-Todo* esto se me antoja bastante interesante. Tiene ese singular encanto irlandés. Eso es lo peor en ti: el encanto irlandés no existe siquiera para ti.

DOYLE.-Oh, te aseguro que sí. Pero es el encanto de un sueño. Vive en contacto con los sueños y ganarás algo de su encanto: vive en contacto con la realidad y ganarás algo de su rudeza. Desearía hallar algún país donde la realidad no fuera ruda, ni los sueños irreales.

BROADBENT *(adoptando una actitud de profunda convicción en respuesta a la formalidad de Doyle. Apoya los codos en la mesa y cierra los puños).*-No desesperes, Larry, viejo amigo; las cosas pueden parecer muy negras; pero en las próximas elecciones se verá un gran cambio.

DOYLE *(incorporándose de un salto).* - ¡Ah, déjame, pedazo de idiota!

BROADBENT *(se incorpora también, sin aparentar disgusto).* -¡Ja, ja!, puedes reírte, pero ya verás. Vaya, no discutamos más. ¿Quieres escuchar mi consejo con respecto a la señorita Reilly?

DOYLE *(ruborizándose).*-Por cierto que no. ¡Maldito sea tu consejo! *(Calmándose.)* Lárgalo, de todos modos...

BROADBENT.-Todo lo que me dices de ella me impresiona muy favorablemente. Parece tener los sentimientos de una dama; y aunque debemos considerar el hecho de que en Inglaterra sus ingresos a duras penas podrían conservarla en la más baja clase media...

DOYLE *(interrumpiéndole).*-Mira, Tom. Esto me recuerda: cuando vayas a Irlanda no hables de la clase medio ni te jactes de pertenecer a ella. En Irlanda se es un caballero o no se es. Si se quiere ser especialmente ofensivo con Nora, puede llamársela papista; pero si llegas a llamarla mujer de clase media, ¡que el Cielo te proteja!

BROADBENT *(impertérrito).*-No temas. Todos ustedes descienden de antiguos monarcas: ya lo sé. *(Complaciente.)* No soy tan falto de tacto como pareces creer. *(Vehemente.)* Espero hallar en la señorita Reilly a una perfecta dama; y te aconsejo encarecidamente que vengas conmigo a Irlanda una vez más antes de pronunciar tu decisión. Y a propósito, ¿conservas alguna fotografía de ella?

DOYLE.-Sus fotografías se interrumpieron a los veinticinco.

BROADBENT *(entristecido).*-Ah, sí, me imagino. *(Con pena y severidad.)* Larry: has tratado a esa pobre muchacha lastimosamente.

DOYLE. -¡Por San Jorge!... ¡Si supiera que dos hombres están hablando de ella de este modo...!

BROADBENT.-¿No le agradaría, verdad? Claro que no. Deberíamos avergonzarnos, Larry. *(Más y más transportado por su nueva ilusión.)* ¿Sabes?, tengo un extraño presentimiento de que la señorita Reilly es una mujer superior.

DOYLE *(mirándole con fijeza).*-Ah, ¿conque ésas, eh? ¿Te parece?

BROADBENT.-Sí, me parece. Hay algo sumamente conmovedor en la historia de esta hermosa muchacha.

DOYLE.-¡Herm...! ¡Ajáaa! ¡Esta es la oportunidad de Nora! ¡Y la mía! *(Llamando.)* Hodson.

HODSON *(aparece a la puerta del dormitorio).* - ¿Llamó, señor?

DOYLE.-Prepara también mi maleta. Iré a Irlanda con el señor Broadbent.

HODSON.-Bien, señor. *(Se vuelve hacia el dormitorio.)*

BROADBENT *(palmeando a Doyle en un hombro).*-Gracias, viejo. Gracias.

FIN DEL ACTO I

ACTO II

Rosscullen. Hacia el oeste una ladera de granito y brezos forma un declive que interrumpe la perspectiva de sur a norte. Una enorme piedra se apoya en posición inverosímil, como si hubiera sido arrojada por un gigante. Más allá de la cumbre, en el valle desolado, se alza una torre redonda de las que se construyeran en Irlanda en las proximidades de los monasterios. Un blanco sendero, alto y solitario, se aleja hacia el oeste, pasando ante la torre, y se pierde al pie de las lejanas montañas. Es el atardecer. Anchos paños de un verde sedoso recorren el cielo irlandés. Se pone el sol.

Un hombre con el rostro de un santo joven, a pesar de los blancos cabellos y los cincuenta años a cuestas, se halla cerca de la piedra poseído de intensa melancolía, con la retirada fija más allá de las montañas, como si por la sola intensidad de su mirada pudiera penetrar la gloria del ocaso y contemplar las calles del cielo. Viste de negro y su apariencia es más sacerdotal que la de muchos ingleses de nuestros días, aunque no usa el cuello y la chaqueta de un párroco. Le arranca de su trance el chirriar de un insecto posado en un manojo de hierbas que crece en una grieta de la piedra. Su rostro se calma: tranquilo y con gravedad se inclina y descubre ante el manojo, en tanto que se dirige al insecto en un acento irlandés que es la jocosa arrogancia de un caballero y no el lenguaje natural de un campesino.

EL HOMBRE.-¿Y éste es usted, señor Saltamontes? Espero hallarle bien en esta linda tarde.

EL SALTAMONTES *(rápido y chillón en sus respuestas). (Pronuncia kss, kss.)*

EL HOMBRE *(alentador).*-Está bien. ¿Supongo entonces que ha venido usted aquí a sentirse infeliz admirando la puesta de sol?

EL SALTAMONTES *(tristemente).*-X. X.

EL HOMBRE.-Ah, es usted un legítimo saltamontes irlandés.

EL SALTAMONTES *(más alto).*-X. X. X.

EL HOMBRE.-Tres burras por la vieja Irlanda, ¿eh? Eso le ayuda a sobrellevar la miseria y la pobreza y el tormento, ¿verdad?

EL SALTAMONTES (*quejumbroso*).-X. X.

EL HOMBRE.-Ah, de nada sirve, mi pobre amiguito. Aunque pudiera saltar a tanta distancia como un canguro, no podría alejarse de su propio corazón y su castigo. Desde aquí el cielo sólo puede verse: no puede alcanzarse. ¡Ahí está! *(Señalando con su bastón la puesta de sol.)* El pórtico de la gloria, ¿verdad?

EL SALTAMONTES *(asintiendo*). X. X.

EL HOMBRE.-Claro que el sabio saltamontes tenía que saberlo. Pero dígame usted, Sabio Espiritual, ¿por qué la vista del cielo atormenta su corazón y el mío, como la vista del agua bendita aflige el corazón del diablo? ¿Qué iniquidad ha cometido para atraer sobre sí tal maldición? ¡Epa! ¿Adónde va saltando? ¿Dónde están sus buenos modales que quiere disparar como cohete en mitad de su confesión? (Lo amenaza con su bastón.)

EL SALTAMONTES (penitente). X.

EL HOMBRE (bajando el bastón).-Acepto su disculpa; pero no vuelva a hacerlo. Y ahora respóndame una cosa, antes de que le permita retirarse a descansar. ¿Qué diría usted de este país: es infierno o purgatorio?

EL SALTAMONTES.-X. X.

EL HOMBRE.-¡Infierno! Doy fe de que tiene razón. ¿Quisiera explicarme qué hicimos usted y yo mientras vivíamos, para que quisieran enviarnos aquí?

EL SALTAMONTES (chillón).-X. X.

EL HOMBRE *(asintiendo).*-Sí, bien dice usted, es una cuestión delicada y no quiero insistir. Puede irse.

EL SALTAMONTES.-X. X. *(Se aleja saltando.)*

EL HOMBRE (sacudiendo su bastón).-¡Dios te lleve! *(Se encamina, pasando la piedra, hacia la cumbre de la montaña. Inmediatamente un joven labriega surge de atrás de la piedra can la cara contraída por el terror.)*

EL LABRIEGO *(haciendo la señal de la cruz repetidas veces).* - ¡Oh, loado sea el Señor! ¡Loado sea Dios! ¡Oh, madre Bendita y todos los santos! ¡Oh, crimen! ¡Crimen! (Fuera de sí, llamando.) ¡Padre Keegan! ¡Padre Keegan!

EL HOMBRE *(volviéndose).* - ¿Quién está allí? ¿Quién es? (Regresa y encuentra al labriego, que se abraza a sus rodillas.) ¡Patsy Farrell! ¿Qué haces tú aquí?

PATSY.-Oh, por amor de Dios, no me deje solo aquí con el saltamontes. Oí cómo hablaba con usted. Que no me haga nada, Padre querido...

KEEGAN.-Levántate, pedazo de tonto, levántate. ¿Tienes miedo de un pobre insecto, porque fingí que hablaba conmigo?

PATSY.-Oh, si era cierto, Padre querido. ¿No oyó usted que gritó tres hurras y dijo que esto era un maldito infierno? Oh, diga que sí, que me acompañará a casa,

Padre; y bendígame o haga algo. *(Gime despavorido.)*

KEEGAN. - ¿Qué hacías tú allí, Patsy; escuchabas? ¿Me espiabas?

Librodot

PATSY.-No, Padre: juro por mi alma que no: estaba esperando que llegara el señorito Larry para llevar su equipaje desde el auto; y me quedé dormido sobre la hierba; y usted me despertó hablando con el saltamontes; y yo pude oír su vocecita perversa. ¿Oh, cree usted que me moriré antes de que termine el año, Padre?

KEEGAN. - ¡Qué vergüenza, Patsy! ¿Con que esa es tu religión, que te asustas de un pobrecito, mísero saltamontes? Suponte que fuera el diablo, ¿qué derecho tienes de temerle? Si todavía pudiera darle alcance te obligaría a llevarlo contigo a tu casa, dentro de tu sombrero, en penitencia.

PATSY.-Claro que si usted no permite que me haga nada, no tengo miedo, su reverencia. *(Se incorpora un tanto tranquilizado. Es un pichón de muchacho, de un rubio desmochado, barbilampiño, aunque con el mentón velloso, ya crecido pero no del todo desarrollado, con ojos azules y una expresión instintivamente estudiada de desamparo y estupidez, que demuestra, no ya su verdadero carácter, sino una sagacidad desarrollada por el constante temor a una dominación hostil que habitualmente intenta desarmar y descubrir fingiendo ser un tonto más redomado de lo que es en realidad. Los ingleses le creen bastante ingenioso, que es exactamente lo que él quiere hacerles creer. Viste pantalones de corderoy, chaqueta sin abotonar y rústica camisa azul a rayas.)*

KEEGAN *(amonestándole).* -Patsy: ¿no te dije que no me llamaras Padre Keegan ni su reverencia? ¿Qué te dijo el Padre Dempsey?

PATSY.-Sí, Padre.

KEEGAN. - ¡Padre...!

PATSY *(desesperado).-Caray,* ¿cómo debo decirle entonces? El Padre Dempsey dice que usted no es párroco; y todos sabemos que usted no es hombre; ¿y qué sabemos qué puede pasarnos si no lo tratamos con debido respeto? ¿No se dice acaso que un párroco no siempre fue párroco?

KEEGAN *(severamente),-No* te corresponde a ti, Patsy, pretender investigar las instrucciones de tu párroco y ponerte en juez para discernir si tu iglesia tiene o no tiene razón.

PATSY. -Lo sé muy bien, señor.

KEEGAN.-La iglesia me permitió ser su ministro en tanto que me consideró equipado para esa tarea. Cuando me privó de mi servicio quiso que supieras que yo no era más que un pobre loco, incapaz e indigno de cuidar de las almas del pueblo.

Librodot

PATSY. - ¿Pero no era porque usted sabía más latín que el Padre Dempsey y él sentía celos de usted?

KEEGAN *(en reproche, para evitar una sonrisa).*¡Cómo te atreves, Patsy Farrell, a poner tus perversos despechos en el corazón de tu párroco? Por una cosa de nada iría a contarle lo que acabas de decirme.

PATSY *(persuasivo).-No* irá usted a hacer eso...

KEEGAN. - ¿Que no... ? ¡Dios te libre y guarde! ¡Eres poco menos que un ateo!

PATSY.-Eso no soy, Padre: es mi hermano el hojalatero de Dublin en quien está usted pensando. Claro que él tuvo que hacerse liberal cuando aprendió un oficio y se fue a vivir a la ciudad.

KEEGAN.-Pues él llegará al cielo antes que tú, si te descuidas, Patsy. Y ahora escúchame bien, y de una vez por todas. Te dirigirás a mí y rezarás por mí con el nombre de Peter Keegan, así lo harás. Y cuando te enojes y estés a punto de alzar tu brazo contra el burro o de pisotear al pequeño saltamontes, recuerda que el burro es hermano de Peter Keegan, y el saltamontes es amigo de Peter Keegan. Y cuando estés tentado de arrojar una piedra a un pecador o un insulto a un pordiosero, recuerda que Peter Keegan es peor pecador y peor pordiosero, y guarda la piedra y el insulto para la próxima vez que me encuentres. Ahora dime, Dios te bendiga, Peter, antes de que me vaya, para que empieces a practicarlo.

PATSY.-*Eso no está bien, Padre. No puedo...*

KEEGAN.-Sí que puedes. Vamos, suéltalo; o pondré este bastón en tu mano y te obligaré a golpearme con él.

PATSY *(echándose de rodillas en un éxtasis de adoración*).-Seguro estoy de que quiero su bendición, Padre Keegan. No tendré suerte sin ella.

KEEGAN *(sobresaltado).*-Quita de allí, hombre. No te arrodilles ante mí. Yo no soy un santo.

PATSY *(con intensa convicción*).-Oh, verdad que lo es, señor. *(Se oye chirriar al saltamontes. Patsy, aterrorizado, oprime fuertemente las manos de Keegan entre las suyas.)* Que no se me suba, Padre: haré todo lo que me pida.

KEEGAN *(trata de hacerle incorporar).* - ¡Si habrá animal! ¿No ves que chirrió para avisarme que se acercaba la señorita Reilly? ¡Eso! Mírala y recobra tu calma si te queda vergüenza. Y véte al camino: no alcanzarás el auto si no te apuras. *(Empujándolo por el declive de la ladera.) Ya veo el polvo en la hondonada.*

PATSY. -¡El Señor nos guarde! *(Desciende la montaña hacia el camino como un perseguido.)*

Nora Reilly desciende la colina. Es una mujer debilucha que viste un lindo vestido de muselina estampada (el mejor que tiene), es decir, una figura muy común para los ojos irlandeses; pero en los habitantes de países modernos, bien alimentados, macizos, activos y bulliciosos produce una impresión muy diferente. La ausencia en ella de todo síntoma de tosquedad, crudeza o apetito, su comparativa delicadeza de modales y sensibilidad, sus manos delgadas y esbelta figura, su extraño acento ingenuo, unido a la quejumbrosa y acariciarte melodía irlandesa de su hablar, le otorgan un encanto que es tanto más efectivo porque, como no ha viajado casi, no tiene conciencia de ello ni sueña con dramatizarlo y explotarlo deliberadamente como hace la mujer irlandesa en Inglaterra. Para Tom Broadbent, por lo tanto, es una mujer atractiva a quien estaría a punto de llamar etérea. Para Larry Doyle es una mujer vulgar, que pertenece al siglo diecinueve; indefensa, inútil, casi asexual, es una inválida sin la excusa de una enfermedad, la encarnación de todo lo que le impulsó a alejarse de Irlanda. Estos criterios tienen poco valor y ninguna finalidad; pero de ellos depende la suerte de Nora en el presente. Keegan lleva una mano al sombrero cuando ella se le acerca, pero no se lo quita.

NORA.-Señor Keegan: quisiera hablar un momento con usted, si no tiene inconveniente.

KEEGAN *(abandonando el irlandés vernáculo que usara con Patsy).*-Hasta una hora, si usted gusta, señorita Reilly: usted siempre es bienvenida. ¿Nos sentamos?

NORA.-Gracias. *(Se sientan en el brezal. Ella es tímida y está angustiada, pero va rápidamente a la cuestión que la preocupa porque no puede pensar 'en otra cosa.)* Dicen que viajó usted más que bastante en cierta época.

KEEGAN.-Pues verá usted, yo no soy hombre de Maynooth *(quiere significar con esto que no ha estudiado en el Colegio Maynooth).* Cuando joven admiraba la antigua generación de clérigos educados en Salamanca. De modo que cuando sentí profundamente mi vocación me fui a Salamanca. Caminé luego desde Salamanca a Roma, y estuve allí en un monasterio durante un año. Mi peregrinación a Roma me enseñó que caminar es mejor medio de transporte que andar en tren; de modo que caminé desde Roma hasta la Sorbona de París; y hubiera preferido caminar de París a Oxford, porque me sentí muy mareado en alta mar. Después de un año en Oxford

Librodot

debí caminar hasta Jerusalén para librarme de la sensación que me dejara Oxford. De Jerusalén regresé a Patmos y viví seis meses en el monasterio del Monte Atos. De allí me vine a Irlanda y aquí oficié de párroco hasta que me volví loco.

NORA *(sobresaltada).-Oh,* no diga usted eso.

KEEGAN.-¿Por qué no? ¿No sabe acaso lo que se dice? De cómo yo confesé a un hombre negro y le di la absolución; y de cómo él me hechizó y me volvió loco.

NORA. - ¿Cómo puede usted decir tamaña tontería sobre usted mismo? ¡Vergüenza debía darle!

KEEGAN.-No son tonterías: es la verdad... en cierto modo. Pero olvídese del hombre negro. Ahora sabe ya cuánto he viajado; ¿qué puedo hacer por usted? *(Ella titubea, tironea de los brezos. Él detiene su mano con suavidad.)* Mi querida señorita Nora: no arranque las florecillas. Si se tratara de un hermoso bebé, ¿verdad que usted no querría arrancarle la cabecita y ponerla en un vaso de agua donde pudiera verla? *(El saltamontes chirría: Keegan se vuelve y le habla en su irlandés vernáculo.)* Quédese tranquilo, hijo mío: ella no arruinará el columpio de su parquecito. *(A Nora, retomando su acento de urbanidad.)* Ya ve que estoy bastante destornillado; pero no se preocupe; soy inofensivo. ¿Qué le sucede?

NORA (*turbada*).-Oh, simple curiosidad. Quería saber si Irlanda, es decir la campiña de Irlanda, claro, le había parecido demasiado estrecha y atrasada cuando volvió usted de Roma y de Oxford y todas aquellas grandes ciudades.

KEEGAN.-En aquellas grandes ciudades vi maravillas que nunca había visto en Irlanda. Pero cuando regresé a Irlanda hallé todas esas maravillas aguardándome aquí. Habían estado allí todo el tiempo, pero mis ojos no estaban abiertos a ellas. Yo no había sabido cómo era mi propia casa, porque nunca había estado fuera de ella.

NORA. - ¿Cree usted que eso les sucede a todos?

KEEGAN.-Sí, a todos aquellos que ven con los ojos del alma y también con los del rostro.

NORA. -Pero dígame ahora sinceramente, ¿no le parecieron las gentes algo decepcionantes? Yo pensaría que las muchachas debieron parecerle algo toscas y desaliñadas, después de las princesas y las damas extranjeras que habrá visto. Aunque supongo que un párroco no repararía en esas cosas.

KEEGAN. -Es parte del negocio de un párroco observarlo todo. No le contaré todo lo que advertí en las mujeres, pero algo sí le diré. Cuanto más sepa un hombre, y cuánto

Librodot

más lejos le lleven sus viajes, es tanto más probable que termine casándose con una muchacha de campo.

NORA *(ruborizándose encantada).-Oh,* usted bromea, señor Keegan: estoy segura.

KEEGAN.-Mis bromas son la más pura verdad. La verdad es la broma más graciosa del mundo.

NORA *(incrédula).-* ¡No me venga usted con eso!

KEEGAN *(incorporándose* activo).-¿Quiere que bajemos a la carretera para salir al encuentro del auto? *(Ella le tiende* una mano y él la ayuda a incorporarse.) Patsy Farrell me dijo que esperaba usted al joven Doyle.

NORA *(alzando inmediatamente la barbilla).* - Oh, no es que lo espere especialmente. Para mí es un milagro que haya vuelto siquiera. Después de estar alejado por dieciocho años, mal puede esperar que tengamos muchas ansias de verle, ¿no es así?

KEEGAN**.-**Pues ansias tal vez no; pero tendrá usted curiosidad de ver cuánto ha cambiado en todos estos años.

NORA *(con repentina tristeza).* Supongo que eso es lo que le trae a nosotros, ver cuánto hemos cambiado. Pues, puede esperar a verme de noche: no he venido aquí a esperarle; me iré caminando hasta la torre redonda. *(Se dirige hacia el oeste, cortando camino por la montaña.)*

KEEGAN.-No podría usted hacer nada mejor en tarde tan hermosa. *(Grave.)* Yo le diré adónde ha ido. *(Ella se vuelve como para impedírselo; pero la profunda comprensión que anida en los ojos de él se lo prohibe; y ella sólo le mira encarecidamente y se va. Él la ve desaparecer al otro lado de la montaña y dice.)* Ah, ha vuelto para atormentarte; y ya estás tú dispuesta a atormentarle. *(Menea la cabeza y se aleja lentamente por la montaña, en dirección opuesta, perdido en sus pensamientos.)*

Para entonces la diligencia ha llegado al camino real y de ella descienden tres de sus pasajeros. El vehículo es un monstruoso coche de excursión, negro y destartalado, último sobreviviente quizá de aquellos vehículos públicos que anteriores generaciones llamaron autos Biyankiny, prestando los irlandeses su propia acentuación violenta al nombre de su creador, un tal Bianconi, italiano industrioso. Los tres pasajeros son el párroco, Padre Dempsey, Cornelius Doyle, padre de Larry, y Broadbent, todos con sendos abrigos y tan rígidos como sólo en un automóvil irlandés puede estarse.

El párroco, sólido y paternal, está muy lejos de ese gallardo prototipo de pastor rural que representa el genio del sacerdocio; pero está igualmente muy por encima del prototipo

Librodot

básico del campesino de espíritu vigoroso y falto de escrúpulos que utiliza la iglesia para obtener dinero, poder y privilegios. Se ha hecho párroco no por vocación ni por ambición, sino porque esa vida le satisface ampliamente. Tiene ilimitada autoridad sobre sus feligreses y les impone contribuciones suficientes para hacer de él un hombre rico. El antiguo predominio de los protestantes ya no puede hostigarle. Y en fin, que es un hombre sereno, amable, aun molesto, mientras sus tributos sean satisfechos y su autoridad y dignidad sean admitidas sin restricciones.

Cornelius Doyle es un anciano delgaducho, aunque fuerte y nervioso, de rostro obstinado, más bien preocupado, bien afeitado excepto por las patillas rufas que al blanquearse se tornan de un amarillo opaco completamente blanco en las raíces. Su vestimenta es la de un hombre de negocios, de pueblo; es decir, viste un avejentado traje de caza y botas con elástico a los costados que nada tienen que ver con la caza. Intimidado por la presencia de Broadbent, se muestra precipitado, que es su modo de tratar de aparecer cordial.

Broadbent, por razones que se verán después, no trae más equipaje que un anteojo de largavista y una guía de viajero. Los otros dos han confiado sus respectivas cargas al infortunado Patsy Farrell, que asciende trabajosamente la montaña detrás de ellos, cargado con una bolsa de papas, ¡in cesto, un ganso bien cebado, un salmón colosal y varios paquetes envueltos en papel.

Cornelius emprende la marcha ascendiendo la montaña y Broadbent va pisándole los talones. Detrás suyo sigue el párroco y Patsy sigue rezagado detrás de ellos.

COENELIUS.-Esta es una ascensión regularcita, señor Broadbent; pero es mucho más corto que bordear el camino.

BROADBENT *(deteniéndose* a examinar la *enorme pie*dra).-Un momento, señor Doyle, quiero contemplar esta piedra. Debe ser el "dado arrojado" por Fingal[22].

CORNELIUS *(en perplejo azoramiento).-¿*Qué*?*

BROADBENT.-Murray lo describe. Uno de vuestros héroes nacionales... no sé pronunciarlo... Finn Alguien, creo.

PADRE DEMPSEY (a la vez *perplejo y escandalizado).* - ¿Se refiere a Fino Mac Cumaill, acaso?

[22] *Fino Mac Cumaill, poema en prosa de Macpherson, atribuído por él al bardo gaélico Osián. Aquella poesía melancólica fue acogida entusiastamente por una época cansada de razonamiento y de crítica. Al príncipe irlandés Mac Cumaill dio Macpherson el nombre de Fingal, quizá por aquella célebre gruta escocesa que los celtas llamaron "la gruta musical".*

Librodot

BROADBENT.-Puede que sí. *(Consultando su* guía *de* viajero.) Dice Murray que una piedra enorme; probablemente de origen druídico, es señalada aun en nuestros días como el dado arrojado por Fingal en su famosa contienda con el diablo.

CORNEMUS *(dubitativo).-¡Jamás* he oído una sola palabra del asunto!

PADRE DEMPSEY *(con mucha seriedad y hasta con al*guna *severidad).-No* crea ninguna de esas tonterías, señor. Nunca hubo tal cosa. Cuando le hablen de Fino Mac Cumaill y los de su índole, no pare mientes en ello. Son supersticiones, historias necias.

BROADBENT (algo *indignado, porque que un párroco irlandés le reprenda por supersticioso es más de lo que puede soportar).* -No se imaginará que yo lo he creído, ¿verdad?

PADRE DEMPSEY.-Oh, me pareció. ¿Ve allí la cumbre de esa torre redonda? Eso sí es algo antiguo que vale la pena contemplar.

BROADBENT *(profundamente interesado).-¿Tiene us*ted alguna teoría acerca del uso a que se destinaban esas torres redondas?

PADRE DEMPSEY (algo *ofendido).-¿Una* teoría? ¡Yo! *(Las teorías se relacionan en su mente con el difunto profesor Tyndall y, en general, con el escepticismo científico; quizá también con la opinión de que las torres redondas son símbolos fálicos.)*

CORNELIUS *(con reproche).-El* Padre Dempsey es el ministro de la parroquia, señor Broadbent. ¿Qué haría él con una teoría?

PADRE DEMPSEY *(con amable* énfasis).-Tengo *conocimiento* del significado de las torres redondas, si eso es lo que usted quiere decir. Son los dedos índices de la antigua iglesia apuntando hacia Dios.

Patsy, intolerablemente cargado, pierde el equilibrio y cae sentado. Su carga se desparrama por la ladera en todas direcciones. Cornelius y el Padre Dempsey se vuelven furiosos contra él, *mientras Broadbent continúa sonriendo a la piedra y la torre con fatuo interés.*

CORNEMUS. - ¡Oh, menos que burro! ¡El salmón se ha partido en dos! Ah, asno estúpido, ¿qué pretendes?

PADRE DEMPSEY. - ¿Estás borracho, Patsy Farrell? ¿Te dije que llevaras ese cesto con cuidado, o no te dije?

PATSY *(frotándose la cabeza, que podría romper una laja de granito*).-Fue que mi pie resbaló. ¿Cómo puedo llevar la carga de tres hombres a la vez?

PADRE DEMPSEY,-Se te dijo que dejaras atrás lo que no pudieras cargar, y que luego volvieras por el resto.

PATSY, - ¿Y las cosas de quién iba a dejar atrás? ¿Qué hubiera pensado su reverencia si yo abandonaba su cesto

sobre la hierba húmeda, y qué hubiera dicho mi amo si dejaba el salmón y el ganso a un lado del camino para que se lo llevara el primero que pasara?

CORNELIUS.-¡Oh, no te faltará qué decir en tu propia defensa, chiflado, dedos de mantequilla! Espera a que tía Judy vea el estado en que llega este salmón *y ella* hablará contigo. Vamos, alcánzame el ave y el pescado, y carga el cesto del Padre Dempsey hasta su casa; luego regresa por el resto.

PADRE DEMPSEY. - Hazlo así, Patsy. ¡Y cuidado con volver a caerte!

PATSY.-Claro... yo...

CORNELIUS *(apresurándote a ascender la montaña).*¡Caray! Aquí viene tía Judy. *(Patsy se aleja refunfuñando mientras lleva a cuestas el cesto del Padre Dempsey.)*

Tía Judy desciende la montaña. Es una mujer de 50 años, nada notable, animada y activa, aunque sin energía ni fuerza, plácida sin calma, amable sin importársele nada de los demás, hasta sin importársele mucho de sí misma; fruto resignado de una vida estrecha, uniforme y sin luchas. Lleva los cabellos partidos en el centro y suavemente peinados hacia atrás, con un rodete aplastado sobre la nuca. Su vestido es una sencilla túnica castaña, con una esclavista de color negro y malva sobre los hombros, todo muy acicalado en honor a la ocasión. Mira en derredor buscando a Larry; extrañada, contempla incrédula a Broadbent.

TÍA JUDY. - ¡Por Dios, no puedes ser tú, Larry!

CORNELIUS. - ¿Pero como va a ser Larry, mujer? Larry, por lo visto, no tiene apuro en llegar a casa. Mis ojos aún no le han visto. Este es su amigo, el señor Broadbent. Señor Broadbent: la presento a mi hermana Judy.

TÍA JUDY *(hospitalaria, se aproxima a Broadbent y estrecha su mano cordialmente).*-*¡Señor* Broadbent! ¡Vea que confundirlo con Larry! Cierto es que no le hemos visto en dieciocho años y que no era más que un muchacho cuando nos dejó.

BROADBENT.-No es culpa de Larry: él debía estar aquí antes que yo. Partió en nuestro automóvil una hora antes de que llegara el señor Doyle para encontrarnos en Athenmullet; Larry tenía intenciones de llegar aquí mucho antes que yo.

TÍA JUDY.- ¡Dios nos proteja! ¿Le parece que habrá tenido un accidente?

BROADBENT.-No. Telegrafió diciendo que el auto se había descompuesto y que trataría de seguir viaje lo más pronto posible. Espera llegar aquí a eso de las diez.

TÍA JUDY. - ¡Ahí tienen! ¡Imagínenlo venirse solo en auto y todos nosotros esperándole! ¡Muy de él! Nunca hará nada igual que los demás. Bueno, lo que no se puede curar, hay que soportar. Vengan, vamos. Debe estar muriéndose por tomar su té, señor Broadbent.

BROADBENT *(con ligero sobresalto).* - Oh, me parece que es demasiado tarde para tomar el té. *(Consulta su reloj.)*

TÍA JUDY.-De ningún modo: nunca lo tomamos antes de esta hora. ¿Le habrán servido una buena comida en Athenmullet?

BROADBENT *(tratando de ocultar* Su *consternación al comprender que no le servirán de comer después de su viaje*). ¡Oh!... este... excelente, excelente. A propósito, ¿no será mejor que reserve una habitación en el hotel? *(Le miran fijamente.)*

CORNEMUS.- ¡El hotel!

PADRE DEMPSEY, - ¿Qué hotel?

TÍA JUDY. - ¡Que va usted a ir al hotel! Se quedará aquí con nosotros. Yo le habría acomodado en la habitación de Larry, sólo que la cama del chico es demasiado corta para usted; pero le arreglaremos una buena cama en el sofá de la sala.

BROADBENT.-Es usted muy amable, señorita Doyle; pero en verdad me avergüenza molestarla tanto inútilmente. No me molesta parar en el hotel.

PADRE DEMPSEY.- ¡Pero, hombre, si no hay hotel en Rosscullen! ...

BROADBENT. -¡No hay hotel! ¡Pero si el conductor me dijo que aquí tenían el mejor hotel de Irlanda. (Todos le contemplan con tristeza.)

TÍA JUDY. -¿Y qué otra cosa puede decirle uno de ésos? Siempre van a decir lo que signifique menor trabajo para ellos y resulte más agradable a usted, para ver de ganarse una buena moneda o alguna cosa.

BROADBENT.-Habrá entonces una posada pública.

PADRE DEMPSEY (*ceñudo*).-Hay diecisiete.

TÍA JUDY. - ¡Ah! ¿Pero cómo va a ir a parar a una posada? Aunque fuera un sitio apropiado, tampoco tendrían lugar donde ponerle. ¡Vamos! ¿O es que no le gusta la idea del sofá? Si es así, le cedo mi cama. Yo puedo dormir con Nora.

BROADBENT.-No, no, de ninguna manera; yo estaría encantado. Pero eso de trastornar sus preparativos de ese modo. . .

Librodot

CORNELIUS (deseoso de poner fin a la discusión, porque le hace avergonzarse de su hogar; adivina que la norma de comodidad a que Broadbent está acostumbrado es mucho más exigente que la que concibe su hermana).-Está bien; no será ninguna molestia. ¿Dónde está Nora?

TÍA JUDY. - Oh, ¿y cómo voy a saberlo? Se escapó hace un rato; pensé que iría al encuentro del automóvil.

CORNELIUS (*descontento*).-Me extraña de parte de ella que se escapara en un momento así.

VA JUDY.-No hay nada que hacer, es una muchacha extraña en todo. Vamos. Vamos.

PADRE DEMPSEY.-Diré buenas noches, señor Broadbent. Si hay algo que pueda hacer por usted en esta parroquia, hágamelo saber. *(Estrecha la mano de Broadbent.)*

BROADBENT *(efusivamente cordial).*-Muchas gracias, Padre Dempsey. Encantado de haberle conocido.

PADRE DEMPSEY *(dirigiéndose a tía Judy).*-Buenas noches, señorita Doyle.

TÍA JUDY. - ¿No se queda a tomar el té, Padre Dempsey?

PADRE DEMPSEY.-Esta noche no; se lo agradezco mucho: tengo algo que hacer en casa. *(Se vuelve para retirarse y se encuentra con Patsy Farrell, que regresa aligerado de su carga.)* ¿Has dejado ese cesto en mi casa?

PATSY.-Sí, su reverencia.

PADRE DEMPSEY.-Buen muchacho. *(Se va.)*

PATSY *(a tía Judy).* - El Padre Keegan dice...

PADRE DEMPSEY *(volviéndose abruptamente).* - ¿Qué has dicho?

PATSY (*temeroso*).-El Padre Keegan...

PADRE DEMPSEY.-¿Cuántas veces me has oído decir que debes llamar al señor Keegan por su propio nombre, igual que yo? ¡Vaya. . . Padre Keegan! ¿No puedes ver acaso la diferencia entre tu párroco y cualquier viejo loco con hábitos negros?

PATSY.-Claro, pero tengo miedo de que me embruje.

PADRE DEMPSEY (*colérico*).-Cuídate de lo que dices, o seré yo quien te embruje hasta tal punto que no quieras más. ¿Lo tendrás en cuenta, por fin? *(Se retira hacia su casa.)*

Patsy desciende la montaña para recobrar el pescado, el ave y la maleta.

TÍA JUDY.- ¡Ah!, ¿por qué no puedes guardar esa lengua, Patsy, delante del Padre Dempsey?

Librodot

PATSY. -Bueno, ¿y qué podría hacer? El Padre Keegan me pidió que dijera que la señorita Nora se fue hasta la torre redonda.

TÍA JUDY.-¿Y no podías esperar hasta que el Padre Dempsey se fuera?

PATSY.-Tenía miedo de olvidarme y después quién sabe si no me mandaba el saltamontes o el mirón oscurito, en la noche, para recordarme. *(El mirón oscurito es el lagarto gris común, que, según los campesinos irlandeses, muerde el cuello de los dormidos incautos, causándoles la muerte por lenta consunción.)*

CORNELIUS.-¡Vaya, grandísimo imbécil! ¡Tú, con tus búhos y tus saltamontes! Vaya, recoge aquellas cosas y que no vuelva a oír una palabra más de tus labios necios. *(Patsy obedece.)* Puedes echarte el salmón bajo la axila. (Coloca *el salmón bajo la* axila *de* Patsy.)

PATSY,-Puedo llevar el ganso también, amo. Échemelo a la espalda y póngame el cuello en la boca. *(Cornelius, irreflexivo,* está a punto *de obedecer.)*

TÍA JUDY *(considerando que la presencia de Broadbent demanda extrema* puntillosidad).-¡Vergüenza debía darte, Patsy! ¡Querer llevar el ganso por la boca cuando todos tenemos que comerlo después! El amo lo traerá luego. (*Patsy, confundido, pero* irritado sin embargo por tan *ridícula melindrería, asciende* la montaña con su *carga.)*

CORNELIUS.-.¿Por qué querría ir Nora hasta la torre redonda?

TÍA JUDY,-¡Oh, sólo el Señor lo sabe! Por romántica, supongo. Tal vez creyera que Larry iría a buscarla para traerla de vuelta a casa.

BROADBENT.-Temo que todo haya sido culpa del automóvil. La señorita Reilly no debería quedarse afuera esperando; luego tendrá que volverse sola de noche. ¿Voy por ella?

TÍA JUDY *(desdeñosa).* - ¿Y qué podría pasarle? Apúrate a entrar, Corney. Pase, señor Broadbent. Dejé el té sobre el hogar y estará negro si no nos apuramos.

Ascienden la montaña. *Es* la hora *del crepúsculo. Broadbent, al fin de cuentas, no lo pasa tan mal a* la mesa *de tía Judy. No sólo le ofrecen té y pan con manteca, sino* más *chuletas de las que* jamás hubiera creído *posible engullir de una sola vez. Le sirven también un plato muy alimenticio que llaman queso de* papas. *Apenas* sus *te*mores *de* morirse de hambre son reemplazados *por el primer recelo de que ha comido demasiado y* mañana estará *arrepentido, cuando siente su* apetito estimulado por la apar*ición de* urca botella *de whisky ilícitamente destilado, que llaman "potchin" (él lo llama "pottin"), del cual ha oído hablar y contar y que por fin* está *a* punto *de probar. Su buen* humor *crece* hasta lindar con la excitación, aun antes *de que Cornelius dé señales de somnolencia. El*

Librodot

contraste entre la vajilla *de* tía *Judy y* la *que sirven en los hoteles costaneros donde Broadbent transcurre sus viernes-a-martes semanales cuando* está *en Londres, se le* antoja encantador*amente irlandés. La atrofia casi total en Cornelius de toda sensación de placer o posible tolerancia de que la vida sea algo* más *que una ronda de sórdidas preocupaciones* mit*igadas por el tabaco, el ponche, las lindas mañanas y los éxitos insignificantes de* compra y *venta,* impresiona a su *huésped* como la caprichosa *afectación de un perspicaz* humorista *e incorregible manirroto irlandés. Tía Judy se le antoja la encarnación de una* broma. La probabilidad *de que esa* broma *pueda tornarse insípida con el correr de* un mes, *y de que* muy probablemente *los nativos de Rosscullen no la adviertan siquiera en ningún momento, o de que inconscientemente esté él divirtiendo a tía Judy con su fantástica personalidad y pronunciación inglesa, no llega a ocurrírsele ni por un momento. Al final está tan encantado y tan poco dispuesto a irse a la cama y soñar quizá con la prosaica Inglaterra, que insiste en salir a fumar un cigarro y caminar hasta la torre redonda en busca de Nora Reilly. No es que se requiera una insistencia especial, porque las costumbres restrictivas inglesas no parecen existir en Rosscullen. Así como el deseo de Nora de faltar a una comida y quedarse en la torre redonda es considerado razón suficiente para ello y para que la familia vaya a acostarse dejando la puerta abierta, así el capricho de Broadbent de salir a caminar no provoca protestas hospitalarias ni sorpresa alguna. A decir verdad, tía Judy prefiere verse libre de él mientras prepara la cama en el sofá. De modo que él se aleja, bien alimentado, contento y entusiasta, a explorar el valle a la luz de la luna.*

La torre redonda se alza a casi media milla irlandesa de Rosscullen, a casi cincuenta metros al sur de la carretera, en una loma bordeada de hierbas silvestres. La carretera cruzaba antes por la loma; pero la ingeniería moderna ha disminuido el nivel de acuerdo a lar posibilidades del automóvil, trazando la carretera alrededor de la loma y por un atajo; un sendero asciende el terraplén hasta la torre por entre zarzas y aliagas.

Al borde de esta ladera, al final del sendero, Nora aguza sus ojos en la luz lunar y espera a Larry. Al fin abandona su espera con un sollozo de impaciencia y retrocede hasta el musgoso pie de la torre, donde, desalentada, se sienta y llora un poquito. Luego se instala resignadamente a esperar y tararea una canción -que no es una melodía irlandesa, sino una trillada balada inglesa de hace dos temporadas-, hasta que un leve sonido le sugiere el ruido de pasos; se incorpora ansiosa y corre otra vez hasta el borde de la ladera.

Siguen algunos momentos de silencio y suspenso, interrumpidos por un inconfundible ruido de pasos. Al ver que un hombre se acerca, deja escapar un grito entrecortado.

NORA. -¿Eres tú, Larry*? (Algo asustada.)* ¿Quién es?

LA VOZ DE BROADBENT *(desde el sendero*).-No hay de qué asustarse.

NORA. - ¡Oh, qué acento tan inglés tienes!

BROADBENT *(dejándose ver).*-Debo presentarme...

NOR*A (violentamente sorprendida, retrocede).*- ¡No es él! ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

BROADBENT.-Lamento haberla asustado, señorita Reilly. Me llamo Broadbent. Soy el amigo de Larry.

NORA *(estremecida).* - ¿Y no ha venido el señor Doyle con usted?

BROADBENT.-No. He venido yo en cambio. Espero no ser mal acogido.

NORA *(profundamente mortificada).*-Lamento que el señor Doyle le ocasionara esta molestia, créame.

BROADBENT.-Verá usted, señorita; como extranjero e inglés que soy, pensé que sería interesante visitar la torre redonda a la luz de la luna.

NORA.-¡Ah, vino usted a ver la torre! Pensé... *(Confusa, tratando de recobrar la calma.)* Por supuesto. Me sorprendí tanto... ¿Es una noche hermosa, verdad?

BROADBENT.-Encantadora. Debo explicarle la *razón* de *que no viniera Larry* personalmente.

NORA. *-¿Y por qué había de venir? É1 ha visto la torre con demasiada frecuencia; para él no tiene ninguna atracción. (Cortés.)* ¿Y qué le parece Irlanda, señor Broadbent? ¿Ya había estado aquí alguna otra vez?

BROADBENT. -Nunca.

NORA. - ¿Y le gusta?

BROADBENT *(revelando súbitamente su exagerado sentimentalismo*).-A duras penas puedo expresar cuánto me agrada. La magia de esta escena irlandesa, y. . . no quisiera ser demasiado personal, señorita Reilly; pero el encanto de su voz irlandesa...

NORA *(demasiado acostumbrada a la galantería para atribuirle seriedad alguna).*- ¡Oh, déjese, señor Broadbent! Ya está usted quebrando su corazón por mí, después de verme dos minutos en la oscuridad.

BROADBENT.-La voz es igualmente hermosa en la oscuridad. Además, yo había oído hablar mucho de usted a Larry.

NORA *(con amarga indiferencia).-¡No* diga! Bueno, ese es un gran honor, créame.

BROADBENT.-He aguardado con la mayor expectativa el momento de conocerla, a usted más que a cualquier otra cosa en Irlanda.

NORA *(irónica).* - ¡Quién diría!

BROADBENT.-Se lo aseguro. Ojalá me dedicara usted la mitad de ese interés.

NORA.-Oh, yo me moría por verle, créame. No se imagina el efecto que un inglés como usted produce entre nosotros, pobres irlandeses.

BROADBENT. -Vamos, ahora se está usted burlando de mí, señorita Reilly; usted sabe que eso no puede ser. No debe burlarse de mí. Siento verdadero fervor por Irlanda y todo lo irlandés. Siento fervor por usted y por Larry.

NORA.-Larry no tiene nada que ver conmigo, señor Broadbent.

BROADBENT.-Si yo pudiera creerlo, señorita Reilly, yo... bueno, yo me abandonaría a ese encanto de que

antes le hablé, mucho más profundamente de lo que yo... Yo...

NORA. -¿Está usted declarándome su amor?

BROADBENT *(asustado y completamente trastornado).*-Juraría que sí, señorita Reilly. Si vuelve usted a decirme esas palabras, no respondo de mí: todas las liras de Irlanda están en su voz. *(Ella se ríe de él. Él pierde súbitamente el dominio y la toma en sus brazos, para gran indignación de ella.)* No se ría, no se ría, le digo. Es fervor lo que siento... fervor inglés. Cuando digo algo así a una mujer, lo digo con toda intención. *(La suelta y trata de dominarse, a pesar de su aturdimiento.)* Le pido mil disculpas.

NORA. -¿Cómo se atreve a tocarme?

BROADBENT.-No son muchas las cosas que no me atreviera a hacer por usted. Quizás estas palabras no correspondan; pero yo, sinceramente... *(Se detiene y pasa* una mano por la *frente, sintiéndose perdido.)*

NORA.-Debería darle vergüenza. Me parece que si fuera usted un caballero, estando yo sola aquí, de noche, preferiría morir antes de hacer nada semejante.

BROADBENT. - ¿Quiere decir que he cometido una traición con Larry?

NORA.-Eso no. ¿Qué tiene que ver Larry con todo esto? Es un acto de irrespetuosidad y rudeza para conmigo: demuestra la opinión que tiene usted de mí. Puede seguir su camino ahora; yo seguiré el mío. Buenas noches, señor Broadbent.

BROADBENT.-No, se lo ruego, señorita Reilly. Un momento. Escúcheme. He sido sincero, desesperadamente sincero. Dígame que estoy traicionando a Larry y me iré de aquí derechamente a Londres, para nunca en mi vida volver a verla. Se lo juro por mi honor: cumpliré mi palabra. ¿Traiciono a Larry?

NORA *(respondiendo a pesar de sí misma, con repentina* amargura).-Yo creería que debe usted saberlo mejor que yo. Usted lo ha visto con más frecuencia que yo. A esta altura usted lo conoce mejor que yo. Usted ha venido a mí más prontamente que él, ¿no es así?

BROADBENT.-Yo quería decirle, señorita Reilly, que Larry aún no ha llegado a Rosscullen. Quiso llegar antes que yo, pero tuvo una avería en su automóvil y puede que no llegue hasta mañana.

NORA *(iluminándose* su *semblante).* -¿Es verdad eso?

BROADBENT.-Sí; eso es verdad. *(Ella emite un sus*piro *de alivio.)* ¿Se alegra usted?

NORA *(otra vez sublevada).*- ¡Que si me alegro! ¿Por qué debía alegrarme? Si le hemos esperado dieciocho años, podemos esperarle un día más, creo yo.

BROADBENT.-Si esos son sus sentimientos hacia él, cabe todavía una oportunidad para otro hombre. ¿No es así?

NORA *(profundamente ofendida).-Supongo* que las gentes son diferentes en Inglaterra, señor Broadbent; de modo que quizá no quiera usted significar nada malo. En Irlanda nadie se preocuparía de lo que un hombre pudiera decir en broma, ni tomaría ventaja de lo que una mujer pudiera responder a esa broma. Pero si una mujer no puede hablar con un hombre por dos minutos en su primer encuentro sin que la traten como usted me ha tratado, ninguna mujer decente hablaría jamás con un hombre.

BROADBENT.-Eso no lo comprendo. No lo admito. Yo soy sincero y mis intenciones son perfectamente honorables. Creo que usted aceptará el hecho de que soy un inglés, como garantía de que no soy hombre de procederes precipitados o románticos, aunque confieso que su voz ha tenido sobre mí un efecto tan extraordinario cuando me preguntó, hace un momento, de un modo tan exquisitamente arcaico, si estaba declarándole mi amor...

NORA *(sonrojándose).-Nunca* pensé que...

BROADBENT (*rápido*).-Claro que no. No soy tan estúpido que vaya a creerle. Pero no pude soportar que se riera usted del sentimiento que me había inspirado. Usted...

(lucha *nuevamente con* una *oleada de emoción)* usted no sabe lo que yo... *(Se* atora por un *momento,* y prorrumpe luego *bruscamente y con forzada entereza:)* ¿Aceptará ser mi esposa?

NORA *(con presteza).-Por* cierto que no. ¡Qué idea! *(Observándole con* curiosidad.) Vamos, venga conmigo, señor Broadbent, y vuelva en sí. Me parece que no está usted acostumbrado a nuestro "potchin" después del té de la noche.

BROADBENT *(horrorizado).* - ¿Quiere usted decirme, acaso, que yo. . . yo... yo... ¡Dios mío!, que yo le parezco borracho, señorita Reilly?

NORA *(compasiva).* - ¿Cuántas copas bebió usted?

BROADBENT *(indefenso).-Dos.*

NORA.-El aroma de la turba le impidió sentir su fuerza. Mejor será que venga a casa y se acueste.

BROADBENT *(temerosamente inquieto).-Pero* esa es una duda demasiado horrible para que mi mente se ponga a. .. a... Por amor de Dios, señorita Reilly, ¿cree usted que estoy realmente borracho?

NORA *(consoladora*).-Mañana por la mañana podrá juzgar usted mismo. Ahora vuelva conmigo y no piense más en todo ello. (Lo *toma del brazo con maternal solicitud y gentilmente le* instiga a avanzar por *el sendero.)*

BROADBENT *(cediendo en su desesperación).*-Debo estar borracho... espantosamente borracho, porque su voz me ha sacado de mis casillas... *(Tropieza con una piedra.) No;* le doy mi palabra, mi más sagrada palabra de honor, señorita Reilly, tropecé con esa piedra. Fue una casualidad, se lo aseguro.

NORA,-Sí, claro que sí. Tómeme del brazo, señor Broadbent, y descendamos el sendero sin más tropiezos. Después se sentirá bien.

BROADBENT *(sumiso, la toma del brazo),-No* puedo disculparme debidamente, señorita Reilly, ni expresarle cuánto aprecio su gentileza cuando me hallo en un estado tan lamentable. ¡Cómo he podido ser tan bes...! (Tro*pieza nuevamente.)* ¡Maldito brezo! Se me ha enredado en el pie.

NORA, - Firme ahora, firme. Venga conmigo, venga. *(Lo conduce hacia la carretera como a un borracho empedernido. Para él existe algo divino en la benevolente indulgencia que ella demuestra, en contraste con el airado disgusto con que una de sus compatriotas renegaría de su supuesta condición. Y él no abriga sospecha alguna del*

Librodot

hecho, o de la ignorancia de ella, de que cuando un inglés se pone sentimental su comportamiento se asemeja en mucho al de un irlandés cuando está borracho.)

FIN DEL ACTO II

ACTO III

A la mañana siguiente, Broadbent y Larry están sentados a ambos lados de una mesa de desayuno ubicada en medio de un reducido solar de césped, delante de la casa de Cornelius Doyle. Terminaron de comer y se han enterrado entre periódicos. Casi toda la loza se apila sobre una negra bandeja cuadrada, de laca. La tetera es de fina loza oscura. No hay piezas de plata sobre la mesa. La manteca, en un plato, se sirve en una sola pieza. El telón de fondo de esta mesa de desayuno lo constituye la casa, reducida construcción pizarreña, con puerta vidriada que sirve de acceso al edificio. Una persona que saliera al jardín por esta puerta hallaría la mesa ante si, y a su derecha, en medio del jardín, una verja que conduce a la carretera; o, si se volviera bruscamente hacia su izquierda, podría dar vuelta a la casa por entre un abandonado matorral. Una enorme, mutilada estatua de yeso, casi disuelta por las lluvias de un siglo; que vagamente se asemeja a una hembra majestuosa en túnica romana, con guirnalda de flores en la mano, se alza desdeñada entre los laureles. Estatuas como ésta, aunque parezcan obras de ate, crecen naturalmente en los jardines irlandeses. Su germinación permanece en el misterio, aun para sus más viejos habitantes, a cuyos medios y gusto artístico son totalmente extrañas.
Un banco rústico, manchado por los pájaros y desgastado y agrietado por la intemperie, se halla cerca de la pequeña verja. Al lado opuesto, un cesto que permanece allí imperturbable porque podría estar allí como en cualquier otra parte. La silla desocupada junto a la mesa ha estado ocupada por Cornelius, que, terminado su desayuno, se ha retirado a la habitación, conocida en la casa como "la oficina", donde recibe las rentas y guarda sus libros y dinero. Esa silla, como las que ocupan Larry y Broadbent, tiene un marco de caoba y está tapizada en tela de crin negra.
Larry se incorpora y se dirige hacia el matorral con su periódico. Hodson entra por la verja, desconsolado. Broadbent, sentado de frente a la verja, augura lo peor al ver su expresión.

BROADBENT. -¿Has ido al pueblo?

HODSON.-Fué inútil, señor. Tendremos que hacer los pedidos a Londres por correo.

BROADBENT,-Espero que habrás dormido cómodo anoche.

HODSON.-No estuve peor que usted en ese sofá, señor. Uno aquí espera pasar trabajos, señor.

BROADBENT.-Tendremos que buscar algún otro modo de arreglarnos. *(Alegrándose irreprimiblemente.)* Sin embargo, es muy divertido. ¿Qué te parecen los irlandeses?

HODSON.-Pues, señor, son buena gente en cualquier parte menos en su propio país. He conocido a muchos en Inglaterra y generalmente me han gustado. Pero aquí, señor, no puedo sentir otra cosa que odio. Ese odio me posesionó desde el momento en que desembarcamos en Cork, señor. Es inútil que finja, señor: no puedo aguantarlos. Mi mente se rebela contra sus costumbres. No sé: siempre hay algo en ellos que me exaspera.

BROADBENT. - ¡Bah!, sus defectos están a flor de piel; en el fondo son una de las mejores razas de la tierra. *(Hodson se vuelve, sin pretender compartir ese entusiasmo.)* A propósito, Hodson...

HODSON *(volviéndose).*-Sí, señor.

BROADBENT.-¿Anoche notaste algo raro en mí cuando llegué con esa dama?

HODSON *(sorprendido).*-No, señor.

BROADBENT.-¿No me notaste un poco... este...? Puedes hablar con franqueza.

HODSON.-No advertí nada, señor. ¿A qué se refiere, señor?

BROADBENT.-Pues... este... este... Voy a andar sin remilgos: ¿estaba yo borracho?

HODSON *(asombrado).*-No, señor.

BROADBENT. - ¿Estás seguro?

HODSON.-Casi estaría por decir lo contrario, señor. Generalmente, cuando ha andado divirtiéndose, se pone un poquito alegre, expansivo, digamos. Anoche parecía bastante apesadumbrado, por cierto.

BROADBENT.-Tampoco he tenido dolor de cabeza. Díme, Hodson, ¿has probado el "pottin"?

HODSON.-Apenas tomé un trago, señor. Sabe a turba. ¡Oh, algo horrible, señor! Aquí la gente llama turba también a los residuos. "Potchin" y fuerte cerveza negra es lo que les gusta, señor. No comprendo cómo la aguantan. Para mí, cerveza floja, siempre lo he dicho.

BROADBENT.-¡Ah!, además me dijiste que no habría avena en el desayuno; pero el señor Doyle comió.

HODSON.-Sí, señor. Lo lamento, señor. Aquí le llaman gachas, señor; esa es la razón. No saben nada mejor, señor.

BROADBENT.-Bien. Me servirás mañana, entonces.

Hodson se dirige hacia la casa. Al abrir la puerta encuentra a Nora y tía Judy en el umbral. Se aparta para darles paro, con el ademán de un criado bien entrenado engolfado en pesadas tareas. Luego entra en la casa. Broadbent se incorpora. Tía Judy va hacia la mesa y apila todos los platos y taza en la bandeja. Nora se apoya en el respaldo del banco rústico y mira hacia la verja con la expresión de una mujer acostumbrada a no tener nada que hacer. Larry regresa del matorral.

BROADBENT.-Buenos días, señorita Doyle.

TÍA JUDY *(a quien le parece una hora absurdamente avanzada para tal saludo*).-¡Oh ... buenos días! *(Antes de retirarle el plato.)* ¿No se sirve más?

BROADBENT.-No, muchas gracias. Dispensarán que no esperáramos. El aire del campo nos tentó a levantarnos temprano.

Librodot

TÍA JUDY. -¿Y a esto le llama temprano? ¡Dios le guarde!

LARRY.-Tía Judy se desayunó, probablemente, a las seis y media.

TÍA JUDY.-¡Y tú... sacando al jardín las sillas de la sala y poniendo en peligro la vida del señor Broadbent, desayunando a la intemperie. *(A Broadbent.)* ¿Por qué soporta tanta tontería, señor Broadbent?

BROADBENT.-Le aseguro que me agrada muchísimo estar al aire libre.

TÍA JUDY.-¡Vaya! ¿Cómo puede gustarle lo que no es natural? Espero que haya dormido bien.

NORA. - ¿No le despertó un barquinazo a eso de las tres? A mí me pareció que se caía la casa. Pero yo soy de dormir muy liviano.

LARRY.-Si no recuerdo mal, hace dieciocho años una pata del sofá de la sala tenía la mala costumbre de salirse inopinadamente. ¿Fue eso, Tom?

BROADBENT.- ¡Oh, no tiene importancia! No me lastimé... Por lo menos... este.. .

TÍA JUDY. - ¡Oh, vaya qué tropiezo! Y eso que le dije a Patsy Farrell que pusiera un clavo. BROADBENT.-Lo puso, señorita Doyle. Había un clavo, no le quepa duda.

TÍA JUDY.- ¡Oh, pobrecito! ...

Un labriego entrado en años, bajo, coriáceo, color carbón, de voz profunda y un mal humor que quiere parecer agresivo y es de efecto patético -la voz de un hombre de vida difícil y muchas zozobras- traspone la verja. Tiene edad bastante para haber usado en sus tiempos un traje de frisa con faldón y pantalones hasta las rodillas; pero ahora viste respetable levita negra, sombrero de copa y pantalones color de salvado; su rostro está tan limpio como puede dejarlo el lavado, aunque con esto no se dice demasiado, porque sólo ha adquirido la costumbre recientemente y aún no se ha hecho carne en él.

EL RECIÉN LLEGADO *(En la verja).* -¡Dios guarde a todos! *(Avanza unos pasos en el jardín.)*

LARRY *(desde donde se encuentra, con arrogante condescendencia*).-¿Usted, Mat Haffigan? ¿Se acuerda de mí?

MATTHEW *(intencionalmente rudo y descortés).*-No. ¿Quién es?

NORA.-Vamos, estoy seguro de que lo sabe, señor Haffigan.

MATTHEW *(admitiéndolo de mala gana*).-Supongo que será el joven Larry Doyle.

LARRY.-Así es.

MATTHEW. - Oí decir que le fue bien por América.

LARRY.-Bastante *bien.*

Librodot

MATTHEW.-Supongo que habrá visto a mi hermano Andy por allí.

LARRY.-No. Aquello es tan grande que buscar a alguien es como hallar una aguja en un pajar. Dicen que es un gran hombre.

MATTHEW.-Eso es, bendito sea el Señor. ¿Dónde está su padre?

TÍA JUDY.-Adentro, en la oficina, señor Haffigan, con Barney Doran y el Padre Dempsey.

Matthew, sin desperdiciar más palabras en los allí reunidos, entra bruscamente en la casa.

LARRY *(siguiéndole con la mirada).* - ¿Qué le sucede al viejo Mat?

NORA.-Nada. Está como siempre. ¿Por qué?

LARRY.-No parece el mismo... Solía ser muy cortés con el señorito Larry: demasiado cortés, a mi parecer. Y ahora tan rudo y apartado como un oso.

TÍA JUDY.-Ah, desde que compró su chacra gracias a las Leyes Territoriales... Ahora es independiente.

NORA.-Ha habido un profundo cambio, Larry. A duras penas reconocerás ahora a los antiguos inquilinos. Creerás que es una libertad dirigirles la palabra... a algunos de ellos, por lo menos. *(Se aproxima a la mesa y ayuda a retirar el mantel, que dobla con ayuda de tía Judy.)*

TÍA JUDY. -¿Para qué querrá ver a Corny? No ha andado por aquí desde que pagara la última cuota de alquiler; y aquella vez casi se lo arrojó a la cara, me parece.

LARRY.-Es de extrañarse! Claro que todos nos detestaban como al mismo diablo. ¡Uf...! *(Melancólico.) Si* los habré visto en esa oficina, diciéndole a mi padre qué buen muchacho era yo, y emplastándolo a cumplidos, con su usía aquí y usía allá, cuando sus dedos temblaban por echársele al cuello.

TÍA JUDY. - ¿Y por qué querrían hacerle daño al pobre Corny? ¿Acaso no fue él quien consiguió a Matt el contrato de su chacra? ¿No sirvió de testigo para probar que era un hombre decente y laborioso?

BROADBENT.-¿Laborioso? Eso es extraordinario, ¿saben?, tratándose de un irlandés...

LARRY. - ¡Si era laborioso! La laboriosidad de ese hombre me enfermaba, aun de muchacho. Es que le diré, el trabajo de un labriego irlandés no tiene fin: es peor que el trabajo de una abeja. El inglés tiene un sentido del trabajo. Nunca hace más de lo inevitable... y bastante difícil que es conseguir que haga eso, siquiera malamente; pero el irlandés trabaja como si fuera a morirse en el mismo momento en que se detuviera.

Librodot

Ese Matthew Haffigan y su hermano Andy hicieron una chacra de un campo pedregoso en la ladera... lo limpiaron y roturaron con sus manos desnudas y compraron su primera azada con el producto de su primera cosecha de papas. ¡Hablamos de quien hace crecer dos espigas de trigo donde antes crecía una sola! Pues esos dos hombres hicieron crecer un campo de maíz allí donde ni una mata de zarzas habría alzado cabeza entre las piedras.

BROADBENT.-Eso fue magnífico, ¿sabes? Sólo una raza superior es capaz de producir hombres semejantes.

LARRY. -¡Tontos semejantes, querrás decir! ¿De qué les ha servido? Desde el momento que lo lograron, el propietario exigió una renta de cinco libras al año y los arrojó de su tierra porque no podían pagarla.

TÍA JUDY.-¿Por qué no podían pagar igual que Billy Byrne, que la alquiló después?

LARRY (furioso).-Sabes muy bien que Billy Byrne nunca pagó nada. Aceptó el compromiso para apoderarse de la tierra. Pero nunca pagó.

TÍA JUDY.-Eso fue porque Andy Haffigan le pegó con un ladrillo y nunca volvió a ser el mismo. Después Andy debió huir a América a causa de eso.

BROADBENT *(ardiendo de indignación).* -¿Quién puede culparle, señorita Doyle? ¿Quién puede acusarle? *LARRY (impaciente).* - ¡Oh, tonterías! ¿De qué le vale al hombre a quien arrojan de su chacra muerto de hambre matar a aquel a quien el hambre lleva a ocupar esa chacra? ¿Hubieras hecho tú algo semejante?

BROADBENT.-Sí. Yo... yo... yo... *(Balbuceante de ira.)* Yo habría matado de un tiro al condenado propietario, le habría retorcido el pescuezo al maldito corredor y hubiera volado con dinamita toda la chacra y hasta Dublin Castle.

LARRY. - ¡Oh, sí: tú hubieras hecho grandes cosas! ¡Por lo que eso te hubiera valido, claro! ¡Eso es un inglés de pura cepa! Dicta malas leyes y reparte toda la tierra, y cuando esa incompetencia económica produce sus resultados naturales e inevitables, se indigna violentamente y quiere matar a los que se encargan de ejecutar sus leyes.

TÍA JUDY.-Usted no le hará caso, señor Broadbent. De cualquier modo, no importa ya, porque no van quedando propietarios; pronto no habrá ni uno solo.

LARRY.-Al contrario, pronto no habrá otra cosa; ¡y que Dios proteja a Irlanda entonces!

TÍA JUDY.-Ah, nunca estás satisfecho, Larry. (A *Nora.)* Ven, déjalos a solas, vamos a preparar la masa para el pastel. Abandonémoslos a su charla. No quieren que nos quedemos. (Toma *la bandeja y entra en la casa.)*

BROADBENT *(incorporándose y protestando cortésmente*).-¡Oh, señorita Doyle! Sinceramente...

Nora, que sigue a tía *Judy, llevando en sus manos el mantel plegado, le mira y le deja* atónito. *Él la mira hasta que desaparece; luego te acerca a Larry y se dirige* a *él* con *repentina intensidad.*

BROADBENT. - Larry.

LARRY. - ¿Qué sucede?

BROADBENT.-Anoche me emborraché y me declaré a la señorita Reilly.

LARRY. - ¿Quéee? (Chilla *de risa con ese registro irlandés atiplado que en Inglaterra no es tan risible.)*

BROADBENT. - ¿De qué te ríes?

LARRY *(deteniéndose bruscamente).-No* lo sé. Esas son las cosas que hacen reír a un irlandés. ¿Y ella te aceptó?

BROADBENT.-Jamás podré olvidar que con una caballerosidad digna de su patria, y aunque yo me hallaba totalmente a su merced, me rehusó.

LARRY.-Eso fue extremadamente insensato de su parte. *(Comenzando a reflexionar.)* Pero, díme: ¿Cuándo estuviste borracho? Estabas sobrio cuando regresaste a la torre redonda con ella.

BROADBENT.-No. Larry, lamento decírtelo, pero estaba borracho. ¡Había tomado dos vasos de ponche! Ella tuvo que traerme hasta casa. ¡Debiste advertirlo!

LARRY.-Pues te aseguro que no.

BROADBENT.-Ella sí.

LARRY.-Cuéntame... ¿Cuánto tardaste para entrar en materia? No podía hacer más de un par de horas que la conocías.

BROADBENT.-Me temo que fue apenas cuestión de minutos. Ella no estaba aquí cuando llegué; y la vi por primera vez en la torre.

LARRY.- ¡Pues valiente niño eres tú para dejarte suelto en este país! ¡Pensar que el "potchin" pueda subírsete a la cabeza de ese modo!...

Librodot

BROADBENT.-No fue a la cabeza, por lo visto. Porque jaqueca no tengo; y ayer podía expresarme claramente. No: el "pottin" va al corazón, no a la cabeza. ¿Qué crees que debo hacer?

LARRY.-Nada. ¿Qué vas a hacer?

BROADBENT.-En todo esto hay una cuestión moral muy delicada. El asunto es éste: ¿estaba yo bastante borracho para no ser responsable moral de mi propuesta? ¿O estaba bastante sobrio como para repetirla ahora que estoy indudablemente sobrio?

LARRY.-Yo la trataría un poco más antes de decidir.

BROADBENT.-No, no. Eso no sería justo. Eso no es proceder con rectitud. ¿Estoy moralmente obligado o no lo estoy? Ojalá supiera hasta qué punto estaba borracho...

LARRY.-No cabe duda de que estabas en un estado de gozoso sentimentalismo, en todo caso.

BROADBENT.-Eso es muy cierto, Larry: lo admito. Su voz tiene un efecto tan extraordinario sobre mí... ¡Esa voz irlandesa!

LARRY *(benévolo).-Sí,* lo sé. Apenas llegado a Londres estuve a punto de fugarme con una vendedora de pan para diabéticos porque su pronunciación de bajos barrios londinenses se me antojaba tan distinguida, tan conmovedoramente arcaica, hermosa...

BROADBENT *(furioso).*-La señorita Reilly no es una vendedora, no confundas.

LARRY.- ¡Oh, vamos! Era una buena muchacha...

BROADBENT.-Tú siempre ves un ángel en las inglesas. Tienes gustos bastardos en ese sentido, Larry. La señorita Reilly es un tipo muy refinado de mujer: un tipo escaso en Inglaterra, salvo quizás en la mejor aristocracia.

LARRY. - ¡Al diablo con la aristocracia! ¿Sabes acaso con qué se alimenta Nota?

BROADBENT.-¿Alimenta? ¿Qué quieres decir?

LARRY.-En el desayuno: té y pan con manteca, una lonja ocasional de tocino y un huevo en las ocasiones especiales: en su cumpleaños, digamos. Comida en mitad del día, un plato y nada más. Por la noche, té y pan con manteca nuevamente. Compárala con tus mujeres inglesas que engullen de tres a cinco comidas de carne al día y, naturalmente, hallarás en ella una sílfide. La diferencia no es una diferencia de tipo; es la existente entre la mujer que como insensatamente pero demasiado bien, y la mujer que come insensatamente pero demasiado poco.

BROADBENT *(furioso).*- Larry: tú... tú ... me molestas. No eres más que un tonto de capirote. *(Enojado se desploma en el banco* rústico*, que soporta dificultosamente el sacudón,)*

LARRY. - ¡Cuidado! ¡Cuidado! *(Ríe y se sienta en la mesa.)*

Cornelius Doyle, el Padre *Dempsey, Barney Doran y Matthew Haffigan salen de la casa, Doran* es un hombre *corpulento, de brazos cortos, carirredondo, pelirrojo, al borde de la edad madura, de temperamento sanguíneo, enorme capacidad para todo lo burlesco, obsceno, blasfemo, o para la cruel y necia diversión, y violenta e impetuosa intolerancia para con otros temperamentos y otras opiniones, representando todo esto una energía y capacidad desperdiciadas y desmoralizadas por falta de entrenamiento y exigencia social suficientes para encauzarlas en benéfica actividad y formar con ello un carácter; porque Barney no es estúpido ni débil, en modo alguno. Se ve muy desaliñado en apariencia, pero los peores efectos de su negligencia son mitigados por un espolvoreo de harina y polvo de molino; sus ropas sin cepillar, cortadas en arpillera por un sastre de moda, fueron evidentemente elegidas a causa de su apariencia y sin parar mientes en el costo. Matthew Haffigan, intranquilo, bordea tímidamente el jardín por el matorral hasta anclar cerca de la cesta, donde se siente menos obstáculo. El párroco se acerca a la mesa y palmea a Larry en un hombro. Larry, volviéndose rápidamente, reconoce al Padre Dempsey, se pone de pie y estrecha cálidamente la mano del párroco. Doran se acerca por el jardín, entre el Padre Dempsey y Matt; y Cornelius, al otro lado de la mesa, se vuelve hacia Broadbent, que se incorpora afable.*

CORNELIUS.-*Creo que todos nos conocimos anoche.*

DORAN.-Yo *no tuve el gusto.*

CORNELIUS.-Tiene razón, Barney: se me olvidó. *(A Broadbent, presentando a Barney.)* El señor Doran, propietario de ese buen molino que usted observó cuando pasamos con el coche.

BROADBENT *(encantado con todos ellas).*-Tanto placer, señor Doran. Mucho gusto, realmente.

Doran, inseguro de si lo están galanteando o desdeñan do, asiente altivamente.

DORAN. - *¿Cómo está, Larry?*

LARRY.-Bastante bien, gracias. No necesito preguntárselo a usted. *(Doran se sonríe burlonamente; se dan la mano.)*

Librodot

CORNELIUS.-*Acerca una silla al Padre Dempsey, Larry.Matthew Haffigan corre hacia el extremo más próximo de la mesa y toma una silla que coloca cerca del cesto; pero Larry ya ha tomado la silla del otro extremo y la ha dispuesto delante de la mesa. El Padre Dempsey acepta esta posición más central.*

CORNELIUS.-Siéntese, Barney, ¿quiere?; y usted, Mat.

Doran toma la silla que Mat ofrece aún al párroco, y el pobre Matthew, cohibido por el molinero, da vuelta el cesto y humildemente se sienta encima. Cornelius acerca su propia silla del desayuno y se sienta a la derecha del Padre Dempsey. Broadbent vuelve a sentarse en el banco rústico. Larry también se acerca al banco y está a punto de sentarse a su lado cuando Broadbent le detiene nerviosamente.

BROADBENT. - *¿Crees que aguantará a los dos, Larry?*

LARRY.-No creo. No te muevas. Yo estaré de pie. *(Se sitúa próximo al banco.)*

Ahora se hallan todos sentados, menos Larry, y la sesión asume un aspecto prodigioso, como si algo importante se avecinara.

CORNELIUS.-Quizás usted quiera explicar, Padre Dempsey.

PADRE DEMPSEY,-No, no: continúe usted: la iglesia no la va con la política.

CORNELIUS.-¿Has llegado a pensar alguna vez en formar parte del parlamento, Larry?

LARRY. - ¡Yo!

PADRE DEMPSEY *(alentándole).*-Sí... ¿Por qué no?

LARRY.-Me temo que mis ideas no fueran bastante populares.

CORNELIUS.-Eso no lo sé aún. ¿Y usted, Barney?

DORAN.-Hay excesivo palabrerío en la política irlandesa: un mucho demasiado, diría yo.

LARRY. - ¿Y el miembro actual? ¿Se retira acaso?

CORNELIUS.-No: que yo sepa.

LARRY *(interrogativo).*-¿Pues... y entonces?

MATTHEW *(estallando con tempestuosa amargura).* Ya estamos hartos de tanta charlatanería contra los propietarios de tierras. ¿Y qué derechos tiene él para hablar de la tierra, si nunca ha estado fuera de una oficina en todos los días de su vida?

CORNELIUS.-Estamos cansados de él. Nunca sabe callarse. No todos pueden ser propietarios; algunos tienen que quedar para ayudarnos en el trabajo. Todo lo que

Librodot

hacía estaba bien mientras a hombres respetables como Doran y yo y Mat se nos prohibía que tuviésemos nuestras tierras. ¿Pero qué hombre en su sano juicio ha pensado jamás en dar tierras a Patsy Farrell y otros como él?

BROADBENT.-Pero no hay duda de que el latifundio irlandés es responsable de lo que sufriera el señor Haffigan.

MATTHEW.-Olvídese de lo que he sufrido. Sé muy bien lo que he sufrido sin que usted me lo diga. ¿Pero he pedido algo más que la chacra que hice con mis propias manos? Contésteme esto, Corny Doyle, y ustedes que saben las que he pasado. ¿Era apto o no para la responsabilidad? *(Gruñéndole furioso a Cornelius.)* ¿Pueden compararme con Patsy Farrell, que a duras penas distingue su mano derecha de su izquierda? ¿Qué ha sufrido él, quieren decirme?

CORNELIUS.-Eso es justamente lo que digo. Yo no le comparaba para su desventaja.

MATTHEW *(implacable).*-Entonces, ¿qué quiso usted decir cuando hablaba de darle tierras a ése?

DORAN.-Tranquilo, Mat, tranquilo. Está como un oso con el lomo dolorido.

MATTHEW *(temblando de ira).-¿Y* quién es usted, si puede saberse, para querer enseñarme modales?

PADRE DEMPSEY *(admonitorio).* -¡Vamos, vamos, Mat! Nada de eso. ¿Cuántas veces le he dicho que está siempre demasiado dispuesto a hallar ofensa donde no la hay? No ha entendido: Corny Doyle está diciendo justamente lo que hubiera querido decir usted. *(A Cornelius.)* Siga, señor Doyle, y no se cuide de él.

MATTHEW (incorporándose).-Pues si mi tierra ha de darse a Patsy y otros como él, no quiero tener nada que ver con esto. Yo...

DORAN *(Con airada impaciencia).* - ¿Pero quién piensa dar tu tierra a Patsy, idiota que eres?

PADRE DEMPSEY.-Tranquilo, Barney, tranquilo. (A Mat, *ceñudo.)* Le he dicho, Matthew Haffigan, que Corny Doyle no ha dicho nada contra usted. Lamento que la palabra de su párroco no sea suficiente para usted. Me iré, antes que quedarme para verle cometer un pecado contra su iglesia. Buenos días, caballeros. *(Se incorpora. Todos se ponen de pie, salvo Broadbent.)*

DORAN *(a Mat).-¡*Ahí tiene! Y bien que le valdrá, por pendenciero...

Librodot

MATTHEW *(aterrado).-No* diga eso, Padre Dempsey. Nunca tuve un pensamiento contra usted o contra la Santa Iglesia. Me sé un poco apurado cuando se trata de defender la tierra. Le pido perdón por eso.

PADRE DEMPSEY *(volviendo a su asiento con digna reticencia).-Muy* bien: por esta vez lo pasaré por alto. (Se *sienta, los demás le imitan, salvo Matthew. El Padre Dempsey, a punto de pedirle a Cornelius que continúe, recuerda a Matthew y se vuelve hacia él, brindándole apenas una migaja de benevolencia.)* Siéntese, Mat. *(Matthew, apesadumbrado, se sienta y permanece en silencio, sus ojos yendo y viniendo lastimosamente de un* orador *al otro en un esfuerzo intensamente desconfiado por entenderles.)* Prosiga, señor Doyle. Debemos ser condescendientes. Prosiga.

CORNELIUS.-Bien, ya ves cómo son las cosas, Larry. Por aquí, ya tenemos la tierra por fin; y no queremos más mediación del gobierno. Queremos otra clase de hombre en el parlamento: alguno que comprenda que el terrateniente es la médula del país y no se le importe de los gritos de la gentuza, o de las estúpidas pretensiones de los labriegos.

DORAN.-Así es; y que pueda costearse la vida en Londres y pagar sus gastos hasta que llegue la Autonomía, en vez de pedir contribuciones y cosas por el estilo.

PADRE DEMPSEY.-Sí, ese es un buen punto, Barney. Cuando se invierte demasiado dinero en política, es la iglesia la que sufre. Un miembro del parlamento debe ser una ayuda para la iglesia y no una carga.

LARRY.-Esta es una oportunidad para usted, Tom. ¿Qué tiene que decir a todo esto?

BROADBENT (sin *mostrar interés, pero importante y sonriente*).-Oh, no tengo pretensión ninguna al cargo. Además, soy sajón.

DORAN. - ¿Qué?

BROADBENT. - Sajón. Inglés...

DORAN.-Inglés... Pues juraría que nunca los he oído llamar así.

MATTHEW (*ladino*).-Si puedo tener el atrevimiento, Padre, no quiero decir sino que un protestante inglés puede tener una mente más independiente acerca de la tierra y menos temor de hablar que un católico irlandés.

CORNELIUS.-Pero claro que comprenderán que Larry es casi inglés, ¿no lo eres, Larry?

LARRY.-Mejor será que me quite de su mente, padre, de una buena vez.

CORNELIUS.-Pero, ¿por qué?

LARRY.-Yo tengo mis propias y muy acendradas convicciones y no le agradarían.

DORAN *(vocinglero, burlándose de* él).-¿Con que sigue siendo Larry, el temerario Feniano[23].

LARRY.-No: el temerario feniano es ya un hombre adulto y posiblemente necio.

CORNELIUS.-¿Qué nos importan a nosotros tus opiniones? Sabes muy bien que tu padre ha comprado esta granja, igual que Mat aquí, y Barney el molino. Todo lo que queremos ahora es que nos dejen en paz. No tienes nada que decir contra eso, ¿no es así?

LARRY.-Pues claro que sí. No creo que deba dejarse nada o a nadie en paz.

CORNELIUS *(perdiendo* la *calma).-* ¿Y qué quieres decir con eso, pedazo de necio? Aquí te ofrezco una banca en el parlamento; y te crees bastante hábil para estarte allí y endilgarme esa sarta de estupideces. ¿Aceptas o no?

LARRY.-Pues bien: acepto y encantado, si ustedes me conceden esa banca.

CORNELIUS *(apaciguando su mal* humor).-¿Por qué no podías decir eso desde el principio? Es bueno que te hayas decidido por fin.

DORAN *(sospechosamente).-Aguarde* un momento, un momento.

MATTHEW *(retorciéndose entre su insatisfacción y su temor al párroco*).-No es porque sea hijo de Cornelius que obtendrá la banca. Padre Dempsey: ¿no le parece bien preguntarle qué quiere hacer respecto de la tierra?

LARRY *(echándose prontamente sobre* Mal).-Se lo diré, Mat. Siempre me pareció una cosa estúpida, inservible, eso de dejar la tierra en manos de sus antiguos propietarios sin llamarlos a rendir cuenta estricta del uso que han hecho de ella, y de la condición en que viven las gentes en ella. He visto por mí mismo que no pensaban en otra cosa sino en lo que podían sacar de la tierra para gastarlo luego en Inglaterra; y que la hipotecaban más y más hasta que a duras penas quedaba uno solo de ellos que fuera dueño de su propiedad o pudiera siquiera cuidarla decentemente. Pero le diré, Mar, lisa y llanamente, que si alguien cree que las cosas irán mejor ahora que la tierra ha sido repartida entre un montón de pequeños pobretones como ustedes, sin tampoco llamarlos a rendir cuentas, se equivoca.

MATTHEW *(enfadado).-¿Qué* derecho tiene usted a despreciarme de ese modo? Supongo que se cree todo porque su padre es un corredor de fincas rurales...

Librodot

LARRY.-¿Qué derecho tiene usted para despreciar a Patsy Farrell? Supongo que ya se cree todo porque posee unas pocas tierras.

MATTHEW.-¿Alguna vez se abusó de Patsy Farrell como se abusó de mí? Contésteme a eso.

LARRY.-Pues lo será, si alguna vez cae bajo su dominio, como cuando usted estaba bajo el dominio del antiguo propietario. ¿Cree usted, porque es pobre, ignorante y está casi atontado de tanto afanarse y fatigarse día, tarde y noche, que será acaso menos codicioso y tirano con aquellos que no poseen tierras que el viejo Nick Lestrange, por ejemplo, que era un caballero educado, que conocía mundo y no podía tentarse por cien libras como usted por cinco chelines? Nick estaba muy por encima de Patsy Farrell para tener celos de él; pero usted, que sólo está un escalón por encima de él, moriría antes de dejarle ascender ese escalón; y bien que lo sabe.

MATTHEW *(negro de ira, rezongando por lo bajo).*No quiero oír más. *(Trata de incorporarse; pero Doran lo toma por la chaqueta y le obliga a sentarse nuevamente.)* Me voy, he dicho. *(Alzando la* voz.) Suelte mi chaqueta, Barney Doran.

DORAN.-Siéntese, vamos, no sea loco. *(En un murmullo.)* ¿No quiere quedarse y votar contra él?

PADRE DEMPSEY *(alzando su índice).*- ¡Mar! *(Mar se apacigua.)* ¡Vamos, vamos! ¿Qué es todo esto acerca de Patsy Farrell? ¿Por qué terminan siempre discutiendo sobre él?

LARRY. -Porque sólo abusando y explotando la pobreza de Patsy e imponiendo bajos precios pudimos competir con Inglaterra en los mercados del mundo; y así inducimos a Inglaterra a labrar la ruina de Irlanda. Porque en cuanto alcemos nuestras cabezas del polvo, si seguimos explotando a las clases obreras, volverá a arruinarnos, ¡y bien merecido que lo tendremos! Si yo llego a ocupar una banca en el parlamento, bregaré por una ley que no les permita pagar a Patsy menos de una esterlina por semana. *(Todos se sobresaltan, apenas pueden creer a sus propios oídos.)* Ni podrán explotarlo más rudamente de lo que explotan al caballo que les ha costado cincuenta guineas.

DORAN. - ¡Que!...

CORNELIUS *(despavorido).-Una* esterlina por... El muchacho se ha vuelto loco. ¡Dios nos guarde!

[23] *Los fenianos formaron una asociación revolucionaria irlandesa (1861) para arrancar Irlanda a la*

Librodot

Matthew, presintiendo que aquí hay algo que está fuera de su órbita de comprensión, se vuelve boquiabierto hacia el párroco, como si esperara nada menos que la inmediata excomunión sumaria de Larry.

LARRY.-¿Cómo puede un hombre casarse y vivir una vida decente con menos que eso?

PADRE DEMPSEY.-Pero, hombre, ¿dónde ha vivido todos estos años? ¿Qué ha estado soñando? Algunos de estos hombres honestos ni siquiera pueden sacar tanto de la tierra para sí mismos, y mucho menos para darlo a un labriego.

LARRY *(ya completamente* sublevado).-Entonces deben hacer lugar para aquellos que puedan lograrlo. ¿Acaso

Irlanda nunca ha de tener una oportunidad? Primero fue entregada a los ricos; y ahora que ellos se han saciado con su carne, arrojan sus huesos a los pobres, que ya nada pueden hacer sino sorberlos hasta el tuétano. Si nuestros hombres honestos no sirven para dueños de la tierra, que por lo menos lo sean hombres capaces. Si no podemos contar con hombres capaces, contemos por lo menos con hombres de dinero. Cualquiera es preferible a un Mat que no tiene honestidad, capacidad, dinero, ni nada que no sea el trabajo de un bruto y la codicia de un avaro, ¡el Cielo le guarde!

DORAN.-Bueno, pero no todos somos incapaces de actuar como el pobre Mat. *(Amablemente, al sujeto de su descripción.)* ¿No le parece, Mat?

LARRY.-Para los modernos propósitos industriales bien podría ser, Barney. Todos ustedes son niños: el gran mundo al que yo pertenezco ya ha pasado a vuestro lado y los ha dejado atrás. De todos modos, nosotros los irlandeses nunca debimos ser terratenientes; y nunca serviremos para ello. Somos como los judíos: el Todopoderoso nos dio cerebro y nos ordenó que lo cultiváramos y dejáramos en paz el barro y los gusanos.

PADRE DEMPSEY (con *gentil ironía*).-¡Ah! ¿Conque quiere comparamos con los judíos? Tendré que catequizarle un poco, me parece. Lo que propondrá a continuación será entonces que deroguemos la separación de la llamada Iglesia Irlandesa.

LARRY.-Claro que sí: ¿y por qué no? *(Sensación.)*

MATTHEW *(rencoroso).* Es un renegado.

LARRY.-San Pedro, sobre cuya roca se fundó nuestra iglesia, fue crucificado cabeza abajo por renegado.

dominación inglesa.

Librodot

PADRE DEMPSEY *(con tranquila dignidad autoritaria acalla a Doran, que está a punto de* estallar). Eso es verdad. Usted, Matthew Haffigan, guarde esa lengua como corresponde a su ignorancia; y confíe en su párroco para entendérselas con este joven. Pues bien, Larry Doyle, cualquiera sea la razón por la que San Pedro bendito fue crucificado, no fue por protestante. ¿Lo es usted?

LARRY.-No. Soy un católico bastante inteligente para comprender que los protestantes nunca son más peligrosos para nosotros que cuando están libres de toda alianza con el estado. La llamada iglesia irlandesa es más fuerte hoy de lo que lo fuera jamás.

MATTHEW.-Padre Dempsey: ¿quiere usted decirle que la tía de mi madre fue muerta en las calles de Rosscullen por un soldado, en la cruzada del diezmo? *(Frenéti*co.) Y ahora quiere volver a aplicarnos el diezmo. El...

LARRY *(interrumpiéndole* con agobiante *menosprecio).* -¡Aplicarles el diezmo! ¿Acaso se lo han quitado! ¿Acaso su tierra le fue más querida cuando pagaba el diezmo al clérigo, que pagando ese mismo dinero a Nick Lestrange por la renta, para que él la entregara para el sostenimiento de la iglesia? ¿Es que siempre van a dejarse engañar por leyes parlamentarias que nada modifican sino la corbata del hombre que les perfora el bolsillo? ¿Sabe qué haría yo con usted, Matt Haffigan? Pues le haría pagar el diezmo a su propia iglesia. Yo quiero que el estado reconozca a la iglesia católica en Irlanda: eso quiero. ¿Cree usted que yo, criado como buen hijo de una grande y santa iglesia, puedo verla mendigar de la ignorancia y la superstición de hombres como usted? Yo la pondría tan alto sobre los apetitos terrenales como lejos del orgullo y la ambición terrenal. ¡Ah!, y haría que Irlanda reclamara a la mismísima Roma el asiento de San Pedro y la custodia de la iglesia; porque Roma, a pesar de la sangre de sus mártires, en el fondo continúa siendo pagana hasta nuestros días, en tanto que en Irlanda el pueblo es la iglesia y la iglesia es el pueblo.

PADRE DEMPSEY *(sorprendido, pero no del todo descontento).*-¡Caray, hombre! Estás peor que el loco de Peter Keegan.

BROADBENT *(que ha estado escuchando con el mayor* asombra).-Me dejas pasmado, Larry. ¡Quién hubiera pensado que saldrías con esto! *(Solemne.)* Pero por mucho que aprecie tu elocuencia verdaderamente brillante, te imploro que no desertes del gran principio liberal de la separación que debe existir entre la iglesia y el estado.

LARRY.-Yo no soy liberal: ¡guárdeme el cielo! Una iglesia separada del estado es la peor tiranía que puede aplastar y hacer gemir a una nación.

BROADBENT *(con rostro distorsionado).-No* seas paradojal, Larry. Me das dolor de estómago.

LARRY.-Pronto verás aquí la verdad de todo. ¡Mira al Padre Dempsey: él está separado del estado; no tiene nada que esperar o temer del estado; y el resultado es que es el hombre más influyente de Rosscullen! El miembro ante el parlamento por Rosscullen temblaría en sus zapatos si el Padre Dempsey le mirara aviesamente. (El *Padre Dempsey sonríe, de ningún modo renuente a este reconocimiento de su autoridad.)* ¡Y mira tú!, desafiarías al Arzobispo de Canterbury, que no está separado del estado, diez veces al día; ¡pero cuidado con atreverte a pronunciar una palabra que pueda ofender a un disidente! Eso no. Hoy en día el partido conservador es el único al cual el clero no lleva de las riendas -disculpe la expresión, Padre- *(el Padre Dempsey asiente tolerante),* porque es el único que ha reconocido su iglesia y puede impedir que un párroco se convierta en obispo, si no es estadista y clérigo a la vez.

Calla. *Todos le miran estupefacto y dejan que el párroco le responda.*

PADRE DEMPSEY *(juzgando).* -Joven: no será usted el miembro elegido por Rosscullen; pero hay más cosas en su cabeza de las que un peine pueda peinar.

LARRY.-Lamento desilusionarle, padre; pero yo le advertí que sería inútil. Y ahora me parece conveniente que el candidato se retire para que puedan discutir a su sucesor. *(Toma un periódico de la mesa y se aleja hacia el matorral por entre un silencio sepulcral, en tanto que todos se vuelven para mirarle hasta que desaparece por una esquina de la casa.)*

DORAN *(aturdido).-¿*Qué clase de sujeto es ése en resumen, díganme?

PADRE DEMPSEY.-Es un muchacho inteligente: hay pasta para un hombre de valía en él.

MATTHEW *(consternado).-¿Quiere* decir que usted lo pondría en el parlamento para que trajera a Nick Lestrange sobre mí, y para aplicarme el diezmo, y para robarme en bien de los Patsy Farrell, sólo porque es hijo único de Corny Doyle?

DORAN (brutal).-¿Por qué no se calla? ¿Quién piensa en mandarlo al parlamento? ¿Espera acaso que lo mandemos a usted, para que los convide con un poquito de preocupación por su sucia parcela de papas?

MATTHEW *(quejumbroso).-¿Y* todavía tengo que escuchar esto después de todos mis sufrimientos?

Librodot

DORAN.-Ay, estoy cansado de sus sufrimientos. No hemos oído otra cosa desde que nacimos. Cuando no eran los suyos eran los de algún otro; y cuando no eran los de algún otro eran los de la pobre Irlanda. ¿Cómo diablos podemos vivir de nuestros sufrimientos?

PADRE DEMPSEY.-Esas son palabras muy ciertas,

Barney Doran; sólo que su lengua está demasiado familiarizada con el diablo. *(A Mat.)* Si pensara un poco más en los sufrimientos de los santos benditos, Mat, y un poco menos en los suyos, hallaría mucho más corto el camino de su chacra al cielo. *(Mat está a* punto *de responder.)* ¡Ahí está! ¡Con eso basta! Sabemos que tiene buenas intenciones; y no estoy enojado con usted.

BROADBENT.-Estoy seguro, señor Haffigan, de que puede usted ver la simple explicación de todo esto. Mi amigo Larry Doyle es un brillante orador; pero es conservador: un conservador anticuado y acabado.

CORNELIUS.-¿Y cómo llega usted a esa conclusión, señor Broadbent, si puede preguntársele?

BROADBENT *(concentrándose como para* un *dictamen* político).-Bien, usted sabe, señor Doyle, que hay una fuerte dosis de conservadorismo en el carácter irlandés. Larry dice que el gran Duque de Wellington era el irlandés más típico que jamás existiera. Claro que esa es una paradoja absurda; pero siempre hay en ello una gran parte de verdad. Yo soy liberal. Ustedes conocen los grandes principios del partido liberal. La paz...

PADRE DEMPSEY *(piadosamente),*- ¡Bien! ¡Bravo!

BROADBENT *(alentado).-Gracias.* El cercenamiento. *(Espera otro aplauso.)*

MATTHEW *(tímidamente),* - ¿Qué quiere decir eso?

BROADBENT.-Significa una inmensa reducción y economía en las tarifas y los impuestos.

MATTHEW *(aprueba respetuoso).-Eso* está bien. Esto está muy bien, señor.

BROADBENT *(como al descuido).* -Y la reforma, por supuesto.

CORNELIUS, PADRE DEMPSEY y DORAN *(convencionalmente).-Por* supuesto.

MATTHEW *(desconfiando aún*).-¿Qué quiere decir la reforma, señor? ¿Cambiar algo de lo que ya está hecho?

BROADBENT *(imponente).-Significa*, señor Haffigan, mantener las reformas que han sido conferidas a la humanidad por el partido liberal y confiar para su futuro desarrollo en la libre actividad de un pueblo libre sobre la base de esas reformas.

DORAN.-Eso está bien. Basta de mediación. Todos estamos bien ahora; lo que queremos es que nos dejen tranquilos.

CORNELIUS.-¿Y la autonomía?

BROADBENT *(levántase para lograr un aspecto más imponente).-Confieso* que no podría expresar lo que siento respecto a la autonomía, sin recurrir a la hipérbole.

DORAN.-Vaya... ¡no ante el Padre Dempsey!

BROADBENT *(sin comprender).-Eso es...* este... ¡oh, sí! Todo lo que puedo decirles es que yo, un inglés, me avergüenzo de la anexión. Es la mancha más negra de nuestra historia nacional. Y espero con ansiedad el momento -que no puede estar muy distante, caballeros, porque la humanidad también lo espera, e insisto en ello con voz nada insegura-, espero con ansiedad el momento en que la legislatura irlandesa vuelva a surgir de la pradera esmeralda de College Green, y el pabellón militar de la Gran Bretaña -ese símbolo detestable de un imperialismo decadente- sea reemplazado por una bandera tan verde como la isla sobre la cual flamea... un pabellón por el que pediremos para Inglaterra apenas algunos cuarteles, en memoria de nuestro gran partido y del nombre inmortal de nuestro gran jefe.

DORAN *(entusiasta).-* ¡Ese es estilo, rediós! *(Se pega en la rodilla y guiña un ojo a Mat.)*

MATTHEW.-¡Bien por usted, señor!

BROADBENT.-Y ahora, caballeros, les abandonaré a sus deliberaciones. Hubiera querido extenderme acerca de los servicios prestados por el partido liberal en su fe religiosa a la gran mayoría del pueblo de Irlanda; pero me contentaré con decir que, en mi opinión, no elegirán ustedes un representante que -fuera cual fuere su credo personal- no sea un ardiente defensor de la libertad de conciencia y no esté dispuesto a demostrarlo con contribuciones, tan pródigas como sus medios lo permitan, a la grande y benéfica obra que usted, Padre Dempsey *(el Padre Dempsey inclina la cabeza),* realiza en bien de la población de Rosscullen. Tampoco el más sencillo, pero a la vez importante, problema de los deportes debe ser olvidado. *El* club local de cricket. ..

CORNELIUS.-¿De qué? ...

DORAN.-Aquí nadie juega a pegar a la pelota, si a eso se refiere.

Librodot

BROADBENT.-Pues digamos a la rayuela. Anoche me pareció ver a dos hombres... pero, al fin de cuentas, esos son detalles. Lo esencial es que su candidato, sea quien fuere, sea hombre de ciertos medios, capaz de ayudar a la zona en vez de ser una carga para ella. Y, si se tratara de un compatriota mío, el efecto moral en la Cámara de los Comunes sería inmenso, ¡tremendo! ... Perdonen estas pocas palabras: nadie siente su impertinencia más que yo. Buen día, caballeros.

Se vuelve imponente hacia la *verja y se aleja al trote, felicitándose con un leve movimiento de cabeza y un guiño de ojos por haber dado tan buen golpe político.*

HAFFIGAN (despavorido).-Buenos días, señor.

LOS DEMÁS.-Buenos días. *(Le observan pensativos,* hasta *que* ya *está demasiado lejos* para *poder oírles.)*

CORNELIUS. - ¿Qué le parece, Padre Dempsey?

PADRE DEMPSEY *(indulgente).-Pues* no tiene demasiado sentido común, Dios le ayude; pero, en cuanto a eso, tampoco lo tiene nuestro miembro actual.

DORAN.-Tengo idea de que sería bastante bueno para el parlamento. Total... ¿qué otra cosa hay que hacer sino hablar jactanciosamente, atacar al gobierno y votar con el partido irlandés?

CORNELIUS *(reflexivo).-Es* el inglés más extraño que yo he conocido. Cuando abrió el periódico esta mañana, lo primero que leyó fue que una expedición inglesa había sido derrotada en algún lugar de la India, ¡y estaba más contento que el Punch de las historietas! Larry le dijo que de haber vivido cuando llegó la noticia de Waterloo, se habría muerto de pena instantáneamente. No me parece que ése ande bien de la cabeza.

DORAN.- ¡Al diablo con eso si tiene bastante dinero! ¡Bien que nos serviría!

MATTHEW *(profundamente impresionado por Broadbent e incapaz de comprender la indecisión de los demás).* - ¿No les gustó cuando habló de la economía? *Eso* estuvo bastante bien, me pareció.

PADRE DEMPSEY.-Corny, usted puede averiguar por Larry de qué medios dispone. ¡Dios nos perdone a todos! *Es* pobre cosa despojar al enemigo, aunque se tenga buena justificación para ello; por eso quisiera saber a cuánto asciende el botín antes de comprometerme. *(Se* incorpora. *Los demás se ponen de pie respetuosamente.)*

CORNELIUS *(tristemente).-Ya* me había acostumbrado a la idea de que Larry ocuparía la banca; pero supongo que no tiene remedio.

PADRE DEMPSEY *(consolándole).-Pues* el muchacho es joven todavía y tiene buena cabeza sobre los hombros. Queden ustedes con Dios. *(Sale por la verja.)*

DORAN.-Debo irme también. *(Dirige la atención de Cornelius* hacia *lo que* está *sucediendo en* la *carretera.)* Mire a mi temerario inglés estrechando la mano del Padre Dempsey como un candidato en día de elecciones. Y mire al Padre Dempsey dándole un apretón y una guiñada como queriendo decir: "Va todo bien, muchacho." Ahora verán cómo estrecha mi mano también: está esperándome. Le diré que ya está casi elegido. *(Sale riendo pícaramente.)*

CORNELIUS.- Véngase conmigo, Mat. Creo que le venderé el porcino, después de todo. Vamos a mojar el gaznate para celebrar.

MATTHEW *(volviendo instantáneamente al antiguo lamento del inquilino).-Me* temo que no pueda permitirme ese precio, señor. *(Sigue a Cornelius, y juntos entran en la casa.)*

Larry, periódico en mano, vuelve por el matorral. Broadbent regresa por la verja.

LARRY.-Pues bien, ¿qué ha sucedido?

BROADBENT *(enormemente satisfecho de sí mismo).* Creo que esta vez la acerté. Todo lo que hice fue hablarles directamente, y mis palabras llegaron a destino. Quedaron muy impresionados; cada uno de esos hombres cree en mí y votará por mí cuando llegue el momento de elegir candidato. Después de todo, Larry, un inglés tiene que gustarles. Sienten que pueden confiar en él, supongo.

LARRY.- ¡Conque te han transferido el honor!

BROADBENT *(complacido).*-Pues, a mi entender, era una actitud obvia. ¿Sabes?, estos sujetos son muy perspicaces, a pesar de sus rarezas irlandesas. *(Hodson* sale *de* la casa. *Larry se sienta en el* lugar *que ocupara Doran y se dispone a leer.)* A propósito, Hodson.. .

HODSON *(colocándose entre Broadbent y Larry*).-Sí, señor.

BROADBENT.-Quiero que seas sumamente escrupuloso en tu trato con las gentes de aquí.

HODSON.-Todavía no he tratado a nadie, señor. Si fuera a aceptar todos los convites que se me ofrecen, en este momento no podría estar sobrio aquí, señor.

BROADBENT.-¡Oh, vamos, no seas demasiado estirado, Hodson! Me gustaría que ganaras el aprecio de esta gente. Si hay que incurrir en gastos, yo respondo por ello. No importa si te confunde al principio; te apreciarán mucho más por eso.

Librodot

HODSON.-Por cierto que es usted muy gentil, señor; pero a mí no me importa mucho si me aprecian o no. No estoy haciendo campaña para ir al parlamento.

BROADBENT.-Pues yo sí. ¿Comprendes ahora?

HODSON *(despertando por fin).*- ¡Oh, le pido mil perdones, señor, dispénseme! Entendido, señor.

CORNELIUS *(aparece con* Mat a la puerta *de la casa).* - Patsy llevará el porcino esta misma noche, Mat. Adiós. *(Vuelve a entrar en la* casa. Mat *se* dirige hacia la verja. *Broadbent le detiene. Hodson,* molesto por el cesto abandonado allí *negligentemente,* lo recoge y lo oculta detrás de la casa.)

BROADBENT (con *amabilidad de candidato).-Debo* darle las gracias, señor Haffigan, por la ayuda que me prestó esta mañana. Sé apreciarla porque comprendo que el verdadero corazón de una nación está en la clase a que usted pertenece: la de los pequeños terratenientes.

MATTHEW *(estupefacto).*- ¡Los terratenientes!

LARRY *(alzando la vista de su periódico).-¡Ten cui*dado, Tom! En Rosscullen un terrateniente es una especie de bandolero Bashi-Bazouk orangista. En cambio, en Inglaterra, Mat, llaman terrateniente al propietario absoluto de su tierra.

MATTHEW *(enfadado).-No* necesito ser instruido por usted, Larry Doyle. Alguna gente cree que nadie sabe nada excepto ellos. (A *Broadbent, con deferencia.)* Un caballero como usted no me confundiría con los terratenientes. Mi propio abuelo fue azotado a latigazos en las calles de Athenmullet cuando ellos escondieron un rifle en el techo de su casa y luego vinieron y fingieron encontrarlo. ¡Mal rayo los parta!

BROADBENT *(con benévolo interés).* - ¿Entonces no es usted el primer mártir de su familia, señor Haffigan?

MATTHEW.-Me echaron de la chacra que labré con mis propias manos entre las piedras del cerro de Rosscullen.

BROADBENT.-Ya me lo han contado, y todavía me hierve la sangre de sólo pensar en ello. *(Llamando.)* Hodson...

HODSON *(detrás de una esquina de la* casa).-Sí, señor. *(Se* acerca *corriendo.)*

BROADBENT.-Hodson, los sufrimientos de este caballero deben dar que pensar a todo inglés. Es falta de meditación más que falta de bondad lo que permite que tales iniquidades oprobien aún a la sociedad.

HODSON *(prosaico).*-Sí, señor.

Librodot

MATTHEW.-Pues iré yendo. Muy buenos días tenga usted, señor.

BROADBENT.-Tiene que recorrer una buena distancia, señor Haffigan. ¿Me permitirá que lo lleve en coche hasta su casa?

MATTHEW.-¡Oh, eso sería demasiada molestia para usía!

BROADBENT.-Insisto. Me depararía un inmenso placer, le aseguro. Mi automóvil está en el establo; puedo sacarlo al camino en cinco minutos.

MATTHEW. -Pues, señor, si no es demasiada molestia, podríamos llevar el porcino que acabo de comprarle a Corny...

BROADBENT *(con entusiasmo*).-Claro que sí, señor Haffigan; será muy agradable el paseo en coche llevando el cerdo: me sentiré casi irlandés. Hodson, quédate con el señor Haffigan y dale una mano para empujar al porcino si se hace necesario. Ven, Larry, ayúdame. *(Se aleja rápido por el matorral.)*

LARRY *(malhumorado, arrojando el periódico en la si*lla).-¡Oye, Tom! ¡Oye, te digo! ¡Maldito sea! *(Corre tras él.)*

MATTHEW *(observando a Hodson con desdeñosa fijeza y ocupando la silla de Cornelius en un* acto *de aseveración* social).-¿Y usted es el valle?

HODSON. -¿El valle?... ¡Ah, ya comprendo! Sí; yo soy el valet del señor Broadbent.

MATTHEW.-La pasará bastante bien; se ve bien pulido. *(Con reprimida ferocidad.)* ¡Míreme a mí! Dígame si yo estoy pulido.

HODSON *(tristemente).-Ojalá* tuviera yo su salud; parece duro como las uñas. Yo sufro de un exceso de ácido úrico.

MATTHEW.-¿Qué clase de enfermedad es ésa? ¿Ha sufrido alguna vez injusticia y hambre? Esa es la enfermedad irlandesa. Para usted es fácil hablar de sufrimiento, mientras vive en la abundancia de su país con el dinero que exprimen del nuestro.

HODSON *(fríamente),-¿Qué* le duele, amigo? ¿Quién está en contra suya?

MATTHEW.-¿En contra mía? ¿No le ha dicho acaso el inglés de su amo que la sangre hirvió en él cuando supo que me aplicaron la renta por la chacra que yo hice con

mis propias manos, y que después me echaron para dársela a Billy Byrne?

HODSON. -¡Oh!, la sangre de Tom Broadbent hierve fácilmente por cualquier cosa que suceda fuera de su país. No se deje engañar por el viejo, Patty[24].

[24] *Patty, abreviatura de Patricio, nombre muy común con el cual se suele llamar a todos los irlandeses.*

Librodot

MATTHEW *(indignado).* -¡Patty será usted! ¿Cómo se atreve a llamarme Patty?

HODSON *(inconmovible).-No* pierda la cabeza y escúcheme. Ustedes los irlandeses lo pasan demasiado bien; eso es lo que pasa con ustedes. *(Con súbito apasionamiento.)* Usted habla de su pobre chacra porque la formó quitando del medio unas cuantas piedras que arrojó por la montaña. Pero, ¿y qué obtuvo mi abuelo, me gustaría saber, que instaló un negocio de mercería de primera en Londres, con sesenta años de trabajo, y luego, cuando terminó su contrato, lo echaron y sin un penique por su buena voluntad? ¡Y usted habla de desalojos! ¡Usted a quien no pueden echar de ninguna parte hasta que no tenga dieciocho meses de atraso en el alquiler! Una vez en Lambeth me atrasé en cuatro semanas, cuando estaba sin trabajo en el invierno. Pues quitaron los goznes de la puerta y el marco de la ventana, y mi mujer cogió pulmonía. Ahora soy viudo. *(Entre dientes.)* ¡Dios, cuando pienso en las cosas que los ingleses tenemos que soportar, y oigo chillar a los irlandeses por sus necias, intrascendentes preocupaciones, y veo la forma en que ustedes lo empeoran todo cuando vienen y aceptan malos salarios y cualquier jergón en que dormir, siento que podría alzar en brazos a la floreciente isla británica y regalársela a los irlandeses, sólo para que aprendan a conocer el verdadero sufrimiento!

MATTHEW *(dispuesto a marcharse, más por escandalizada incredulidad que por enojo).* - ¿Tiene el coraje de comparar a Inglaterra con Irlanda, cuando se trata de injusticias, agravios, miseria, sufrimiento? ...

HODSON *(con intenta aversión y menosprecio, pero con frialdad londinense).-¡Oh,* cállese, Patty! Cállese. Usted no sabe lo que significa sufrir. No sabe más que protestar. Usted acepta las cosas de segunda mano. Yo soy autonomista, lo soy. ¿Y sabe usted por qué?

MATTHEW *(igualmente desdeñoso).* -¿Acaso lo sabe usted?

HODSON.-Sí, lo sé. Porque quiero que se preste un poco de atención a mi propio país, y eso nunca sucederá mientras ustedes sigan gritando a voz en cuello en Westminster, como si nadie importara más que ustedes, los pobrecitos. Que los manden al infierno o a Connaught o cualquier otra provincia irlandesa, como dijera el buen inglés de Cromwell. Ya estoy harto de Irlanda. Abandonemos Irlanda. Librémonos del yugo. Regalemos Irlanda a Alemania para que el Káiser se divierta un rato; que la pobre Inglaterra tenga también su oportunidad: eso es lo que quiero.

MATTHEW *(con desdén hacia un hombre tan ignorante que es incapaz de pronunciar bien la palabra Connaught; porque en Irlanda se pronuncia "Cónet", aunque en el dialecto que usa Hodson se pronuncia "Conót".) ¡Cui*dado, no vayamos a cortar nosotros ese yugo algún día! ¡No les vendrá muy bien, que digamos! Y dígame esto: ¿en Inglaterra tienen leyes de expropiación? ¿Los empleados públicos son amovibles? ¿Tienen un Dublin Castle que imponga la censura en todo periódico que salga en defensa de su país?

HODSON.-Nosotros sabemos conducirnos como es debido sin necesidad de esas cosas.

MATTHEW.-Seguro que tiene razón. Sería perder el tiempo amordazar a una oveja. ¡Epa!, ¿dónde está mi porcino? Dios me perdone por hablar con una pobre criatura ignorante como usted.

HODSON *(sonriendo con jocosa malicia, demasiado convencido de su propia superioridad para sentirse herido).*Su cerdo hará de las suyas en ese coche, Patty. Cien kilómetros por hora por esa carretera pedregosa van a tener su efecto, le aseguro.

MATTHEW *(desdeñoso).* - ¿Por qué no puede decir una mentira razonable cuando ya se ha metido en ella? ¿Qué caballo puede marchar a cien por hora?

HODSON. -¿Caballo? ... Pero, ¡qué tonto había sido! No es ningún coche a caballo, sino a motor. ¿Supone acaso que Toro Broadbent iría a enganchar el caballo?

MATTHEW *(consternado).-¡*Bendito Moisés! ¡No me diga que va a llevarme en la máquina.

HODSON. - ¿Y si no, en qué?

MATTHEW. -¡Su alma a Morris Kelly! ¿Por qué no me lo dijo antes? ¡Al diablo si me dejaré subir en una máquina! (Su *oído capta* un p*af-paf que se aproxima.) ¡Oh,* maldito! Viene hacia mí: ya oigo el paf-paf. *(Corre hacia la verja, para gran placer de Hodson, El ruido del motor cesa y Hodson, anticipando el regreso de Broadbent, arroja a un lado la piel del político y retorna a su pose de valet. Broadbent y Larry regresan por el matorral. Hodson se encamina hacia la verja.)*

BROADBENT.-¿Dónde está el señor Haffigan? ¿Habrá ido a buscar el porcino?

HODSON.-Salió disparado, señor. Miedo al auto, señor.

BROADBENT *(muy desilusionado).-¡*Oh, qué lástima! ¿Ha dejado algún recado?

HODSON.-Tenía demasiado apuro, señor. Salió disparado para su casa, señor, sin llevarse el porcino.

Librodot

BROADBENT *(anhelante).* - ¿Dejó el porcino? Está muy bien, entonces. El porcino es lo que me interesa: ese porcino va a conquistarme los corazones irlandeses. Iremos en auto a la chacra de Haffigan y llevaremos al porcino; será de un efecto tremendo. Hodson!

HODSON.-Sí, señor.

BROADBENT. - ¿Crees que podrías reunir un grupo para que vea el auto?

HODSON.-Lo intentaré, señor.

BROADBENT.-Gracias, Hodson. Hazlo.

Hodson traspone la verja.

LARRY *(desesperado).-Por* última vez, Toro, ¿quieres escucharme?

BROADBENT. -¡Tonterías! Te digo que todo irá bien.

LARRY.-Esta misma mañana me confesaste tu sorpresa porque la gente de aquí parecía no tener ningún sentido del humor.

BROADBENT *(repentinamente solemne).-Sí;* su sentido del humor está apenas latente: lo advertí en el momento de desembarcar. ¡Imagínate cosa igual en un país donde cada individuo es un humorista de nacimiento! ¡Imagínate lo que eso significa! *(Imponente.)* Larry, estamos en presencia de una gran aflicción nacional.

LARRY. - ¿Qué les aflige, en tu opinión?

BROADBENT.-Pues lo adiviné, Larry; lo vi en sus rostros. Irlanda no ha sonreído desde que enterrara sus esperanzas en la tumba de Gladstone.

LARRY.-¡Oh!, ¿de qué sirve hablar con un individuo semejante? Escúchame, Toro. Trata de ser formal por un momento, si puedes.

BROADBENT *(estupefacto). -¿Formal? ¡Yo!* ...

LARRY.-Sí, tú. Dices que el sentido del humor en el irlandés permanece latente. Pues si sales en ese auto por Rosscullen llevando el porcino de Haffigan, dejará de estar latente, te lo advierto.

BROADBENT *(con viveza).*- ¡Pues tanto mejor! Yo mismo disfrutaré de la broma más que cualquiera de ellos. *(Gritando.)* ¡Eh, Patsy Farrell!, ¿dónde estás?

PATSY *(Aparece por el* matorral).-Aquí estoy, caballero.

BROADBENT.-Véte a traer el porcino y mételo en el auto; lo llevaremos hasta lo del señor Haffigan. (Palmea a Larry *en el hombro con* tal fuerza *que le hace trasponer la verja tambaleándose, y le sigue vivaz, exclamando.)* ¡Vamos, viejo cascarrabias! Ya te enseñaré cómo se gana una banca irlandesa.

PATSY *(meditativo).* - ¡Caray, si ese cerdo llega a tocar la manija de la máquina! ... *(Sacude la cabeza con siniestro presagio y se aleja hacia la porqueriza.)*

FIN DEL ACTO III

ACTO IV

La sala en casa de Cornelius Doyle, Este ambiente comunica con el jardín por una puerta vidriada. El bogar está al otro lado de la habitación, del lado opuesto a la puerta y ventanas, pues al arquitecto no le preocupaban las corrientes de aire. La mesa, retirada del jardín, ocupa el centro; a ella se ha sentado Keegan, figura central en la habitación demasiado atiborrada de gente. Nora, sentada de espaldas al hogar, junto a un extremo de la mesa, a la izquierda de Keegan, juega con éste al chaquete. Tía Judy, algo más atrás, teje frente al hogar, con los pies apoyados en los morillos. Un tanto a la derecha de Keegan, delante de la mesa, y casi apoyado en ella, se halla Barney Doran. Media docena de amigos suyos, hombres todos, están entre él y la puerta abierta, respaldados por otros que aguardan afuera. En el rincón, detrás de ellos, está el sofá de caoba y crin que sirve de cama a Broadbent. Contra la pared, detrás de Keegan, un aparador de caoba. Cerca del hogar, detrás de tía Judy, una puerta conduce al interior de la casa. Contra la pared, dos sillas, una a cada lado del aparador. Keegan ha depositado su sombrero en la silla más próxima a la puerta interior y su bastón también se apoya en ella. Cerca de la puerta que conduce al jardín, una tercera silla junto a la pared.

Se advierte un fuerte contraste emotivo entre uno y otro lado de la habitación. Keegan está extraordinariamente ceñudo; no hay juego de chaquete que pueda volver tan torva la cara de un hombre. Tía Judy está tranquilamente ocupada y Nora trata de ignorar a Doran y atiende al juego.

En cambio, Doran se tambalea en un éxtasis de malicioso júbilo que contagia a todos sus amigos. Chillan de risa, se retuercen, se apoyan en los muebles y en las paredes, gritan, aúllan, se desgañitan.

TÍA JUDY *(cuando el bullicio se ha calmado por un momento).*-Podría hacer callar ese bochinche, Barney. Yo no veo de qué se ríen.

DORAN.-Metió la pata en la ruedita... *(Es poseído por la risa nuevamente, y también los demás vuelven a desplomarse a carcajadas.)*

TÍA JUDY. - ¡Bah!, tengan sentido común; parecen un montón de bebés. Nora, dale con el puño en la espalda: va a tener un ataque.

DORAN *(con ojos lacrimosos, reventando de risa).*-Amigos, dijo a la puerta de la taberna de Doolan, voy a llevar en auto al caballero que paga la renta.

TÍA JUDY. -¿Qué quiso decir con eso?

DORAN.-Parece que así le dicen al porcino en Inglaterra. Debe de haber alguna broma en eso.

TÍA JUDY.-¡Que Dios los proteja si no saben contar nada mejor!

DORAN *(con síntomas renovados).*-Luego...

TÍA JUDY.-No vaya a contarlo otra vez, que va a volver a sus risotadas, Barney.

NORA.-Ya lo ha contado tres veces, señor Doran. DORAN.-Pero cuando pienso en que...

TÍA JUDY. - ¡Vaya, pues entonces no vuelva a pensar en el asunto!

DORAN.-Ahí estaba Patsy Farrell en el asiento trasero, con el puerco entre las rodillas, y mi temerario muchachote inglés al frente de la máquina, y Larry Doyle en la carretera poniendo en marcha la máquina con un manubrio. Al primer resoplido del motor el cerdo dio un salto y hasta hizo sangrar la nariz de Patsy con la argolla de su hocico. *(Rugidos de risa. Keegan los mira fijamente.)* Antes de que Broadbent supiera dónde estaba, el puerco se le había subido a la espalda y se había sentado en sus rodillas; y miren si la pobre bestia habrá demostrado el entrenamiento que le dio Corny, que puso el motor en cuarta como si lo hubieran inscrito en la carrera del Gordon Bennett...

NORA *(increpándole)*.- ¡Y estando Larry delante del auto! No veo qué gracia hay en eso, señor Doran.

DORAN.-Pero, señorita Reilly, Larry saltó a dos metros de allí, y hubiera saltado a tres más si la abuela de Doolan, sin intención, no lo hubiera recogido en su delantal. *(Inmenso regocijo.)*

TÍA JUDY. - ¡Ah, vergüenza debía darle, Barney! ¡Esa pobre anciana! ¡Y ella que ya estaba lastimada desde aquella vez que resbaló por la escalera!

DORAN. -Mejor así, señora; esta vez la lastimaron por detrás, porque Larry la derribó como si estuviera jugando a los bolos. *(Júbilo general ante este típico rasgo de rabelesianismo irlandés.)*

NORA.-Suerte fue que no lo mataran al muchacho.

DORAN.-Me temo que no fue en Larry en quien pensamos mientras el porcino se hacía dueño y señor de la calle real de Rosscullen, en día de feria y a kilómetro por minuto. La única cosa que Broadbent podía alcanzar teniendo al porcino delante suyo era el freno de pie, y la cola del puerco estaba justo debajo; y cuando pensó que sólo apretaba el freno, estrujaba a matar la cola del puerco. Y cuanto más apretaba el freno, más chillaba el puerco y más rápido iban.

TÍA JUDY.- ¿Pero no podía tirar al cerdo al camino?

DORAN,-No podía ni levantarse para hacerlo, tan maniatado estaba entre el asiento y esa cosa que parece una rueda al extremo de un palo, entre las rodillas.

Librodot

TÍA JUDY.- ¡Que Dios y el cielo nos protejan!

NORA.-Yo no sé cómo pueden reírse de esto. ¿Usted, señor Keegan?

KEEGAN *(ceñudo).-¿Por* qué no? ¡Hay peligro, destrucción, tormento! ¿Qué otra cosa necesitamos para alegrarnos? Sigue, Barney; todavía no has exprimido las últimas gotas de júbilo a tu relato. Cuéntanos otra vez cómo fue despedazado nuestro hermano.

DORAN *(asombrado).-¿El* hermano de quién?

KEEGAN.-El mío.

NORA.-Se refiere al porcino, señor Doran. Usted sabe cómo es.

DORAN *(poniéndose a la altura de las circunstancias).* - Le aseguro que lo lamento mucho por su pobre hermano, señor Keegan; pero le recomiendo que lo pruebe, con un par de huevos fritos, mañana en el almuerzo. Era un caso de altura con esta bestia ambiciosa, porque no contenta con saltar del asiento trasero al delantero, saltó del asiento delantero al camino, justo delante del auto, y...

KEEGAN. - ¡Y todos se rieron!

NORA.-No vuelva sobre eso, *por favor,* señor Doran.

DORAN.-Por suerte, después que el auto pasó por encima de la pobre bestia, no había sobre qué volver, salvo provistos de cuchillo y tenedor.

TÍA JUDY. - ¿Y el señor Broadbent no pudo frenar el coche cuando el porcino saltó al camino?

DORAN. - ¡Parar el coche! Más le hubiera valido frenar a un toro enfurecido. Primero fue hacia un lado e hizo fuegos artificiales con el puesto de vajilla de Molly Ryan, y luego pegó la vuelta y destrozó tres metros de pared de un rincón del corral. *(Enormemente divertido.)* ¡Caray, hizo trizas de la aldea y mandó toda la feria a la gran...! *(Nora, ofendida, se incorpora de un salto.)*

KEEGAN *(indignado).* -¡Cómo se atreve... !

DORAN (*rápido*).-Disculpe que lo dijera en su presencia, señorita Reilly, y en la suya, señor Keegan. ¡Quédese, que me callo!

NORA.-Me asombra, señor Doran. No lo hubiera esperado de usted. *(Vuelve a ocupar su asiento.)*

DORAN *(reflexionando).-Ese* inglés tiene la suerte del diablo, de todos modos; porque cuando lo recogieron no tenía un rasguño, salvo lo que el puerco le hizo en el traje. Patsy tenía dos dedos descoyuntados; pero el herrero se los volvió a su lugar. ¡Oh, nunca han visto mayor batahola que la que allí se armó! Estaba Molly llorando:

"¡Mi loza, mi preciosa loza! Y el viejo Mat gritando: "¡Mi puerco, mi puerco!" Y la policía anotando el número del auto. Y sin un hombre en el pueblo capaz de hablar, de tanta risa...

KEEGAN (con *intenso énfasis).-Es* el infierno, el infierno. En ninguna otra parte serviría una escena así para que el pueblo estalle de alegría.

Cornelius llega apresurado por el jardín, abriéndose paso por entre el pequeño grupo.

CORNELIUS. - ¡Paren de reír, muchachos! Ya está aquí. *(Deja su sombrero sobre la mesilla del bogar y se coloca de espaldas a la chimenea.)*

TÍA JUDY.-Cuiden su comportamiento ahora.

Todos permanecen silenciosos, solemnes, preocupados, afables. Entra Broadbent, manchado y desaliñado hasta su gabán de automovilista: se siente terriblemente importante y serio respecto de sí mismo. Se abre paso hasta el extrema de la mesa más cercano a la puerta del jardín, mientras Larry, que le acompaña, arroja su gabán sobre el sofá-cana y se sienta a observar la escena.

BROADBENT *(quitándose la gorra de cuero y depositándola con dignidad sobre la mesa).*-Espero que no se habrán preocupado demasiado por mí.

TÍA JUDY.- ¿Pues cómo no, señor Broadbent? Fue un milagro que no se matara.

DORAN.-¡Matado! Es un milagro que haya todavía dos huesos sanos y en su lugar. ¿Cómo pudo salir ileso, dígame? Bueno, nunca pensé que me alegraría tanto de volverle a ver sano y salvo. No hay un hombre en el pueblo que pudiera decir menos. *(Murmullo de amable aprobación.)* ¿No quiere acompañarnos a la taberna de Doolan? Podríamos tomar un trago de brandy para sacudirnos la impresión.

BROADBENT.-Son ustedes muy amables; pero la impresión ya la he pasado.

DORAN *(jovial).*-No se preocupe. Venga con nosotros, de todos modos, y sobre una copa cuéntenos lo sucedido.

BROADDENT,-Permítaseme expresar cuán profundamente siento la bondad con que me han abrumado desde el accidente. Puedo declarar con toda sinceridad que hasta me alegro de que haya ocurrido, porque ha despertado la simpatía del carácter irlandés hasta un grado tal que yo nunca hubiera sospechado...

VARIOS PRESENTES.-¡Oh, por cierto que se lo merece!

-Es muy natural.

-Se hubiera podido matar.

Un joven, a punto de estallar de risa, se precipita hacia el jardín. Barney imprime férrea expresión a sus rasgos.

BROADBENT.-No puedo desear otra cosa que beber a la salud de cada uno de ustedes.

DORAN.-Vamos entonces, y a cumplirlo.

BROADBENT *(muy solemne).*-No puede ser: soy abstemio.

TÍA JUDY *(incrédula).*-¡Ah! ¿Y desde cuándo?

BROADBENT.-Desde esta mañana, señorita Doyle. Me han dado una lección *(mira a Nora significativamente)* que no olvidaré. Es posible que la abstinencia total haya salvado mi vida, porque estoy asombrado de la firmeza de mis nervios cuando la muerte me miró hoy a los ojos. De modo que les ruego me dispensen. *(Se concentra para un discurso.)* Caballeros: espero que la gravedad del peligro que todos hemos corrido -porque sé que el peligro para los circunstantes no fue menor que para los ocupantes del auto- servirá en el futuro como prueba de estrechas y formales relaciones entre nosotras. Hemos tenido un día bastante agitado: un animal inocente y valioso perdió su vida; una construcción pública ha sido damnificada; una anciana achacosa ha sufrido un impacto por el que me siento moral y personalmente responsable, aunque infortunadamente mi viejo amigo, el señor Laurence Doyle, atrajera sobre si los primeros embates de su muy natural resentimiento. Lamento profundamente el daño causado a los dedos del señor Patrick Farrell; ya, por supuesto, he tenido buen cuidado de que no sufra pecuniariamente por su accidente. *(Murmullos de admiración ante su magnanimidad, y una voz: "Usted es un caballero, señor".)* Me alegró comprobar que Patsy aceptaba la situación como un irlandés y, lejos de expresar su natural resentimiento, se ofreciera voluntariamente a descoyuntarse todos los dedos de manos y pies en las mismas condiciones. *(Aplauso amortiguado, y un "¡Bien por Patsy!")* Caballeros: yo en Irlanda me he sentido como en mi casa, desde un principio. *(Creciente excitación en quienes le escuchan.)* En todo pecho irlandés he hallado ese espíritu de libertad *(una voz jovial: "¡bravo! !bravo!"),* esa instintiva desconfianza a todo gobierno *(una voz fina, piadosa, con intensa expresión: "¡Dios le bendiga!"),* ese amor a la independencia una voz *desafiante: "¡Eso es! ¡Independencia!"),* esa indignada simpatía por la causa de las nacionalidades oprimidas del extranjero *(un amenazador gruñido general; es el flujo de la pasión patriótica) y* por la absoluta afirmación de los derechos individuales que en mi propio país se reivindican. Si fuera legalmente posible, me haría irlandés naturalizado; y si alguna vez fuera mi buena suerte la de representar a un distrito electoral irlandés en el

Librodot

parlamento, será mi primera preocupación presentar un proyecto de ley legalizando tal operación. Creo que un gran sector del partido liberal aprovecharía esa circunstancia. *(Momentáneo escepticismo.)* Lo creo firmemente. *(Vítores entusiastas.)* Caballeros: he dicho bastante. *(Gritos de "Continúe".)* No: todavía no tengo el derecho de hablarles sobre temas políticos, y no debemos abusar de la cordial hospitalidad irlandesa de la señorita Doyle, convirtiendo su sala de recibo en un mitin público.

DORAN *(enérgico).* -¡Tres hurras por Tom Broadbent, futuro miembro de Rosscullen!

TÍA JUDY *(agitando un calcetín a medio tejer).*- ¡Hip, hip, hurra!

Los hurras son vociferador con gran cordialidad, porque ya para entonces, para los humoristas presentes, es cuestión de vociferar o estallar por dentro.

BROADEENT.¯Amigos míos, les doy las gracias desde el fondo de mi corazón.

NORA *(en un susurro a Doran).*-Lléveselos, señor Doran. *(Doran asiente.)*

DORAN.-Bien, buenas noches, señor Broadbent; ¡y que nunca llegue a lamentar el día en que salió en auto con el puerco de Haffigan! *(Se dan la mano.)* Buenas noches, señorita Doyle.

Todos se dan la mano; Broadbent estrecha la mano *de todos efusivamente. Los acompaña hasta el jardín y desde afuera se le oye decir "buenas noches" en cada una de las inflexiones* conocidas a los *candidatos parlamentarios.* Nora, *tía Judy, Keegan, Larry y Cornelius permanecen en la sala. Larry se llega hasta el umbral de la puerta y observa la escena que tiene lugar en el jardín.*

NORA.-Es una vergüenza burlarse así de él. Hay mucho más de bueno en él que en Barney Doran.

CORNELIUS.-Ya no hay nada que hacer con su candidatura. Lo van a sacar del pueblo a carcajadas.

LARRY *(volviéndose rápido en el umbral).*-Oh, no, eso no: él no es irlandés. Nunca sabrá que están riéndose de él; y mientras ellos se ríen él conquistará la banca.

CORNELIUS.-Pues no podrá impedir que la historia circule.

LARRY.-Ni lo intentará siquiera. Él mismo la contará como uno de los episodios más providenciales en la historia de Irlanda e Inglaterra.

TÍA JUDY.-No será capaz de pasar por tonto hasta ese extremo.

LARRY. -¿Estás segura de que es tan tonto, después de todo, tía Judy? ¡Suponte que pudieras votar! ¿A quién darías tu voto? ¿Al hombre que contó la historia del puerco de Haffigan a la manera de Barney Doran o a la manera de Broadbent?

TÍA JUDY.-Me temo que no se lo daría a ningún hombre. Lo que necesitan en el parlamento son unas cuantas mujeres para acallar tanta insulsa charlatanería.

BROADBENT *(irrumpe en la habitación, se quita su deteriorado gabán de automovilista y lo deposita sobre el sofá).*-Bueno, eso ha terminado. Debo disculparme por el discurso pronunciado, señorita Doyle; pero les gusta, ¿sabe usted? Y todo ayuda en una campaña electoral.

Larry toma la silla más cercana a la puerta, la acerca a la mesa y se sienta a horcajadas, con los codos apoyados en el respaldo.

VA JUDY.-Yo no tenía idea de que fuera usted tan buen orador, señor Broadbent.

BROADBENT. - Oh, es un poco de destreza, nada más. Se aprende en la plataforma. Siempre atiza el entusiasmo.

TÍA JUDY.-Oh, se me olvidaba. Usted no conoce al señor Keegan. Permítame presentarle.

BROADBENT *(estrechando su mano efusivamente).* - Mucho gusto en conocerle, señor Keegan. He oído hablar de usted, aunque aún no había tenido el placer de estrechar su mano. Puedo preguntarle ahora -porque no existe opinión humana que valore más- qué opina usted de mis posibilidades en el distrito.

KEEGAN *(fríamente).-Sus* posibilidades, señor, son excelentes. Usted llegará al parlamento.

BROADBENT *(encantado).-Así* lo espero. Así creo. *(Vacilante.)* ¿Le parece, con toda sinceridad? ¿Está usted seguro de que no es su entusiasmo por nuestros principios lo que ha conquistado su opinión?

KEEGAN.-Yo no tengo ningún entusiasmo por sus principios, señor. Usted llegará al parlamento porque *quiere* llegar y tanto que está preparado a dar los pasos necesarios para inducir a la gente a que vote por usted. Generalmente, así es como la gente llega a esa fantástica asamblea.

BROADBENT *(perplejo).*-Claro. (Pausa.) Así es. *(Pausa.)* Este... sí. *(Nuevamente jovial.)* Sí, creo que votarán por mí. ¿No le parece?

TÍA JUDY.-¿Y por qué no? ¡Mire por los que han votado hasta ahora!

BROADBENT *(estimulado).-Eso* es cierto: eso es muy cierto. Cuando veo a esos oradores inútiles, politicastros, charlatanes, los... los tontos e ignorantes que corrompen a la multitud con su riqueza, o la seducen arrojándole su jerigonza, no puedo dejar de pensar que un hombre honesto, sin patrañas, que quiera hablar con sentido común y erguirse sobre el terreno sólido del principio común y el deber público, *debe* abrirse camino entre hombres de rodas las clases.

KEEGAN *(tranquilamente).-Señor:* hubo una época, en mi ignorante juventud, en que le hubiera llamado hipócrita.

BROADBENT *(enrojeciendo).-* ¡Hipócrita... yo!

NORA *(precipitada).* -Oh, estoy segura de que no ha querido decir eso, señor Keegan.

BROADBENT *(enfático).-Gracias,* señorita Reilly: gracias.

CORNELIUS *(lúgubre).-Todos* tenemos que excedernos un poco en política: ¿de qué nos sirve fingir lo contrario?

BROADBENT *(obstinado).*-Espero no haber dicho o hecho nada que merezca semejante observación, señor Doyle. Si existe un vicio que yo detesto y contra el que toda mi vida pública ha sido una viviente protesta, es el vicio de la hipocresía. Casi preferiría ser contradictorio y no insincero.

KEEGAN.-No se ofenda, señor: sé que es usted sincero. Hay un proverbio en las Sagradas Escrituras que dice -hasta donde la memoria de un anciano puede recordar las palabras, claro está-: "que no sepa el lado derecho de tu cerebro lo que piensa el lado izquierdo". Aprendí en Oxford que este es el secreto del extraño poder que posee el inglés para sacar partido de dos lados opuestos.

BROADBENT.-El texto se refiere en realidad a nuestra mano derecha e izquierda. Estoy asombrado de oír a un miembro de su iglesia citar un documento tan esencialmente protestante como la Biblia; pero por lo menos sabe usted citarlo con exactitud.

LARRY.-Tom: tienes la mejor intención, pero te estás portando como un asno. No comprendes la especial vena humorística del señor Keegan.

BROADBENT *(recuperando instantáneamente su confianza).* - ¡Ah, señor Keegan..., sólo fue una muestra de su encantador humorismo irlandés...! Por supuesto, por supuesto. ¡Qué tonto soy! Lo lamento. *(Palmea a Keegan en la espalda.)* El cerebro de

John Bull es siempre más lento, como usted ve. Además, llamarme hipócrita era una broma demasiado pesada para tragarla de una sola vez.

KEEGAN.-Debe tomar en consideración el hecho de que estoy loco.

NORA.-Oh, no hable de ese modo, señor Keegan.

BROADBENT *(alentándole).-De* ningún modo, de ningún modo. No es más que un irlandés caprichoso, ¿eh?

LARRY. - ¿Está usted verdaderamente loco, señor Keegan?

TÍA JUDY *(sobresaltada).-Oh,* Larry, ¿cómo puedes hacerle una pregunta semejante?

LARRY.-No creo que al señor Keegan le moleste. (A *Keegan.)* ¿Cuál es la versión verídica de esa historia del negro a quien usted confesó en su lecho de muerte? KEECAN. - ¿Qué versión ha oído usted?

LARRY.-Me he enterado de que cuando el diablo vino en busca del negro hereje, lo tomó a usted de la cabeza y le dio tres vueltas antes de volverla a poner en su lugar; y que su cabeza anda trastornada desde entonces.

NORA *(reprochándole).* - ¡Larry!

KEEGAN *(blandamente).-Eso* no es exactamente lo que ocurrió. (Se *concentra, como preparándose para pronunciar una seria alocución; involuntariamente todos le prestan atención.)* Había oído decir que un negro estaba muriéndose y que la gente temía acercarse a él. Cuando llegué al lugar hallé a un anciano hindú, que me hizo uno de esos relatos de inmerecida desgracia, cruel mala suerte, despiadada persecución del destino, que a veces secan las frases hechas de consuelo en los labios de un párroco. Pero este hombre no se quejaba de sus desgracias. Le habían sido deparadas, decía él, por pecados cometidos en su existencia anterior. Luego, sin una palabra mía de consuelo, murió con una resignación total, como mis exhortaciones más fervorosas jamás provocaron en un cristiano, y allí permanecí a su cabecera, pleno del misterio de ese mundo que súbitamente se me revelaba.

BROADBENT.-Es un extraordinario tributo a la libertad de conciencia de que disfrutan los súbditos de nuestro imperio en la India.

LARRY.-Sin duda; pero, ¿podemos aventurarnos a preguntar cuál es el misterio de ese mundo?

KEEGAN—Ese mundo, señor, es muy claramente un lugar de tormento y penitencia, un lugar donde el tonto prospera y el bueno y el sabio son detestados y perseguidos,

Librodot

un lugar donde hombres y mujeres se torturan entre sí en nombre del amor; donde los niños son flagelados y encarcelados en nombre del deber paternal y la educación; donde el débil de cuerpo es envenenado y asesinado en nombre de la curación, y el débil de carácter es sometido a la horrible tortura de la prisión, no por horas sino por años, en nombre de la justicia. Es un lugar donde la herramienta más penosa es un refugio agradable del horror y el tedio del placer, y donde la caridad se ejerce y la buena obra se realiza sólo para salvar las almas del corruptor y del sibarita. Pues, señor, hay un solo lugar de horror y tormento para mi religión; y ese es el infierno. Par lo tanto es evidente para mí que esta tierra nuestra debe ser el infierno y que, como me lo revelara el hindú -quizá él fuera enviado para hacerme tal revelación-, todos estamos aquí para expiar crímenes cometidos por nosotros en una existencia anterior.

TÍA JUDY *(despavorida).* - ¡El cielo nos proteja, qué cosas dice!

CORNELIUS (suspirando).-Es un mundo extraño: eso es verdad.

BROADBENT.-Su idea es muy inteligente, señor Keegan: de lo más brillante; yo nunca hubiera imaginado nada semejante. Pero a mí me parece -si puedo decir lo que está usted pasando por alto el hecho de que, de los males que usted describe, algunos son absolutamente necesarios para la preservación de la sociedad y otros sólo son estimulados cuando los conservadores están en el gobierno.

LARRY. - Supongo que fuiste conservador en tu existencia anterior y por eso estás aquí.

BROADBENT (*con convicción).*-Nunca, Larry, nunca. Pero dejando la política de lado, el mundo es bastante bueno para mí: hasta un lugar alegre, diría yo.

KEEGAN *(observándole con silenciosa admiración).*¿Está usted satisfecho?

BROADBENT.-Como hombre razonable que soy, sí.

No veo ningún mal en el mundo -salvo, por supuesto, los males naturales- que no pueda remediarse con la libertad, la autonomía y las instituciones inglesas. Lo creo, no por que soy inglés, sino por una cuestión de sentido común.

KEEGAN. - ¿Entonces se siente usted a gusto en el mundo?

BROADBENT.-Por supuesto. ¿Y usted no?

KEEGAN *(desde lo más profundo de su* ser).-No.

BROADBENT (*vivaz*).-Le recomiendo que pruebe las píldoras fosforosas. Yo las tomo siempre que mi cerebro está fatigado. Le daré una dirección de la calle Oxford.

Librodot

KEEGAN *(enigmático, se incorpora).*-Señorita Doyle: mi acceso de manía ambulatoria se ha apoderado nuevamente de mí: ¿me disculpa?

TÍA JUDY. -Por supuesto: ya sabe que puede usted entrar y salir cuando quiera.

KEEGAN.-Terminaremos la partida en otro momento, señorita Reilly. (*Va a tomar su sombrero y bastón.)*

NORA.-No: yo he terminado con usted. *(Desordena las* piezas y se incorpora.) Fui demasiado perversa en mi anterior existencia para poder jugar ahora al chaquete con un buen hombre como usted.

TÍA JUDY *(susurrándole).-¡Calla,* calla, niña! No vuelvas a traer este asunto.

KEEGAN (a Nora).-Cuando la miro, pienso que quizá Irlanda sólo sea el purgatorio, después de todo. *(Se dirige hacia la puerta que conduce al jardín.)*

NORA.-¡Vaya usted con Dios!

BROADBENT (a *Cornelius, en un susurro*).-¿Vota él?

CORNELIUS *(asintiendo).-Sí.* Y hay un buen montón que votará como él diga.

KEEGAN *(a la puerta del jardín, con amable gravedad).* -Buenas noches, señor Broadbent. Me ha puesto usted a pensar. Gracias.

BROADBENT *(encantado, corriendo a su encuentro para estrecharle la* mano).-No, ¿es verdad? Ha descubierto que el contacto con las ideas inglesas es estimulante, ¿eh?

KEEGAN.-Nunca me canso de oírle hablar, señor Broadbent.

BROADBENT *(en* tono *de modesta reconvención).* - ¡Oh, vaya, vaya!

KEEGAN.-Sí, se lo aseguro. Usted es un hombre extremadamente interesante. *(Sale.)*

BROADBENT *(entusiasmado).* -¡Qué buen tipo! ¡Qué sujeto inteligente, tan interesante! De paso, mejor será que vaya a lavarme. *(Recoge su abrigo y su gorra y abandona la habitación por la puerta interior.)*

Nora *regresa a su asiento y empieza a* guardar *el juego de chaquete.*

TÍA JUDY.-Keegan estaba muy raro hoy. Parece que le ha vuelto su ataque de locura.

CORNELIUS *(preocupado y* amargado).-Es posible que, después de todo, tenga usted razón. Este es un mundo en discordia. (*A Larry*.) ¿Por qué eres tan tonto que te has dejado arrebatar una banca en el parlamento?

LARRY (*mirando a Nora de soslayo*).-Ya me arrebatará algo más antes de que termine aquí.

CORNELIUS.-Ojalá no hubiera puesto pie en mi casa. ¡Maldita sea la hora en que vi su cara gordinflona! (*Pausa.)* Oye, Larry, ¿crees que él me prestaría 300 libras sobre la chacra? Cuando estoy en apuros, ahora que la tierra es mía, me parece estar perdiendo dinero si no la hipoteco.

LARRY.-Yo puedo prestarte 300 libras sobre la chacra.

CORNELIUS.-No, no: yo no lo decía por eso. Cuando muera y te deje la chacra quiero sentir que es toda mía, y no mitad tuya desde un principio. Te juraría que Barney Doran va a pedirle a Broadbent 500 libras sobre el molino para ponerle una rueda nueva; la vieja apenas se sostiene ya. Y Haffigan no puede dormir sin codiciar esa esquina de terreno, al pie de su prado, que pertenece a Doolan. Tendrá que hipotecar para comprar. Y tanto me vale ser primero que último. ¿Crees que Broadbent me prestará algo?

LARRY. -Seguro estoy de que lo hará.

CORNELIUS.-¿Tan bien dispuesto está? ¿Crees que llegaría a prestarme quinientas si se lo pidiera?

LARRY.-Te prestará más de lo que jamás haya valido tu tierra; así que, por amor de Dios, sé prudente.

CORNELIUS *(juicioso).*-Muy bien, muy bien, hijo mío: tendré cuidado. Iré a la oficina por un rato. (Se retira por la puerta *interior, evidentemente* para preparar la solicitud *que presentará* a Broadbent.)

TÍA JUDY *(indignada).*- ¡Como si no hubiera visto demasiado dinero prestado, cuando era corredor, para no querer pedir prestado jamás! (Se incorpora.) Yo le prestaré, ya verá. *(Deja su tejido sobre la mesa y* sigue tras él, con *ademán* tan *resuelto que predice* graves dificultades para *Cornelius.)*

Larry y Nora quedan solos y juntos por primera vez desde la llegada de él. Ella le mira con rara sonrisa que se esfuma al verle ausente, hamacándose en su silla, meditando en todo menos en ella y con los labios fruncidos como para silbar. Con un nudo en la garganta toma en sus manos el tejido de tía Judy y finge continuarlo.

NORA.-Supongo que a ti no te parecieron demasiado largos.

LARRY *(sobresaltado).-¿Eh?* ¿Qué cosa?

NORA. - Los dieciocho años que has estado lejos.

Librodot

LARRY. - ¡Ah, eso! No: no parece más de una semana. He estado tan ocupado... he tenido tan poco tiempo para pensar...

NORA.-Yo no he tenido nada que hacer sino pensar.

LARRY. - Eso no hace bien. ¿Por qué no desistes? ¿Por qué te quedaste aquí?

NORA.-Porque nadie me invitó a ir a ninguna otra parte, supongo. Esa es la razón.

LARRY.- Sí: somos espantosamente capaces de clavarnos en un sitio, hasta que venga alguna fuerza externa y nos obligue a desarraigarnos. *(Bosteza ligeramente; pero cuando ella alza rápida su mirada hacia él, se domina y se incorpora con el aspecto de quien ha despertado y se dispone a obrar alegremente para hacerse agradable.)* ¿Y cómo has estado todo este tiempo?

NORA.-Bastante bien, gracias.

LARRY.-Me parece bien. *(Descubre repentinamente que no tiene nada que* agregar y entonces, incómodo, se pasea por la *habitación* tarareando una tonada del Whittington" de *Offenbach.)*

NORA *(esforzándose* por contener *las* lágrimas).-¿Eso es todo lo que tienes que decirme, Larry?

LARRY.-Pues, ¿qué otra cosa puedo decirte? Nos conocemos tan bien.

NORA (algo consolada).-Sí: claro que sí. *(Él no responde.)* Quisiera saber por qué has vuelto.

LARRY.-No pude evitarlo. *(Ella le mira con afecto.)* Tom me obligó. *(Rápida baja la vista* para ocultar el efecto de este golpe. Él *silba* otra estrofa; luego reanuda la *conversación.)* Tenía un cierto temor de regresar a Irlanda. Presentía que mi suerte había de cambiar si yo regresaba. Y ahora, heme aquí, en nada peor.

NORA, - Quizá te resulte un poco aburrido.

LARRY.-No: aún no he agotado el interés de pasear por los antiguos sitios, recordar y soñar con ellos.

NORA *(esperanzada).-¡Ah!* ¿Entonces recuerdas los antiguos sitios?

LARRY. -Por supuesto. Las imágenes se asocian.

NORA *(segura de que se asocian a ella).*-Supongo que sí.

LARRY. - Oh, sí. Puedo recordar los lugares donde tenía mis grandes ataques de melancolía, soñando con los países adonde pensaba escaparme de Irlanda en cuanto pudiera. América, Londres y a veces Roma y el Oriente.

NORA *(profundamente mortificada).-¿*Y no pensabas en ninguna otra cosa?

LARRY. - Pues, paca cosa de valía quedaba por pensar, mi querida Nora, salvo a veces en el crepúsculo, cuando algo me ponía sentimental y se me daba por llamar Erín a Irlanda y por imaginar los días de la antigüedad y todo lo demás. (*Silba "Añoranzas de Erín".)*

NORA. - ¿Recibiste la carta que te escribí en febrero?

LARRY. - Oh sí; y tuve intenciones de contestarla. Pero no tuve un momento libre; y sabía que no te ofenderías. ¡Tengo tanto miedo de aburrirte contándote asuntos que tú no comprendes, hablándote de gente que tú no conoces! ¿Y de qué otra cosa puedo escribirte? Empiezo una carta y luego la rompo. La verdad es que, por mucho cariño que nos tengamos, Nora, tenemos tan pocas cosas en común -me refiero por supuesto a las cosas que puedan interesar en una carta- que la correspondencia puede convertirse en el más duro de los trabajos forzados.

NORA.-Sí: es muy difícil saber de ti, si nunca me cuentas nada.

LARRY *(áspero).* -Nora: un hombre no puede sentarse a escribir su vida día a día, cuando está bastante cansado con sólo vivirla.

NORA.-Yo no te reprocho.

LARRY *(la mira no sur cierta inquietud).-Parecería* que estás desanimada. *(Acercándose a ella, con ansiedad y ternura.)* No tendrás neuralgia, ¿verdad?

NORA. - No.

LARRY *(tranquilizado)*, -A mí me da a veces cuando estoy sin ánimo. *(Ausente, vuelve a recorrer la habitación.) Sí, sí. (Vuelve a tararear, y pronto prorrumpe en articulada melodía.)*

Aunque aquí el estío me sonría por siempre,

aunque de los árboles no caigan las hojas...

Díle a mi Inglaterra que no la olvidaré...

(Nora deja a un lado su tejido y le mira fijamente.)

Oh, brisa que corres por sobre los mares,

(Con mucha expresión)

Díle a mi Inglaterra que no la olvidaréee,

Oh, brisa que corres...

(Aquí la melodía se remonta fuera de su alcance. Continúa en falsete, pero cambia la tonada a "Añoranzas de Erín".) Temo aburrirte, Nora, aunque eres demasiado amable para decírmelo.

NORA.-¿Tan pronto quieres volver a Inglaterra?

LARRY.-De ningún modo. De ningún modo.

NORA.-Extraña canción has venido a cantarme, en todo caso.

LARRY.-¡La canción! Oh, no quiere decir nada: la compuso un judío alemán. como todo el sentimentalismo patriótico inglés. No te preocupes por mí, querida: sigue con tu trabajo y no permitas que yo te aburra.

NORA *(amargamente).* -Rosscullen no es un lugar tan divertido que yo pueda aburrirme con nuestra primera conversación a solas después de dieciocho años, aunque tú no pareces tener mucho que decirme, después de todo.

LARRY.-Dieciocho años es un tiempo endiabladamente largo, Nora. Si hubieran sido dieciocho minutos, o aun dieciocho meses, hubiéramos podido retomar el hilo interrumpido y charlar como dos urracas. Pero tal como están las cosas, yo, simplemente, no tengo nada que decir; y tú pareces tener menos aun.

NORA. - Yo... *(Las lágrimas la ahogan; pero lucha desesperadamente por mantener las apariencias,)*

LARRY *(inconsciente casi de su crueldad).* - Dentro de una semana más o menos volveremos a ser viejos amigos. Entretanto, como debo estar aburriéndote, voy a retirarme. Díle a Tom que he salido a caminar por el cerro.

NORA.-Pareces sentir gran afecto por Tom, como tú le llamas.

LARRY *(la trivialidad desaparece repentinamente de su* voz).-Sí: siento gran afecto por Tom. NORA.-Bueno, no quiero retenerte si buscas su compañía.

LARRY.-Sé muy bien que mi partida será un alivio para ti. Ha sido un fracaso este primer encuentro nuestro después de dieciocho años, ¿eh? Bueno, no te preocupes: estos grandes acontecimientos sentimentales siempre son fracasos; y ahora, de todos modos, ya hemos pasado lo peor. *(Sale por la puerta del jardín.)*

Nora, que ha quedado sola, se esfuerza desesperadamente por no estallar en sollozos apoya su rostro en la mesa y da rienda suelta a una convulsión de llanto. Los sollozos la sacuden de tal modo que no oye nada; y no sospecha siquiera que ya no está sola, hasta que su cabeza y su barbilla son alzadas por Broadbent, quien, al regresar por la puerta interior, lavado y peinado, ha advertido la condición en que se encuentra

Nora, primeramente con sorpresa y desasosiego, luego con una confusión emotiva que le trastorna profundamente.

BROADBENT.-Señorita Reilly. Señorita Reilly. ¿Qué le sucede? No llore: no puedo soportarlo; usted no debe llorar. *(Ella hace un esfuerzo por hablar tan penoso que él prosigue con impulsiva simpatía.)* No: no trate de hablar: ahora está bien. Llore todo lo que quiera; no se preocupe por mí; téngame confianza. *(Acercándola hacia sí y balbuceando consolador.)* Llore sobre mi pecho: el único sitio amable para el llanto de una mujer es el pecho de un hombre, un hombre verdadero, un amigo verdadero. Un pecho amplio, ¿eh?, de unos cien centímetros por lo menos... no, no proteste: olvídese de los prejuicios; somos dos amigos, ¿no es así? ¡Vamos ya, vamos, vamos! Ya todo está bien y afable y feliz, ;no es así?

NORA *(entre sollozos).*-Suélteme. Déme mi pañuelo.

BROADBENT *(sosteniéndola con un brazo y extrayendo un amplio pañuelo de seda del bolsillo superior de su saco).*-Aquí tiene un pañuelo. Permítame. *(Enjuga sus lágrimas con el pañuelo.)* Olvídese del suyo, es demasiado pequeño... un pobre pañuelito de batista...

NORA *(sollozando).*-Peor, es un vulgar pañuelito de algodón.

BROADBENT.-Claro que es un vulgar pañuelo de algodón... un simple pañuelito.. . demasiado simple para los ojos queridos de Nora Craina...

NORA *(prorrumpiendo en rata carcajada histérica y asiéndose convulsivamente con los dedos, mientras intenta ahogar su risa contra la clavícula de él).*-Oh, no me haga reír: por favor, no me haga reír.

BROADBENT *(aterrorizado).*-No tuve intención, se lo juro. ¿Qué es? ¿Qué pasa?

NORA.-Nora Crina, Nora Crina.

BROADBENT *(palmeándole).*-Sí, sí: claro, Nora Crina, Nora acushla...

NORA.-Acashla...[25]

BROADBENT.-¡Oh, vaya qué lenguaje! Nora querida... mi Nora... la Nora que yo amo...

NORA *(escandalizada).*-Usted no debe hablarme así.

BROADBENT *(tornándose repentina y prodigiosamente solemne y dejándola en libertad).*-No, claro que no. No tuve intención.. . es decir, tengo intenciones, pero

[25] *Acushla. Pronunciado acashla por los escoceses; de ahí la corrección que hace Nora.*

Librodot

sé que es demasiado prematuro. No tengo derecho a aprovecharme de la circunstancia de que está usted trastornada; pero perdí el dominio por un momento.

NORA *(perpleja).*-Creo que es usted un hombre de muy buen corazón, señor Broadbent; pero se me antoja también que es un hombre sin ningún freno. (Vuelve el rostro con vehemente sentimiento de vergüenza y agrega:) Lo mismo que yo.

BROADBENT *(resuelto).*-Oh sí, yo lo tengo: debería verme usted cuando estoy realmente excitado: entonces tengo un dominio tremendo. Acuérdese: hemos estado a solas una sola vez; y entonces, lamento decirlo, me hallaba yo en un estado lamentable.

NORA. - Ah, no, señor Broadbent: eso no es verdad.

BROADBENT *(implacable).*-Sí lo es: nada puede excusarme: estuve completamente brutal. Debo haber causado una impresión de todo punto desfavorable en usted.

NORA.-Oh, no es nada. No volvamos a hablar del asunto.

BROADBERT.-Sí, debo hacerlo, señorita Reilly: es mi deber. No la detendré por mucho tiempo. ¿Puedo pedirle que tome asiento? *(Señala una silla con oprimente solemnidad. Ella se sienta, pasmada. Él, entonces, con la misma gravedad, dispone otra silla cerca de ella, toma asiento y procede a explicarse.)* Ante todo, señorita Reilly, puedo asegurarle que no he probado nada que contenga alcohol en todo el día de hoy.

NORA.-No parece causar tanta diferencia en usted como en un irlandés; no me explico por qué.

BROADBENT.-Quizá no. Quizá no. Nunca me pierdo por completo.

NORA *(consoladora).*-Bueno, de todos modos, ahora está bien.

BROADBENT *(ferviente).-Gracias,* señorita Reilly: sí, estoy bien. Ahora podremos entendernos. *(Tiernamente, bajando* la voz.) Nora: anoche procedí de buena fe. (Nora *hace* un movimiento como *para incorporarse.)* No; un momento. Usted no debe pensar que voy a forzar una respuesta antes de que me conozca por lo menos veinticuatro horas. Soy hombre razonable, así lo espero; y estoy dispuesto a esperar tanto tiempo como usted quiera, a condición de que me dé una pequeña seguridad de que la respuesta no será desfavorable.

NORA.-Y después, ¿cómo podría faltar a lo pactado? A veces pienso que no anda usted bien de la cabeza, señor Broadbent dice cosas tan graciosas...

BROADBENT.-Sí: sé que tengo un profundo sentido del humor, que a veces hace pensar a la gente que estoy hablando en serio. Por eso siempre pensé que me gustaría casarme con una irlandesa. Ella siempre comprendería mis
bromas. Por ejemplo usted, usted las comprendería, ¿verdad?

NORA *(inquieta).-Señor* Broadbent: yo no podría...

BROADBENT *(con dulzura).*-Espere, permítame decírselo pausadamente, señorita Reilly: termine de escucharme. Supongo que usted ha comprendido que en nuestras conversaciones he tenido que contener mis sentimientos, para no lastimar su delicadeza con una declaración demasiado brusca. Ahora presiento que ha llegado el momento de abrirme, de ser franco y explícito. Señorita Reilly: usted ha inspirado en mí un sentimiento muy fuerte. Quizá, con la intuición de una mujer, lo haya adivinado ya.

NORA *(incorporándose* aturdida).-¿Por qué me habla de ese modo tan impasible, tan desatinado?

BROADBENT (se *incorpora también, muy sorprendido).* ¡Impasible! ¡Desatinado!

NORA.-No sabe acaso que me ha dicho cosas que ningún hombre debía pronunciar a menos... a menos... *(Súbitamente,* estalla *otra* vez *en sollozos y oculta* su rostro *en la mesa,* como antes.) Oh, apártese de mí: no me casaré nunca; ¿qué es el amor sino angustia y desilusión?

BROADBENT *(desplegando* los *síntomas* más formida*bles de furia y* aflicción).-¿Quiere decir entonces que me rechaza, que no soy nada para usted?

NORA *(le mira consternada).-Oh,* no lo tome así, señor Broad...

BROADBENT *(sonrojado y* casi ahogado),-No quiero ser mimado y adulado. (Con furia *infantil.)* Yo la amo. Quiero que sea usted mi esposa. *(Desesperado.) No* puedo impedir que usted me rechace. Me siento indefenso: nada puedo hacer. Pero usted no tiene derecho a arruinar toda mi vida. . . Usted... *(Una convulsión histérica está a punto de hacerle callar.)*

NORA *(casi despavorida).* -No va usted a llorar, ¿verdad? Nunca pensé que un hombre podio llorar. No...

BROADBENT.-No, no lloro. Yo ... yo ... yo dejo esas cosas a sus condenados irlandeses sentimentales. Usted cree que no tengo sentimientos, sólo porque soy un inglés sencillote, nada sentimental, sin poder de expresión.

NORA. -Sospecho que ni usted mismo se conoce bien. Sea usted como fuere, no son sentimientos lo que le faltan.

BROADBENT *(herido y petulante).*-Usted es quien no tiene sentimientos. Le falta corazón, igual que a Larry.

NORA.-¿Pero qué espera de mi? ¿Que me eche a su cuello en el mismo momento en que la palabra sale de su boca?

BROADBENT *(golpeándose la cabeza con los puños).* -Oh, ¡qué tonto he sido! ¡Qué bruto soy! Si es su pudor irlandés... ¡Claro, claro! Usted quiere decirme que sí. ¿Verdad? ¿Sí, sí, sí?

NORA.-Creo que usted comprenderá que, aunque bien puedo quedarme solterona, no podría casarme ya con otro hombre que con usted.

BROADBENT *(violento, la oprime contra su pecho, con un canto de inmenso alivio y triunfo).*-Ah, está muy bien; está muy bien: magnífico. Yo sabía que usted comprendería que esto puede ser algo formidable para nosotros dos.

NORA *(molesta y en nada arrebatada por su ardor).*-Usted es horrendamente fuerte y quizá hasta demasiado pródigo con su fuerza. Y yo nunca pensé en si esto podía convenirnos o no. Cuando usted me encontró aquí en aquel momento, y yo permití que fuera bondadoso conmigo y lloré en sus brazos, era porque me sentía demasiado infeliz para pensar en otra cosa que en el consuelo que eso me prodigaba. Después de eso, ¿cómo podría permitir que otro hombre me tocara siquiera?

BROADBENT *(conmovido).*-Pues eso es muy fino de su parte, Nora: eso es exquisitamente femenino. *(Besa su mano caballerescamente.)*

NORA *(mirándole ansiosa y algo dubitativa).*-Claro que si usted permite que una mujer llore sobre su pecho, nunca volvería a tocar a otra.

BROADBENT *(escrupuloso).*-Así debería ser, en rigor, mi querida amiga. Pero la verdad es que, cuando un hombre es lo que se llama un muchacho agradable, su pecho se convierte en un baluarte que debe soportar más de un asalto: así sucede por lo menos en Inglaterra.

NORA *(lacónica, muy disgustada).*-Será mejor entonces que se case con una inglesa.

BROADBENT *(poniendo cara compungida).*-No, no; la mujer inglesa es demasiado prosaica para mi gusto, demasiado materialista, hay demasiado de

bistec animado en ella. El ideal femenino es lo que yo busco. El gusto de Larry es precisamente el opuesto: a él le gustan sólidas, robustas y bastante vehementes. Es una diferencia muy conveniente, porque nunca hemos estado enamorados de una misma mujer.

NORA. -¿Y pretende usted decirme que ya ha estado enamorado alguna otra vez?

BROADBENT. - ¡Pues... sí!

NORA. -¿Que no soy su primer amor?...

BROADBENT.-El primer amor no es sino un poco de locura y mucho de curiosidad: ninguna mujer que se respete a sí misma se aprovecharía de ello. No, mi querida Nora; yo he terminado con todo eso hace tiempo. Las cuestiones amorosas terminan siempre en peleas. Nosotros no pelearemos; tendremos un hogar sólido y cuadrangular; seremos hombre y mujer; habrá comodidad y sentido común... y mucho afecto, ¿eh? *(La rodea con un abrazo de confiada propiedad.)*

NORA *(fríamente, tratando de alejarse).*-No quiero las sobras de otras mujeres.

BROADBENT *(asiéndola*).-Nadie le ha pedido eso, señora. Nunca he pedido a ninguna otra mujer que se case conmigo.

NORA *(severamente).-¿Por* qué no lo hizo, si es usted una persona honorable?

BROADBENT.-Pues, a decir verdad, casi todas eran casadas ya. ¡Pero no le importe! No había nada de malo en ello. ¡Vamos, no me trate injustamente! Después de todo, también usted debe haber tenido uno o dos amores, ¿eh?

NORA *(con remordimiento de conciencia).*-Sí. Supongo que no tengo derecho a ser exigente.

BROADBENT *(humilde).-Yo* sé que no la merezco, Nora. Pero no hay hombre que la merezca, sépalo usted, siendo usted como es.

NORA.-¡Oh, no soy nada mejor que usted! Mejor será que se lo diga.

BROADBENT.-No, no; mejor será que no vayamos a las confidencias, mejor será que no. Yo no le diré nada; tampoco me diga usted nada. Habrá perfecta confianza entre nosotros, así que nada de confidencias: es el mejor modo de evitar peleas.

NORA. - No crea que es nada de que deba avergonzarme.

BROADBENT.-Si no lo Creo...

NORA. -Sólo que nunca conocí a nadie a quien pudiera estimar de verdad; y fui bastante tonta como para pensar que Larry...

Librodot

BROADBENT *(desechando inmediatamente esa idea).* -¡Larry! ¡Oh, no; eso no hubiera servido de nada, de nada! Usted no conoce a Larry como lo conozco yo, querida. Él no tiene ninguna capacidad para disfrutar de la vida; no podría hacer dichosa a ninguna mujer. Es todo lo listo que usted quiera, pero la vida es demasiado terrenal para él; en el fondo, no le importa nada de nada ni de nadie.

NORA.-Ya lo he comprendido.

BROADBENT.-Claro que sí. No, querida mía; créame, de buena se ha librado. ¡Así! *(Meciéndola sobre su pecho,)* Esto es mucho más consolador para usted.

NORA *(con displicencia irlandesa).*- ¡Ah, no debe continuar así! No me gusta.

BROADBENT (sin titubear).-Adquirirá el gusto paulatinamente. No debe preocuparse por mí: es una absoluta necesidad de mi naturaleza tener alguien a quien pueda abrazar ocasionalmente. Además, a usted le hará bien: desarrollará sus músculos, les dará elasticidad y concederá aplomo a su figura.

NORA.- ¡Pues quién diría! ¡Así que son estos los modales ingleses! ¿No le da vergüenza hablar de estas cosas?

BROADBENT *(muy vivaracho).*-En lo más mínimo. ¡Por San Jorge, Nora! Es tremendamente importante saber entretenerse. Salgamos de esta sofocante piecita y demos un paseo. Necesito salir al aire libre y expandirme. Vamos. (*Pasa su brazo por el de ella y la conduce hacia el jardín como un ventarrón podría arrastrar una hoja seca.)*

Entrada la tarde, el saltamontes vuelve a gozar de la puesta de sol desde la enorme piedra de la colina; pero *esta vez no goza ni del estímalo de la conversación de Keegan ni del placer de aterrorizar a Patsy Farrell. Está solo, harta que Nora y Broadbent ascienden la montaña tomados del brazo. Broadbent sigue vivaz y confiado; pero ella mantiene la cabeza vuelta hacia otro lado y está a punto de llorar.*

BROADBENT *(deteniéndose a aspirar el aire de la montaña).*-¡Ah! Me gusta este sitio. Me gusta esta vista. Este sería un hermoso lugar para un hotel con canchas de golf. Fin de semana de viernes-a-martes, con boleto de ferrocarril y hotel, todo incluido. Nora, yo voy a hacer prosperar este lugar. *(Mirándola.)* ¡Vaya! ¿Qué te sucede? ¿Cansada?

NORA *(incapaz de contener las lágrimas).*- ¡Por mi vida que estoy avergonzada!

BROADBENT *(sorprendido).*- ¡Avergonzada! ¿De qué? NORA.- ¡Oh!, ¿cómo pudiste arrastrarme así por todo el pueblo, diciendo al mundo entero que vamos a casarnos y presentándome a lo más bajo de lo más bajo, permitiendo que me dieran la mano y alentándoles a intimar con nosotros? Nunca pensé que viviría hasta estrechar la mano de Doolan a la luz del día y en plena calle de Rosscullen.

BROADBENT.-Pero, querida mía, Doolan es tabernero, un hombre muy influyente. A propósito, le pregunté si su esposa estaría en casa mañana. Respondió que sí; así que mañana tomarás el auto e irás a visitarla.

NORA *(estupefacta).*-¡Que yo vaya a visitar a la esposa de Doolan! ,

BROADBENT.-Sí, por supuesto; visita a todas las esposas. Tenemos que pedir una copia de los padrones y un surtido de tarjetas solicitando votos. Es inútil visitar a los que no pueden votar. Tendrás mucho éxito como agente electoral, Nora; te llamarán "la heredera' y se sentirán enormemente halagados con m visita, especialmente porque nunca te hablas rebajado a hablarles, ¿no es así?

NORA *(indignada).* - Por cierto que no.

BROADEENT.-Pues no debemos mostrarnos demasiado orgullosos y estirados. Debemos ser perfectamente democráticos y proteger a todos sin distinción de clases. ¡Ah, soy un hombre afortunado, Nora Cryna! Me comprometo con la mujer más encantadora de Irlanda, y resulta que no pude haber dado un golpe mejor para la campaña electoral.

NORA.- ¿Y permitirás que me rebaje de ese modo sólo para que tú puedas llegar al parlamento?

BROADBENT *(jovial).*- ¡Ajá! ... Espera hasta que descubras qué interesante puede ser el juego de la campaña electoral: harás lo imposible para hacerme llegar. Además, ¿no te gustaría que la gente dijera que la mujer de Tom Broadbent ha hecho de él lo que es ... que ella lo llevó al parlamento, al ministerio quizá?

NORA.-¡Dios sabe que yo no te escatimo mi dinero! Pero rebajarme al nivel de esa gente ordinaria...

BROADBENT. -Para la esposa de un miembro del parlamento, Nora, nadie es ordinario con tal de que esté en el padrón. ¡Vamos, querida! Todo está bien. ¿Crees que te permitiría hacer algo que no lo fuera? Lo hace la mejor gente. Todo el mundo lo hace.

NORA *(que ha estado mordiéndose el labio y mirando hacia la montaña, desconsolada y sin convencerse).*-Bueno, quizá sepas mejor que yo lo que hacen en Inglaterra. Deben respetarse muy poco. Creo que volveré a casa ahora. Veo a Larry y al señor Keegan ascendiendo la montaña, y no estoy como para conversar con ellos.

BROADBENT.-Espera un momento y dile algo agradable a Keegan. Me dicen que controla por lo menos tantos votos como el Padre Dempsey.

NORA.-¡Poco conoces tú a Peter Keegan! Él leería a través de mí como si yo fuera un cristal.

BROADBENT. - ¡Oh, no le gustará menos por eso! Lo que más halaga a un hombre es que se le considere merecedor de elogios. No es que yo lisonjeara a nadie, no vayas a creerlo. Saldré a su encuentro. *(Desciende la montaña con la mirada ansiosa y expectante de un hombre que va a saludar a un importante personaje de su relación. Nora enjuga sus lágrimas y se dispone a alejarse cuando Larry asciende la montaña hacia ella.)*

LARRY.-Nona. *(Ella se vuelve y lo mira duramente, sin una palabra. Él continúa ansioso, en el tono más conciliatorio.)* Cuando me aparté de ti aquella vez, me sentía tan desventurado como tú. No sabía en verdad qué era lo que quería decir, y mi lengua no hacía más que parlotear para ocultar mi turbación. Bueno, desde entonces he estado pensando; y ahora sé lo que debía haber dicho. He venido a decírtelo.

NORA. -Has venido demasiado tarde, entonces. Creíste que dieciocho años no alcanzaban y que podías hacerme esperar un día más. Pues te equivocaste. Me he comprometido en matrimonio con tu amigo el señor Broadbent y he terminado contigo.

LARRY *(ingenuamente).*- ¡Pero si eso era lo que quería aconsejarte que hicieras!

NORA *(involuntariamente).*- ¡Oh, bruto! ¡Y te atreves a decírmelo a la cara!

LARRY *(replegándose nerviosamente en sus modales más irlandeses).* -Nora querida, ¿no comprendes que yo soy irlandés y él inglés? Él te quiere; pues te arrebata. Yo te quiero; pues riño contigo y tengo que seguir deseándote.

NORA.-Razón tienes. Mejor será que te vuelvas a Inglaterra, a los bistecs animados que tanto te agradan.

LARRY *(asombrado).* - ¡Nora! *(Adivinando el origen de la metáfora.)* Tom ha estado hablando de mí, por lo visto. Bueno, pues no te importe: seguiremos siendo amigos tú y yo. No quiero que su casamiento contigo signifique tu divorcio de mí.

NORA.-Te preocupas por él como jamás te preocuparas por mí.

LARRY *(con brusca sinceridad).-Pues* claro que sí, ¿por qué he de mentirte? Nora Reilly era una persona de muy poca importancia para mí o cualquier otro fuera de este miserable agujero. Pero la esposa de Tom Broadbent será una persona de mucha importancia. Cumple a conciencia con m papel y no habrá más negligencias, ni soledades, ni inútiles arrepentimientos o vanas esperanzas en las tardes junto a la torre redonda, sino una vida real y un trabajo verdadero, con verdaderas preocupaciones y verdaderas alegrías entre gente verdadera: la sólida vida inglesa en Londres, centro del mundo. Descubrirás que tu trabajo es perfecto para ti, cuidarás del hogar de Tom, entretendrás a los amigos de Toro y ayudarás a Toro a llegar al parlamento; pero valdrá la pena.

NORA. -Hablas como si yo le estuviera obligada por casarse conmigo.

LARRY.-Digo lo que pienso. Has hecho una boda brillante, créeme.

NORA.- ¡Pues sí! Algunos dirán que tampoco él sale perdiendo.

LARRY.-Si quieres decir que serás un tesoro para él, ya está convencido; y puedes hacer que siga pensándolo, si lo deseas.

NORA,-No estaba pensando en mí en absoluto.

LARRY. -¿Pensabas acaso en tu dinero, Nora?

NORA.-Yo no he dicho tal cosa.

LARRY.-Tu dinero no alcanzará siquiera para pagar el sueldo de tu cocinero en Londres.

NORA *(encendiéndose). -Si* eso es verdad -y peor vergüenza para ti por arrojármelo así al rostro-, de todos modos nos permitirá ser independientes; porque, en el peor de los casos, siempre podremos volver aquí y vivir de eso. Y si tengo que cuidar su casa, de todos modos podré mantenerte a ti a distancia, porque he terminado contigo, y ojalá no te hubiera visto en mi vida. Así que adiós, señor Larry Doyle. *(Le vuelve la espalda y se encamina hacia la casa.)*

LARRY *(observándola mientras se aleja.)* Adiós. Adiós. ¡Oh, esto es tan irlandés! Irlandeses somos los dos hasta la médula: irlandés, irlandés...

Llega Broadbent, que conversa enérgicamente con Keegan.

BROADBENT. -Nada paga tanto como un hotel de golf, si se posee el terreno en lugar de las acciones, y si el mueblero quiere formar parte de la sociedad, y se es un buen negociante.

LARRY.-Nora se fue para casa.

Librodot

BROADBENT.-Tenías razón esta mañana, Larry. Tengo que alimentar a Nora. Es débil y eso la hace caprichosa. ¡Oh!, ¿te dije ya que estamos comprometidos?
LARRY.-Ella misma me lo dijo.
BROADBENT *(complacido).*-Está transportada con todo esto, imagínate. ¡Pobre Nora! Bueno, señor Keegan, como le decía, recién empiezo a orientarme aquí. ¡Empiezo a orientarme!
KEEGAN *(con cortés inclinación).*-¡El inglés conquistador! ... En las veinticuatro horas desde su llegada nos ha quitado usted a nuestra única heredera, y hasta puede decirse que se ha asegurado nuestra banca en el parlamento. Y me ha prometido que cuando venga aquí en las tardes, a meditar en mi locura, a contemplar la sombra de la torre redonda alargándose en el crepúsculo, a destrozar mi corazón inútilmente, en la hora vespertina, por el corazón inerte y el alma ciega de la isla de los santos, usted me consolara con el bullicio de un gran hotel y la vista de los niños que cargarán a sus espaldas los palos de golf de los turistas, en preparación de la vida por venir.
BROADBENT *(algo conmovido, ofreciéndole, para consolarle, un cigarro que le hace sonreír y menear la cabeza).* -Sí, señor Keegan, tiene usted razón. En todo hay poesía, aun *(mirando ausente su cigarrera),* aun en las cosas modernas más prosaicas, si se la sabe extraer. *(Extrae un cigarro para sí y ofrece otro a Larry, que lo acepta.) Y,* aunque me mataran, no sabría; pero ahí es donde entra a tallar usted *(pícaramente, despertando de su embeleso y animando a Keegan con su buen humor). Y* luego lo despertaré yo a usted. Ahí es donde yo entro a tallar, ¿comprende? *(Lo palmea agradablemente en el hombro, mitad admirativo, mitad apiadado.)* Eso es, eso es. *(Volviendo a los negocios.)* A propósito, creo que aquí puede hacerse algo más que un ferrocarril de trocha angosta. No hay duda ya de que el barco a motor será adoptado para siempre. Pues, mire usted ese magnífico río allí, completamente desperdiciado.
KEEGAN *(entornando los* ojos).-"Silencioso, ¡oh Moyle!, sea el murmullo de tus aguas..."
BROADBENT.-El ruido de un barco a motor es bastante agradable.
KEEGAN.-Con tal de que no ahogue el Ángelus.
BROADBENT.- ¡Oh, no! Nada de eso. Ni el menor peligro. La campana de una iglesia puede armar una batahola del demonio cuando se lo propone.

Librodot

KEEGAN.-Tiene usted respuesta para todo, señor; pero sus planes dejan aún sin respuesta un problema: ¿cómo obtener manteca de las fauces de un perro?

BROADBENT. -¿Eh?

KEEGAN.-No puede usted construir sus hoteles y canchas de golf en el aire. Para ello tiene que poseer nuestra tierra. ¿Y cómo podrá arrancar nuestros campos del férreo puño de Matthew Haffigan? ¿Cómo hará para persuadir a Cornelius Doyle de que renuncie al orgullo de ser un pequeño propietario de tierras? ¿Cómo combinará la corriente de agua que necesita Barney Doran para su molino con sus barcos a motor? ¿Le ayudará Doolan a conseguir la licencia para su hotel?

BROADBENT.-Mi estimado señor: en realidad, la compañía que yo represento posee ya la mitad de Rosscullen. La posada de Doolan expende cerveza y los cerveceros son accionistas del sindicato. En cuanto a la chacra de Haffigan y el molino de Doran y el terreno del señor Doyle y otra media docena, estarán hipotecados antes de que transcurra un mes.

KEEGAN.-Pero, discúlpeme, no les anticipará más sobre las tierras de lo que valen; si no, no podrán pagarle el interés.

BROADBENT.-¡Ah!, es usted un poeta, señor Keegan, y no un negociante.

LARRY.-Prestaremos a cada uno de esos hombres una mitad más de lo que valen sus tierras o de lo que jamás pueden valer para ellos.

BROADBENT.-Olvida usted, señor, que nosotros, con nuestro capital, nuestro conocimiento, nuestra organización y, puedo decirlo, nuestros hábitos comerciales ingleses, podemos ganar o perder diez libras en un campo en el que Haffigan con toda su actividad no puede hacer rendir ni puede perder diez chelines. El molino de Doran es una sandez que ya merece jubilarse: lo voy a necesitar para el alumbrado eléctrico.

LARRY.-¿De qué sirve dar tierras a esos hombres? Son demasiado pequeños, demasiado pobres, demasiado ignorantes, demasiado cándidos para conservarlas para sí. Es lo mismo que ofrecer un ducado a un barrendero.

BROADBENT.-Sí, señor Keegan; este lugar puede tener un futuro industrial o un futuro residencial, aún no puedo anticiparlo; pero no será un futuro en manos de sus Dorans y Haffigans, ¡pobres diablos!

KEEGAN.-Puede no tener futuro. ¿Ha pensado en eso?

Librodot

BROADBENT.- ¡Oh!, no temo nada por el estilo. Tengo fe en Irlanda, enorme fe, señor Keegan.

KEEGAN.-Y nosotros ninguna. Sólo vanos entusiasmos y patriotismos, vanos recuerdos y remordimientos. ¡Ah, sí!, usted tiene alguna razón para creer que si Irlanda tiene algún futuro será obra de los ingleses, porque nuestra fe parece muerta y nuestros corazones fríos y acobardados. Es una isla de soñadores que despiertan en las cárceles de ustedes; de críticos y cobardes que se dejan sobornar y amansar a su servicio; de temerarios bribones que los ayudan a despojarnos para poder despojarlos a ustedes después.

BROADBENT *(algo impaciente por esta opinión tan poco práctica).*-Sí, sí; pero sabe que puede decir lo mismo de cualquier otro país. El hecho es que sólo hay dos cualidades en el mundo: eficiencia e ineficiencia; y sólo dos clases de personas: eficientes e ineficientes. No importa que sean ingleses o irlandeses. Yo sabré sacarle provecho a este país, no porque yo sea inglés y Haffigan y compañía sean irlandeses, sino porque ellos son unos mentecatos y yo sé hacer las cosas.

KEEGAN.-¿No se ha puesto a pensar en lo que será de Haffigan?

LARRY.- ¡Oh!, lo emplearemos en un puesto o en otro, y probablemente le pagaremos más de lo que gana ahora.

BROADBENT *(dudando).-¿Lo* crees? No, no. Haffigan es demasiado viejo. En la actualidad no conviene emplean a gente de más de cuarenta años, aun para trabajos no especializados, que supongo es para lo único que podría servir Haffigan. No; será mejor que se vaya a América o a Estados Unidos, ¡pobre hombre! Él está acabado: ya se ve.

KEEGAN.-¡Pobre alma perdida, tan astutamente cercada de invisibles barrotes! ...

LARRY.-Haffigan no importa mucho. Morirá pronto. BROADBENT *(conmovido).-¡Oh,* vamos, Larry! No seas insensible. Será penoso para Haffigan. Siempre resulta penoso para el ineficaz.

LARRY.-¡Bah!, ¿qué importa dónde transcurren los últimos días de un hombre viejo y gastado, tenga un millón en el banco o sólo la limosna del hospicio? Son los hombres jóvenes, los hombres capaces, los que importan. La verdadera tragedia de Haffigan es la tragedia de su juventud perdida, de su mente atrofiada, de su afanarse por su tierra y sus porcinos hasta convertirse en tierra y porcino... hasta que su alma arda y se consuma en la nada, formando apenas un temperamento exaltado que hiere y lastima a

Librodot

cuantos le rodean. Dejémosle morir entonces, y que no vuelvan a nacer otros como él. Que la joven Irlanda tenga buen cuidado de no correr su suerte, si no quiere caer en nueva aflicción. Que tu compañía...

BROADBENT.-Es tuya también, viejo. Tú tienes tus acciones igual que yo.

LARRY.-Pues la mía, si prefieres. Bien, nuestra compañía carece de conciencia; no tiene más contemplación hacia vuestros Haffigans y Doolans y Dorans que la que tendría hacia una cuadrilla de peones chinos. Usará de vuestra fanfarronada y jerigonza patriótica para ganar poderes parlamentarios sobre ustedes, tan cínicamente como podría preparar una ratonera con queso tostado. Hará planes y proyectos y reunirá capitales en tanto que ustedes se esclavicen como abejas y quieran vengarse pagando de sus míseros salarios a políticos y pasquines que escribirán artículos y publicarán discursos contra esa perversidad y tiranía, para despertar su dormido heroísmo irlandés, así como Haffigan pagara una vez un penique a una bruja para que hechizara a la vaca de Billy Byrne. Y al fin terminará con las necedades de ustedes y les infundirá fuerzas y sentido común.

BROADBENT *(impaciente).-¿Por* qué no puedes decir sencillamente las cosas sencillas, Larry, sin toda esa exageración y charlatanería irlandesa? La compañía es una organización perfectamente respetable de hombres respetables en buena posición. Tomaremos Irlanda en nuestra manos y con formalidad comercial le enseñaremos a ser eficaz y a bastarse a sí misma según los sólidos principios liberales. Está usted de acuerdo conmigo, ¿no es así, señor Keegan?

KEEGAN.-Señor, hasta soy capaz de votar por usted. BROADBENT *(sinceramente conmovido, agitando una mano cordial)* -Nunca lo lamentará, señor Keegan; le doy mi palabra. Traeré dinero aquí, aumentaré los sueldos, fundaré instituciones públicas, crearé una biblioteca, un politécnico (independiente del estado, por supuesto), un gimnasio, un club de cricket, una escuela de bellas artes quizá. Haré de Rosscullen una ciudad-jardín; la torre redonda será escrupulosamente reparada y restaurada.

KEEGAN.-Y nuestro lugar de tormentos será tan limpio y tan ordenado como el más limpio y ordenado que conozco en Irlanda, que es la prisión poéticamente llamada Monte Alegre. Quizá sea mejor que vote por un diablo eficaz que sabe lo que quiere y lo que debe hacer, que por un patriota necio que ni sabe lo que quiere ni quiere hacerlo.

BROADBENT *(inflexible).-Diablo* es una palabra algo fuerte en ese sentido, señor Keegan.

KEEGAN. -No cuando la pronuncia alguien que sabe que este mundo es un infierno. Pero ya que la palabra le ofende, permítame suavizarla y compararle simplemente con un asno. *(Larry empalidece de rabia.)*

BROADBENT *(enrojeciendo).* - ¡Con un asno!

KEEGAN *(gentil).-Acepte* ese epíteto sin ofenderse, ya que viene de un loco que llama al asno su hermano... un hermano muy honesto, útil y fiel además. El asno, señor, es la más eficaz de las bestias; es formal, intrépido, amistoso cuando se lo trata como a un amigo, terco cuando se abusa de él, ridículo sólo en el amor, que le hace rebuznar, y en la política, que le lleva a divagar en medio de la carretera pública y a alzar una polvareda por nada. ¿Puede negar esos hábitos y cualidades, señor?

BROADBENT *(alegremente).* -Pues sí, me temo que tiene razón.

KEEGAN.-Entonces puede que confiese también el único defecto del asno.

BROAMENT. -Puede que sí. ¿Cuál es?

KEEGAN.-El de desperdiciar todas sus virtudes -su eficiencia, como usted la llama- en realizar la voluntad de sus codiciosos amos, en vez de cumplir la voluntad de Dios que existe en él. Es eficiente al servicio del becerro de oro, poderoso en el mal, diestro en la ruina, heroico en la destrucción. Pero viene aquí a pacer sin saber que el suelo que su casco horada es terreno sagrado. Irlanda, señor, para bien o para mal, no se parece a ningún otro sitio bajo el sol, y no hay hombre que pueda hollar su césped o respirar su aire sin transformarse en mejor o peor. Produce dos clases de hombres en extraña perfección: santos y traidores. Se la llama la isla de los santos; pero por cierto que en estos últimos años puede llamársela más apropiadamente la isla de los traidores, porque nuestra cosecha de éstos es la flor más selecta en la cosecha mundial de infamia. Pero llegará el día en que esas islas vivan por la calidad de sus hombres más que por la abundancia de sus minerales; y entonces veremos.

LARRY.-Señor Keegan: si va usted a ponerse sentimental por Irlanda, muy buenas tardes. Ya estamos hartos de eso, y más que hartos de probar con habilidad que quien no es irlandés es un asno. Eso es no tener buen sentido ni buenos modales. No podrá impedir el desarrollo del sindicato y nunca le interesará tanto a la joven Irlanda como la verdad palmaria que expuso aquí mi amigo acerca de la eficiencia.

BROADBENT.- ¡Ah, sí!, siempre la eficiencia. Su burla no me molesta en absoluto, señor Keegan; pero Larry tiene razón en la cuestión esencial. El mundo pertenece a los eficientes.

KEEGAN *(con cortés ironía).*-Acepto el reproche, caballeros. Pero, créanme, hago justicia a vuestra eficiencia y la de vuestra compañía. Ambos son, según me dicen, ingenieros civiles perfectamente eficientes, y no tengo ninguna duda de que los campos de golf sean el triunfo de vuestro arte. El señor Broadbent llegará eficientemente al parlamento, que es mucho más de lo que podría hacer San Patricio si viviera. Hasta podría construir eficientemente el hotel si encontrara bastantes y eficientes albañiles, carpinteros y plomeros, cosa que dudo. *(Abandonando* su iron*ía y recayendo en la actitud de un* párroco *que reprochara el pecado.)* Cuando el hotel esté por quebrar *(Broadbent se quita el cigarro de la boca, un poco desconcertado),* vuestra formalidad comercial inglesa se asegurará la total eficiencia de la liquidación. Ustedes reorganizarán vuestro proyecto eficientemente, liquidarán vuestra segunda quiebra eficientemente *(Broadbent y Larry se miran, porque esto, a menor que el párroco sea viejo tigre en finanzas, debe ser inspiración),* se librarán eficientemente de vuestros accionistas, tras arruinarlos eficientemente, y por fin obtendrán eficientemente vuestras ganancias poniendo este hotel a buen recaudo por no pocos chelines. *(Más y más ceñudo.)* Además de estas eficientes transacciones, ustedes decidirán en juicio vuestras hipotecas del modo más eficaz *(su índice amonestador se alza, a pesar suyo, en ademán de reproche),* inducirán a Haffigan a partir a América muy eficientemente, hallarán debido uso para la boca necia y el temperamento colérico de Barney Doran utilizándole para esclavizar eficientemente a vuestros trabajadores y *(en voz baja y amarga),* cuando por fin este pobre país desolado se convierta en una eficiente casa de moneda en que todos trabajemos como esclavos para producir dinero para ustedes, con nuestro politécnico para aprender a hacerlo eficazmente y nuestra biblioteca para confundir las pocas inventivas que perdonen vuestras destilerías, y nuestra restaurada torre redonda con entradas de a seis peniques, y refrescos y mutoscopios que funcionen echando un penique en la ranura para darle mayor interés, entonces vuestros accionistas ingleses y americanos gastarán todo el dinero que nosotros les demos de ganar eficientemente en partidas de caza, operaciones de cáncer y apendicitis, glotonería y juegos de azar; y ustedes dedicarán lo que ellos ahorren a nuevos proyectos para el desarrollo de la tierra. Por cuatro siglos perversos el mundo

Librodot

ha soñado este sueño loco de eficiencia, y todavía no ha llegado a su fin. Pero el fin llegará.

BROADBENT *(con seriedad).*-Demasiado cierto, señor Keegan, demasiado cierto. Y elocuentemente expresado. Me recuerda al pobre Ruskin. . . gran hombre, ;sabe usted? Yo le comprendo. Créame, estoy con usted. No pongas ese gesto despreciativo, Larry; hace años solía leer mucho a Shelley. Seamos fieles a los sueños de nuestra juventud. (Hace *flo*tar una espiral de humo de cigarro lejos, por la montaña.)

KEEGAN.-¡Vaya, señor Doyle! ¿Acaso este sentimentalismo inglés es tanto más eficiente que nuestro sentimentalismo irlandés? El señor Broadbent emplea su vida ineficientemente, admirando los pensamientos de grandes hombres y sirviendo eficientemente a la codicia de ruines cazadores de dinero. Nosotros empleamos eficientemente nuestra vida despreciándoles y sin hacer nada. ¿Quién tiene el derecho de reprochar al otro?

BROADBENT (descendiendo otra vez la montaña hacia la derecha de Keegan). - Pero algo debe hacerse...

KEEGAN.-Sí, porque cuando dejamos de hacer dejamos de vivir. ¿Pues qué hemos de hacer, entonces?

BROADBENT.-Pues lo que esté a nuestro alcance.

KEEGAN.-Es decir, la construcción de hoteles y canchas de golf para atraer holgazanes a esta tierra que los trabajadores han abandonado a millones porque es la tierra del hambre, una tierra yerma, ignorante y oprimida.

BROADBENT.-¡Pero esos holgazanes llevarán dinero de Inglaterra a Irlanda!

KEEGAN.-Así como nuestros holgazanes por tantas generaciones llevaron dinero de Irlanda a Inglaterra. ¿Acaso ha salvado eso a Inglaterra de una pobreza y degradación tan horribles como jamás concibiéramos? Cuando estuve en Inglaterra, señor, detesté a Inglaterra. Ahora le tengo lástima. *(Broadbent apenas puede concebir que un irlandés compadezca a Inglaterra; pero como Larry interviene furioso, calla y se dedica de nuevo a la montaña y al cigarro.)*

LARRY. - ¡Por el bien que le hará esa compasión!

KEEGAN.-En las fojas que se llevan en el paraíso, señor Doyle, un corazón purificado de odio puede valer más que una Compañía Movilizadora de Bienes Raíces formada por irlandeses anglómanos e ingleses gladstonizados.

Librodot

LARRY.- ¡Oh, en el cielo, sin duda! Nunca he estado allí. ¿Puede decirme dónde queda?

KEEGAN.-¿Hubiera podido decirme usted esta mañana dónde quedaba el infierno? Sin embargo, ahora sabe que es aquí. No desespere de hallar el paraíso: puede que no esté muy lejos.

LARRY *(irónico*).-En esta tierra sagrada, como usted la llama, ¿eh?

KEEGAN (con *feroz intensidad).-Sí,* quizás, aun en esta tierra sagrada, que irlandeses como usted han convertido en tierra de escarnio.

BROADBENT *(interponiéndose entre ellos).-¡*Cuidado, van a terminar peleándose! ¡Oh, ustedes los irlandeses, los irlandeses! Siempre endiablados, ¿eh? *(Larry, con un encogimiento de hombros, mitad cómico, mitad impaciente, se vuelve hacia la montaña, pero regresa lentamente y se sitúa a la derecha de Keegan. Broadbent, confidencialmente, dice a Keegan:)* Quédese con el inglés, señor Keegan; aquí tiene mala fama, pero por lo menos le perdonará que sea irlandés.

KEEGAN.-Señor, cuando usted me habla de lo inglés y lo irlandés olvida usted que yo soy católico. Mi país no es Irlanda ni Inglaterra, sino el poderoso dominio de mi Iglesia. Para mí no hay sino dos países: el paraíso y el infierno; no hay sino dos condiciones humanas: la salvación y la perdición. Estando aquí entre usted, el inglés, tan inteligente en sus necedades, y este irlandés, tan necio en su inteligencia, no puedo saber, en mi ignorancia, cuál de los dos está más perdido; pero sería infiel a mi vocación si abriera las puertas de mi corazón menos ampliamente para el uno que para el otro.

LARRY.-En cualquier caso sería una impertinencia, señor Keegan, porque su aprobación no tiene la menor importancia para nosotros. ¿Supone usted que toda esta cháchara pueda servir de algo a hombres que tienen entre manos transacciones serias y prácticas?

BROADBENT.-En eso no estoy de acuerdo, Larry. Creo que estas cosas nunca se dicen demasiado a menudo, y sin embargo entrañan el tono moral de la comunidad. Como bien sabes, yo reclamo el derecho de pensar por mí mismo en asuntos religiosos; a decir verdad, estoy dispuesto a admitirme un poquito... este... este... Bien, no me importa que lo sepan, un poquito unitario; pero si la Iglesia anglicana contara con un par de hombres como el señor Keegan, esté seguro de que cantaría con mi adhesión.

Librodot

KEEGAN.-Me honra usted demasiado, señor. *(Con sacerdotal humildad, a Larry:)* Señor, la culpa es mía por haberle provocado, sin querer, contra mí. Le pido perdón.

LARRY *(sin dejarse conmover y siempre hostil).* -*Yo* no tuve ninguna delicadeza para con usted: no necesita tenerla conmigo. Los modales y las palabras suaves abundan en Irlanda: guarde esas cosas para usarlas en mi amigo, que aún se deja engañar por ellas. Yo ya sé su valor.

KEEGAN.-Querrá decir que desconoce su valor.

LARRY *(enfadado).-Quiero* decir lo que he dicho.

KEEGAN *(volviéndose tranquilamente hacia el inglés).* -Ya ve, señor Broadbent, sólo consigo endurecer los corazones de mis compatriotas cuando predico; las fuerzas del infierno todavía prevalecen contra mí. Tenga usted buenas noches. Yo estoy mucho mejor a solas, en la torre redonda, soñando con el cielo. *(Asciende la montaña.)*

LARRY.-¡Ah, eso es! ¡Ahí está! ¡Soñar, soñar, soñar!

KEEGAN *(vacilante y volviéndose hacia ellos por última* vez).-Todo ensueño es profecía: toda burla es realidad en las entrañas del tiempo.

BROADBENT *(reflexionando).*-Tiempo atrás, de niño, soñé que estaba en el cielo. (*Los dos le miran*.) Era un sitio de raso celeste, con todas las ancianas piadosas de nuestra congregación sentadas como en una misa, y en el estudio, al otro extremo del hall, había una persona horrenda. No me agradó nada, ¿saben? Quisiera saber cómo se le aparece el cielo en sus sueños.

KEEGAN.-En mis sueños es un país donde el estado es la Iglesia y la Iglesia es el pueblo: tres en uno y uno en tres. Es una nación en la que el trabajo es juego y el juego es vida: tres en uno y uno en tres. Es un templo en que el sacerdote es el adorador, y el adorador es el adorado: tres en uno y uno en tres. Es una deidad en que toda vida es humana y toda humanidad divina: tres en uno y uno en tres. Es, en resumen, el sueño de un *loco. (Se aleja por la montaña,)*

BROADBENT *(afectivo, mientras le mira alejarse).*¡Qué sujeto tan cabalmente religioso y conservador! Es un carácter. Será la atracción de la zona. Casi estaría por compararlo a Ruskin y Carlyle.

LARRY.-Sí, ¡por el bien que ellos han hecho con toda su charlatanería!

BROADBENT. -¡Oh, basta, basta, Larry! Ha enriquecido mi espíritu, ha elevado enormemente mi tono moral. Me siento sinceramente obligado a Keegan: me ha hecho

Librodot

sentir mejor, esencialmente mejor. *(Con sincera* exaltación.) Siento ahora como nunca que tengo razón en dedicar mi vida a la causa de Irlanda. Ven ahora y ayúdame a elegir el sitio más adecuado para construir el hotel.

FIN